



12 siei SEMINARIO
INTERNACIONAL
DE EDUCACIÓN
INTEGRAL

Leer para escribir un mundo mejor

MEMORIA

4 y 5 de abril, 2019 | Ciudad de México



fundación sm

La educación nos mueve



fundación sm

EN ALIANZA CON:



**University of
Dayton**

AGRADECEMOS EL APOYO DE:



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

CERLALC

Centro Regional para el Fomento del
Libro en América Latina y el Caribe
Bajo los auspicios de la UNESCO

MEMORIA



Leer para escribir un mundo mejor

4 y 5 de abril, 2019 | Ciudad de México



fundación sm

Directora Fundación SM México

Cecilia Eugenia Espinosa Bonilla

Gerencia de Proyectos Fundación SM México

Alicia Espinosa de los Monteros Ramos

Gestora de Proyectos

Alejandra R. Pérez Becerril

Coordinación editorial

Ernesto Manuel Espinosa Asuar

Edición

Tonatiuh Arroyo Cerezo

Transcripción

María Esther García García

Traducción

Benjamín de Buen

Coordinación de corrección

Laura Iliana Martínez García

Corrección de estilo

Bernardo Alejo Ordaz

Dirección de Arte y Diseño

Quetzal León Calixto

Diagramación

Claudia Adriana García Villaseñor

Coordinación de iconografía e imagen

Ricardo Tapia

Fotografía

Carlos Vargas, 2019

Digitalización e imagen

Carlos López

Memoria del 12 Seminario Internacional de Educación Integral

Leer para escribir un mundo mejor

Primera edición, 2019

D.R. © Fundación SM de Ediciones México, A. C., 2019

Magdalena 211, Colonia Del Valle, 03100, Benito Juárez, Ciudad de México
Tel: (55) 1087 8400

www.ediciones-sm.com.mx

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca Fundación SM® es propiedad de SM de Ediciones, SA de CV.



MEMORIA 2019



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

8

Inauguración

Javier Palop, DIRECTOR GENERAL DE FUNDACIÓN SM	12
Fernando Esteves, DIRECTOR GENERAL DE SM MÉXICO	15
Cecilia Espinosa, DIRECTORA DE FUNDACIÓN SM MÉXICO	19

Conferencias magistrales

<i>El poder de la imaginación y la literatura</i> , ROSA MONTERO	24
<i>Leer y comprender en la era digital</i> , PILAR PÉREZ ESTEVE	41
<i>La lectura en el desarrollo de la sensibilidad y la empatía</i> , LUIS CASTELLANOS	57
<i>La dificultad de formar a un lector de literatura</i> , MARÍA TERESA ANDRUETTO	71
<i>Escribir en la era digital</i> , ELYSE EIDMAN-AADAHL	85

Paneles

La lectura y la escritura en la escuela y su entorno

- ▼ Comunidad de lectores y escritores / ESTELA D'ANGELO 107
- ▼ La lectura y la escritura en el aula / CELIA DÍAZ 114
- ▼ La lectura en la primera infancia / MARÍA EMILIA LÓPEZ 123

Escribir libros para niños y jóvenes

- ▼ TOÑO MALPICA / JORDI SIERRA I FABRA 134

Propuestas innovadoras

- ▼ Nuevas formas lectoras entre jóvenes / LAURA GARCÍA 152
- ▼ El auge de la palabra hablada: otra forma de leer / JAVIER CELAYA 165
- ▼ El papel transformador de las bibliotecas escolares en las escuelas del siglo XXI / ROSS TODD 179



Clausura	
Javier Palop	191
Fernando Esteves	192
Cecilia Espinosa	193
Anexos	
Programa	195
Semblanzas	198
Presentaciones	214
Entrevistas	215



PRESENTACIÓN





Leer para escribir un mundo mejor

En **Fundación SM** creemos que la educación es la herramienta más importante para transformar el mundo que habitamos, por esta razón trabajamos en uno de los eslabones más importantes del proceso educativo: la formación docente.

Es por ello que el **Seminario Internacional de Educación Integral (SIEI)** busca abrir espacios de diálogo informado y plural para analizar los temas prioritarios en materia educativa, así como ayudar a los principales actores de esta comunidad en su misión de conducir los procesos de enseñanza y aprendizaje de nuestros niños y jóvenes.

Fundación SM ha celebrado once ediciones anteriores del SIEI con éxito notable y actualmente se ha convertido en un referente en el ámbito de espacios para la formación de la comunidad docente. Anualmente, el SIEI convoca a especialistas internacionales de diversos ámbitos para abarcar el espectro más amplio posible de lo que ocurre en el mundo y abonar así a la comprensión del proceso enseñanza-aprendizaje.

Durante el camino recorrido, el motor del SIEI ha sido contribuir a la mejora educativa, por lo que hemos abordado temáticas diversas, siempre cercanas a las prioridades y principales tendencias en el mundo de la educación.

En esta ocasión hemos concebido el **12 Seminario Internacional de Educación Integral (SIEI)** como un espacio de reflexión que busca rescatar el valor de lo humano en la labor educativa y reflexionar acerca de una pedagogía que humaniza y dignifica a la persona.

Desde un enfoque humanista, la educación tiene la finalidad de desarrollar armónica e integralmente a los seres humanos y sacar todo el potencial de ellos en lo cognitivo, físico, social y afectivo. De ahí que necesitamos identificar los conocimientos, habilidades, actitudes y valores que los niños y jóvenes requieren para alcanzar su plenitud.

Esta concepción invita a revisar cuáles son las disciplinas que ayudan a moldear una personalidad abierta al conocimiento con base en valores, por esta razón el uso del arte, la música, la literatura, la ecología y la ética, las emociones, entre otros, serán temas de reflexión durante los días del seminario y, a través del SIEI Continuo, durante todo el año.

Para ello, contaremos con algunos de los referentes más importantes en la materia a nivel nacional e internacional, con quienes dialogaremos acerca de qué tipo de currículo necesitamos, cuáles son las disciplinas que dignifican a la persona, cómo los maestros deberán darle un enfoque humanista a la educación y qué directores deberán gestionar este cambio.

Cecilia Espinosa
Directora de Fundación SM México



INAUGURACIÓN





JAVIER PALOP

Buenos días a todas y a todos. Para mí es un enorme placer darles este saludo de bienvenida, me emociona —un año más— que ustedes hayan encontrado el espacio y el tiempo para acompañarnos durante estas dos jornadas intensas.

Aterricé hoy a las cuatro de la mañana procedente de Bolonia, Italia, donde visité una gran feria internacional del libro infantil y juvenil para ver lo que está ocurriendo desde Asia hasta África, pasando por todos los continentes y, por su puesto, con mucha representación latinoamericana, iberoamericana.

Vengo realmente conmovido de ver la importancia que tiene la capacidad lectora, aunque más que la capacidad lectora, la capacidad de alfabetización integral. Nuestro mundo necesita profundizar en lo que significa expresarse, lo que significa leer para escribir un mundo mejor, un mundo posible.

Está claro que hay personas que asumen que el odio y la violencia pueden mover algunas economías; sin embargo, nosotros —todos los que trabajamos en SM y

en la Fundación— estamos empeñados, convencidos —e insistiremos una y otra vez porque en ello nos vamos a dejar la vida— de que educar es una fuerza imparable que está basada en el amor a las personas; en el respeto a los demás; en la valoración de la diferencia, en comprender que quien es distinto a mí me enriquece, el que habla otra lengua o piensa de otro modo le da valor a mi existencia, y por eso es tan importante que tantos educadores procedentes de distintos países —con presencia mayoritaria de mexicanos, lógicamente— se junten estos días aquí, en la Ciudad de México.

Para nosotros es muy importante contar con su asistencia porque este movimiento es algo que nos moviliza desde el corazón. Necesitamos valorar esta gran profesión que todos ustedes desempeñan, que desempeñamos: la de educadores, de maestros y maestras, pues nuestro mundo necesita el acompañamiento de muchos profesores que comprendan que la vida y el futuro del mundo se construye desde una mirada inclusiva, equitativa; docentes que entiendan lo importante que es construir —en cualquier situación o circunstancia— espacios seguros para nuestros niños, niñas y jóvenes, en los cuales sus derechos sean valorados y ellos aprendan de los mayores a respetar los tiempos, los procesos, los ritmos de cada uno; hablo de ambientes seguros en los que sea posible aprender las cosas buenas de la vida.

Por todo eso, para mí es emocionante darles hoy la bienvenida. Agradezco mucho su presencia, la de la Secretaria de Cultura de Chihuahua, la de mis compañeros de presidium, y también la de muchos compañeros y compañeras de SM, quienes han trabajado duro —con mucho cuidado y atención— durante meses para que esto sea posible y ustedes se sientan como en casa, seguros y en familia.

Fundación SM es un movimiento educativo, un proyecto educativo, cuya inspiración se finca en el aprendizaje, en la juventud, en la inclusión, en la equidad y calidad educativas, porque todo eso es lo que somos.

Estoy seguro de que van a disfrutar intensamente estas dos jornadas a las que convocamos ponentes y conferencistas de enorme nivel, quienes no solo nos van a sorprender, sino —más interesante aún— nos van a cuestionar, a hacer que nos preguntemos cómo educar con calidad, cómo transmitir más valores, porque nuestra misión en el mundo, nuestra vocación, es promover y reconocer el gran valor de los educadores, de los maestros y maestras interesados en transformar el mundo, en volverlo mejor, para evitar que el odio, la violencia, la rabia y la venganza se apoderen de nuestros corazones, pues tenemos muchas razones, de hecho estamos muy convencidos de que el amor puede vencer a todos esos lastres. Muchas gracias.



Buenos días, saludo a los colegas del presídium, a las maestras y maestros que han venido de todo el país y de varios otros países de América Latina y de España, especialmente a los educadores de República Dominicana; Puerto Rico; Ecuador; Colombia; Chile, y Perú (espero no haber omitido a ninguno). Les doy la bienvenida a las autoridades educativas y de Gobierno, y muy especialmente a los conferencistas.

Hace poco leí una cita de Daniel Cassany que dice: “Para aprender a leer necesitamos libros, pero también precisamos que alguien nos muestre cómo conectarlos con nuestras vidas”, por eso es que hemos invitado a unas cuantas personas amantes de la educación y de la literatura, provenientes de distintos países, quienes seguramente podrán ayudar a los 1,400 educadores que estamos presentes en esta sala a hacer esa conexión.

Todos estamos muy pendientes de los resultados de nuestros alumnos e instituciones en las pruebas nacionales e internacionales de evaluación del desempeño del conocimiento, como PLANEA y PISA, y sobre esto Pilar Pérez Esteve nos hablará en unos cuantos minutos, de manera más concreta y desde su perspectiva de especialista en el tema, acerca de algo que nos preocupa y ocupa, la comprensión lectora, en especial de la posibilidad —e incluso necesidad— de medirla, algo que no está mal porque ¿quién podría desconocer su importancia?, ¿quién podría negar la dificultad que durante su etapa formativa y durante toda la vida tendrá una persona que no sea capaz de entender lo que lee? No obstante, me pregunto si la medición y comparación constantes entre países, estados y escuelas no se estará convirtiendo en una obsesión para nosotros, quienes estamos en el mundo educativo. ¿Nos hemos preguntado si enseñar es lo mismo que educar?

Leí hace unos días un texto del sociólogo español Rafael Díaz Salazar, para quien la educación es mucho más que una instrucción y aprendizaje de destrezas para el ejercicio de una profesión, y habla del derecho de aprender a cultivar todas las dimensiones del ser humano desde la infancia.

Elsa Aguilar —compañera de SM que tristemente nos ha dejado muy pronto— cita en su libro *Editar en voz alta* a la gran escritora Christine Nöstlinger: “La literatura infantil no es una píldora de pedagogía envuelta en papel de letras, sino literatura; es decir, mundo transformado en lenguaje”. Por lo tanto, este seminario tendrá dos grandes dimensiones: especialistas que propondrán herramientas para ayudar a los maestros a cumplir con los objetivos que solicita el propio sistema educativo y, también, un propósito rabiosamente literario, la LITERATURA (con mayúsculas); es decir, la lectura y la escritura como partes fundamentales en la formación integral del ser humano.

Lo expresa mucho mejor el escritor francés Daniel Pennac, en el libro *Como una novela*, en el que refiere que hablarles de una obra a adolescentes y

exigirles que hablen de ella puede ser algo muy útil; sin embargo, no es un fin en sí mismo, el fin es la obra. La obra en la mano de los alumnos es su derecho; o sea, en materia de lectura, es el derecho a callarse. En el fondo, el deber de educar consiste en enseñar a los niños a leer, en iniciarlos en la literatura, en darles los medios de jugar libremente y en observar si sienten o no la necesidad de los libros, y lo de la necesidad Pennac lo pone entre comillas, porque si bien se puede admitir perfectamente que un individuo rechace la lectura, es intolerable que sea o se considere rechazado por ella.

A continuación, cito un párrafo de Rosa Montero, a quien escucharemos en breve, quien interpela fuertemente a quienes estamos en el mundo educativo y a quienes somos padres, aunque no nos encontremos formalmente en la educación:...

... de niños todos estamos locos; esto es, todos estamos poseídos por una imaginación sin domesticar y vivimos en una zona crepuscular de la realidad, en la que todo resulta posible. Educar a un niño supone limitar su campo visual, empequeñecer el mundo y darle una forma determinada para que se adapte a las normas específicas de cada cultura; crecer y adquirir la sensatez del ciudadano adulto implica, de algún modo, dejar de saber cosas y perder esa mirada múltiple y caleidoscópica y libre sobre la vida monumental, sobre esa vida total que es demasiado grande para poder manejarla, como la ballena es demasiado grande para poder ser vista por completo.

Estoy seguro de que Rosa habla de educar en su sentido más amplio, no se refiere solamente a los docentes, sino también a los padres, a la propia familia, al entorno.

Me pongo en el lugar de todos ustedes y sé perfectamente de los condicionamientos que les impiden a veces alentar que la imaginación prevalezca sobre la razón, eso último pónganlo también entre comillas, pero al menos pregúntense si no piensan que el espacio que nuestras instituciones le dedican a la literatura siempre parecerá insuficiente. De ahí que el tema de este seminario sea *leer para escribir un mundo mejor*.

Cuando se registraron, seguramente recibieron un folleto en el que se lee: “Nos interesa fomentar la lectura y la escritura para transmitir a niños y jóvenes —con calidad literaria— valores humanos, sociales y culturales que ayuden a construir un mundo digno”, y ahí mismo se hace una síntesis de todas las actividades que en materia de lectura y escritura ofrece Fundación SM a la comunidad educativa y a aquellos sectores de nuestra sociedad que más lo necesitan, esa es la intención de este decimosegundo Seminario Internacional de Educación Integral. Ojalá que sea una experiencia gozosa para ustedes. Muchas gracias.



Muy buenos días. Me llena de inmensa alegría que podamos darnos cita hoy, esta mañana, un año más, en este Seminario Internacional de Educación Integral. Es grato ver tantas caras amigas de maestras y maestros, de gente comprometida con la educación, y también mirar rostros nuevos de quienes asisten por primera vez. Espero que este seminario los enriquezca a todos, igual que a nosotros desde que iniciamos su planificación.

Quiero saludar a los miembros del presidium, todos ellos amigos, colegas; a María Concepción Landa, muchas gracias por estar aquí; a todos los profesores, directivos y autoridades educativas de algunos estados como Guanajuato, Veracruz, Querétaro y Chihuahua que hoy nos acompañan. Gracias también a quienes han viajado desde otras entidades del país —contamos con representantes de toda la República—, y quienes nos visitan desde ocho países de Iberoamérica, es un gusto que estén en México, en esta que es su casa y un espacio de encuentro.

De manera especial, agradezco la asistencia del Consejero de Educación de la Embajada de España en México, Tomás Fernández; la del ganador del premio Global Teacher Prize del año pasado, Felipe Ramírez —que nos acompaña desde Chile—, y la de los representantes de organizaciones amigas y aliadas de la Fundación SM en varios proyectos, como son la UNESCO, la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe el (CERLALC), organismo este último que nos ha apoyado en la conformación del programa que hoy les presentamos.

Bienvenidos, además, nuestros conferencistas, quienes nos compartirán sus reflexiones, experiencias y hallazgos. Muchas gracias por acudir a este llamado y por sumarse a este proyecto que hemos impulsado desde la Fundación. Gracias a Kirén Miret, nuestra maestra de ceremonias, conductora de *Niñonautas* y colaboradora del programa radial de Carmen Aristegui, y por supuesto gracias al equipo de Fundación SM y de SM en México, a quienes debo todo mi reconocimiento y gratitud por los meses que han trabajado para que en este par de días todo salga lo mejor posible.

Quienes nos dedicamos a la educación realizamos cotidianamente un acto genuino de amor por la humanidad, pues con nuestro trabajo apostamos a formar mejores personas, mejores seres humanos, que hagan de este mundo un mejor lugar para habitar.

La educación nos mueve, y ese es nuestro lema. A todos los que estamos aquí nos mueve la convicción de que la educación es la herramienta más poderosa para transformar nuestras sociedades. Desde los distintos lugares que ocupamos, todos dedicamos nuestra labor a hacer posible el derecho de todas las niñas, los niños y los jóvenes a recibir una educación de calidad.

Ese es el motivo de que estemos hoy aquí, en este espacio en el que nos reunimos cada año para hablar de educación; de los temas que nos preocupan y nos ocupan; un sitio en el que podemos reflexionar sobre nuestra realidad, sobre los

retos que enfrentamos y las oportunidades que se abren, y en el que también reconocemos lo que se está haciendo bien.

Este encuentro es enriquecedor no solo por los puntos de vista de los especialistas a quienes vamos a escuchar, sino también por vernos y hablarnos cara a cara con nuestros colegas, nuestros pares, algo que en esta era de la virtualidad tiene un gran valor, pues nos permite aprender, reconocernos y legitimar nuestro actuar de manera más cálida, próxima.

El título de este seminario, *Leer para escribir un mundo mejor*, está impregnado de la filosofía de Fundación SM, en la que valoramos la importancia de volver a lo básico; es decir, a que la lectura y la escritura están en el centro del proceso educativo y que esas competencias son necesarias para asegurar el éxito en el desarrollo de las niñas, niños y jóvenes.

El siglo **xxi** nos ha impuesto retos que exigen de nosotros nuevas habilidades que nos permitan movernos con asertividad en un mundo que cambia constantemente y en el que fluye una gran cantidad de información. Hoy es indispensable tener la capacidad de filtrar datos, de cuestionar textos y de posicionarnos en nuestros contextos desde una perspectiva crítica.

Las pruebas nacionales e internacionales a las que tenemos acceso revelan que las niñas, los niños y los jóvenes de México, de Latinoamérica y de algunos otros países del mundo no están adquiriendo las competencias necesarias para enfrentar de manera eficaz los desafíos que viven en el presente y, peor aún, que tendrán en el futuro. En particular, los datos referidos advierten que esos pequeños y adolescentes no están adquiriendo las habilidades para ingresar plenamente en la cultura escrita.

Por ello, durante estos días queremos reflexionar acerca de las dificultades y las oportunidades que existen dentro y fuera de la escuela para mejorar la lectura y la escritura. Y es por eso que el programa que hemos preparado ofrece un mosaico diverso de visiones al respecto.

En este seminario escucharemos a escritores que nos hablarán del poder de la imaginación y de la literatura, así como de sus procesos creativos e inspiradores. Hablaremos de la comprensión lectora; de lo que ocurre en la escuela y fuera de ella; de la fuerza de la palabra en el desarrollo de la sensibilidad y la empatía; de la escritura en la era digital y de los nuevos acercamientos a la lectura ante los avances tecnológicos.

Todo eso, por supuesto, no se agota en las jornadas de un día y medio que iniciamos hoy. Desde hace ya tres años, este seminario ha extendido sus espacios de encuentro a lo largo de todo el año por medio del SIEI Continuo, en este caso seis sesiones en seis estados del país, en donde estaremos hablando de la literatura, la lectura y la escritura. Además, seguimos impulsando encuentros de promotores de lectura, los cuales hemos estado preparando de la mano de ferias del libro locales —a las cuales se ha sumado la FELICH coordinada por la Secretaría de Cultura de Chihuahua, que encabeza María Concepción Landa—, en que pretendemos continuar con el análisis de estos temas.

Sin más preámbulo, a las 9:40 horas de este jueves 4 de abril de 2019, declaro inauguradas oficialmente las actividades de este Seminario Internacional de Educación Integral. ¡Espero que lo disfruten!



CONFERENCIAS

MAGISTRALES





ROSA MONTERO

El poder de la imaginación y la literatura



¡Me impresiona estar aquí, en este enorme lugar, precioso, con 1,400 docentes! En primer lugar, quiero darle las gracias a toda esta gente, a este equipo formidable de SM que ha conseguido —y lo sigue haciendo año tras año— impulsar este movimiento ecléctico, esta fiesta de la civilización y de la cultura.

Quiero darle las gracias de manera especial a Fernando Esteves, a quien le debo mi presencia aquí, y quien además es amiguísimo mío, admiradísimo por mí desde hace, por lo menos, 25 años; creo que es un *crack*, una de las grandes cabezas del mundo en el medio editorial, del libro, de la literatura, de la cultura y, desde luego, de la amistad.

Bueno, queridos, no sabéis de verdad lo que admiro a los docentes, vosotros sois la sal de la tierra porque de su labor depende —en una medida enorme— lo que será el futuro: su capacidad de acción y de cambiar la realidad es gigantesca; no sois los únicos, evidentemente, porque también están esas otras dos patas importantísimas de la educación: la familia y el entorno.

En cuanto a la familia, la verdad es que siempre he pensado que debería pedirse un examen y un carnet para los padres, porque —por ejemplo— no entiendo por qué se debe examinar y estudiar todo un código para conducir un coche, y a quienes quieren tener un hijo no se les pida nada —con lo peligroso, complicado, delicado e importante que es entregar a un niño indefenso a quién sabe qué personajes.

Por otro lado, el entorno también es muy complicado, complejo, grande, cambiante, azaroso, y entre los tres ingredientes que componen y van rodeando el crecimiento de una persona, vosotros sois el sector más profesional, vocacional, entregado, digamos que sois quienes en verdad pueden realizar una tarea más articulada, así que os deseo mucha pasión, mucha suerte, mucha fuerza y mucha resistencia porque, verdaderamente, de vosotros depende —en gran medida— el futuro de todos. ¡Sigán con ese ánimo y dando pasos hacia adelante!

Esta conferencia se llama *El poder de la imaginación y la literatura*, y da la casualidad de que yo tengo un libro sobre la imaginación, *La loca de la casa* —al que se ha referido Fernando en la presentación—, que es la manera en que Santa Teresa de Jesús llamaba a la imaginación porque —como sabéis— sufría de ataques epilépticos y para ella la imaginación iba unida a las visiones que experimentaba en esas acometidas, en esa pérdida de control.

Y es verdad que cuando la imaginación se une al proceso creativo parece rozar un poco la locura. Creo que todos los novelistas tenemos claro que en el acto de escribir hay algo que es absurdo, incomprensible, porque hacer una novela consiste en encerrarse en un rincón de la casa durante semanas, meses, años y más años sin ver a tu familia ni a tus amigos ni a tus amantes, estás aislado, al margen de todo. ¿haciendo qué?, pues inventando a un hombre rubio que no existe, que lleva un traje rojo que no existe, que atraviesa una puerta de madera que no existe, y hacer tanto esfuerzo y dejar una gran parte de tu vida en ese proceso te lleva a decirte: “¡Qué idiotez es esta!, ¿no? ¿Le interesará a alguien —aparte de mí— este hombre rubio del traje rojo o estaré haciendo una estupidez absoluta?” Esa duda la cargamos siempre, la arrastramos a todos lados y nos hace menesterosos del halago ajeno.

Muchas veces los creadores parecemos vanidosos, pero no es verdad, considero que se trata de una inseguridad brutal porque si no hay en el otro lado alguien que nos diga: “Mira, a mí también me ha dicho algo ese hombre rubio del traje rojo que atraviesa esa puerta de madera, me ha emocionado”, entonces ¿en qué se convierten todas esas horas, esos días, semanas, meses y años de ensoñaciones experimentadas en un rincón de tu casa?, pues en el delirio de un loco, algo que parece muy inquietante, ¿verdad? Ya decía vuestro gran, grandísimo, Sergio Pitó: “Un novelista es un individuo que escucha voces, lo que lo asemeja con un demente”. ¿Y cómo llegamos a eso?; es decir, ¿cómo es que algunas personas necesitamos pasar esas horas inventando gente inexistente? Pienso

que eso daría materia para otra conferencia pero, en cualquier caso es difícil de saber, lo que sí os digo es que la mayor parte de los narradores hemos empezado a escribir de niños, tú no escoges ser novelista, de alguna manera la escritura te escoge a ti; yo, por ejemplo, empecé a escribir mis primeros cuentos con cinco años, y eran de ratitas que hablaban —horrendos, claro—, llenos de faltas de ortografía y con dibujos.

Desde que me recuerdo como persona —porque el recuerdo articulado de uno mismo se remonta a eso de los 4 o 5 años— me veo escribiendo, la escritura para mí es algo tan esencial como respirar o comer, por eso siempre digo que soy una escritora orgánica; la escritura, en mi caso, es como un esqueleto exógeno que me mantiene en pie, y creo que todos los novelistas tenemos una sensación, una intuición de que si no pudiéramos escribir más, nos desharíamos, nos descoseríamos o nos quedaríamos pegados en el suelo como un moco sin forma.

Se escribe, sobre todo —y eso hay que tenerlo claro—, en la cabeza. No os creáis que es en el papel o en la computadora, esa es la fase final. Todo sucede en la cabeza, los novelistas somos como los niños en el principio de la vida: todos hemos visto pasar un perro por la calle y hemos pensado que era un dragón, y nos hemos contado cosas, y la mayor parte de la gente va perdiendo esa imaginación desenfrenada.

Los novelistas —según psiquiatras y psicólogos expertos— somos personas que no hemos acabado de madurar, eso es verdad y bienvenido sea porque el niño interior es el que crea, dentro de él reside la creatividad, no dejamos nuestros ensueños nunca, nuestra cabeza va constantemente sola; la mía funciona así todo el tiempo y va inventando historias sin que yo lo quiera, como si estuviera soñando, porque las novelas son los sueños de la humanidad y nacen, exactamente, en el mismo lugar del inconsciente en el que lo hacen los sueños... Son sueños que se sueñan con los ojos abiertos. Yo voy imaginando ese barullo

de historias, de las cuales 999 por mil me atraviesan la cabeza y desaparecen en la negrura, son como entretenimientos de mi imaginación, no van a parar a ninguna parte, hasta que, de repente —sin saber por qué— se enciende una de esas imágenes que me emociona tanto, me abruma y calienta tanto el pecho y la cabeza que no cabe dentro de mí, y es cuando me digo: “Esto tengo que contar, debo compartirlo”, y ese es el momento justo en que nace la novela, lo cual es muy bonito, porque indica que en esa gestación está la necesidad de compartir y, por lo tanto, se piensa en el lector, quien también forma parte de ese tándem —absolutamente crucial y germinal— de la narrativa.

Os voy a contar un ejemplo para que veáis cómo funciona esto porque es muy claro, lo voy a usar en un libro de ensayo que estoy preparando. Tengo un apartamento en Cascais, Portugal, a 25 kilómetros de Lisboa, es un espacio pequeño al que me llevo a mis dos perras y en el que me encierro a escribir. Normalmente no salgo, me quedo ahí a trabajar. El verano pasado estuvieron en Cascais unos amigos que me insistieron mucho para que nos viéramos una tarde en una plaza del Centro, como a dos kilómetros cuesta abajo de donde me encontraba. En esa ocasión —como salí tarde, a la hora de la cita—, inicié la marcha muy pero muy de prisa, y cuando iba caminando a toda velocidad, de repente, se me ocurrió un *¿y si...?*; es decir, un pensamiento de esos que me surgen por sí solos y me detonan la imaginación. Entonces, en ese momento, pensé: “¿Y si ahora hubiera un terremoto?” —porque os diré que en Lisboa llevan 30 o 40 años esperando uno tan fuerte como aquel famosísimo, ocurrido en 1755, que destruyó la ciudad y que, además, históricamente fue muy importante por la conmoción que causó en toda Europa, incluso Voltaire, en un texto, llegó a preguntarse si Dios existía, pues se habían caído todas las iglesias, pero habían quedado de pie todos los burdeles, y eso es literal.

Entonces, como les decía, al hacerme la pregunta *¿y si hubiera un terremoto?*, mi cabeza se escindió de inmediato: mi parte del *yo real* se puso en automá-

tico, y así siguió mientras bajaba para llegar a la cita, pero mi otro yo, el *imaginario*, vivió la experiencia telúrica —vio los autos moverse— y ya no siguió la caminata, sino que volvió a subir la cuesta para observar lo que había sucedido, y al llegar al bloque de apartamentos continuaba en pie, pero con algunos cristales rotos, subió corriendo por las escaleras —mi casa está en el cuarto piso— para ver qué había pasado con las perras, a las que escuchaba llorar.y. todo eso sucedía mientras mi *yo real* seguía bajando.

“¡Guau, guau.guau!”, ladraban nerviosas, y mi *yo imaginario* metía la llave para abrir la puerta, pero el marco se había desencajado y no podía entrar. El pánico era total, las perras estaban desesperadas, ya lo habían olisqueado y sabían que estaba ahí, y rasguñaban con angustia y lloraban desconsoladas, y mi *yo imaginario* se preguntaba qué podía hacer —porque, claro, no podía avisarles a los bomberos, quienes estarían atendiendo emergencias más graves—, y entonces uno de los vecinos, quien había salido al escucharlo le decía: “Oye, si has dejado la puerta abierta de la ventana de tu terraza, puedes pasar por la mía”, y mi *yo imaginario* le contestaba que era una buena idea y se metía a ese apartamento y, entonces.llegué a la plaza donde me esperaban mis amigos y el terremoto terminó.

Lo importante de lo que os acabo de contar es este pequeño detalle que indica lo que es la creación. Cuando, en mi vida imaginaria, llegué al cuarto piso y traté de abrir la puerta, no me dije: “Bueno, ya he llegado, ahora ¿qué puedo hacer para que sea más interesante, para añadirle intriga y suspenso a la historia?” ¡No!, lo que sucedió fue que, imaginariamente, subí al cuarto piso, intenté abrir la puerta y, en ese momento, supe, comprendí, me di cuenta de que estaba atorada y no podría entrar. Lo que quiero decir es que la historia se te cuenta realmente, tú no la escoges, quizás sepas escribirla mejor o peor gracias a la carpintería, a la artesanía de la escritura, que te ayuda a plasmar esa tensión, esa angustia, pero no la idea, no lo que ha pasado. Como les dije antes, esa ex-

perencia es exactamente igual a un sueño —uno que se sueña con los ojos abiertos— o a un delirio; de hecho, siempre he dicho que la novela es la autorización de la esquizofrenia.

De modo que las novelas nacen del inconsciente, y el novelista debe borrar su yo consciente y bajar —como decía Fernando Esteves hace un momento— lo más hondo posible dentro de sí mismo, debe intentar hacer desaparecer su conciencia, y si baja lo suficiente llegará al inconsciente colectivo porque, muy dentro de nosotros estamos todos y —como también ha dicho Fernando— tú no escribes para enseñar nada, sino para aprender, para poner un poco de luz en las sombras de lo que somos; escribes para alumbrar tus obsesiones, porque todos los escritores escribimos siempre sobre las mismas cosas. Y, en realidad, este oficio es como el de un pescador que se encuentra en un lago de aguas quietas y negras, que parece que está vacío, pero en algún lugar de ahí abajo —muy abajo— circulan, navegan, grandes peces abisales que son los símbolos que nos explican lo que somos, y si el escritor es lo suficientemente bueno para sacar uno de ellos, lo que logre escribir nos hará más sabios.

Un ejemplo de lo que les acabo de decir es *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, una novela que fue escrita por Robert Louis Stevenson hace 150 años, de la cual —de eso estoy prácticamente segura— casi todos vosotros conocéis —al menos vagamente— la trama, pero que, sin embargo, si os preguntara cuántos la habéis leído, probablemente seríais muy pocos; entonces, ¿cómo es posible que el contenido de una obra de hace siglo y medio se haya convertido en un saber de todos? La respuesta es que Stevenson logró sacar uno de esos grandes peces abisales: gracias a su novela supimos algo que intuíamos desde siempre, pero que no podíamos saber porque no teníamos palabras para nombrarlo; consiguió que nos percatáramos de que dentro de nosotros éramos muchos, y eso nos hizo un poquito menos enfermos, más sabios, y esa es la gran labor, la grandísima labor de los grandísimos escritores; no todo el mundo es

capaz de sacar un pez así, a lo mucho una sardinita pequeña, y yo estoy trabajando para sacar mi sardinita.

Lo más fascinante, lo más maravilloso, lo más enigmático es que esa necesidad de la imaginación que tenemos claramente los escritores es común que la tenga todo el mundo. Habrá personas —es probable que ustedes conozcan alguna— que digan: “Yo no tengo imaginación”, y lo que pienso es que no se han dado cuenta de hasta qué punto dependen de ella para sobrevivir, porque nuestra vida es un relato, una construcción imaginaria; todos somos escritores de una novela, que es nuestra vida, en la cual somos protagonistas, cuyo punto inicial es la memoria, creemos que recordamos cosas, pero no es verdad, las hemos recreado, nuestra memoria es un cuento en construcción que vamos cambiando: lo que hoy podría traer al presente de mi infancia no es lo mismo de hace 20 años; por ejemplo, tengo un hermano con quien, naturalmente, viví toda la niñez y a veces nos intercambiamos recuerdos de escenas de esos días y discutimos muchísimo porque —verdaderamente, os puedo asegurar— parecería que los padres de mi hermano no son los míos, o sea, que cada uno se ha escrito esa historia de otra manera. Y si la memoria es un invento, la identidad también lo es porque se basa en la memoria. En realidad somos un producto de nuestra imaginación, ella es la que le da un sentido de orden a nuestra existencia; de lo contrario, las vidas de todos nosotros serían completamente insufribles, inhabitables —puro ruido y furia, como decía Shakespeare.

Hay una investigación acerca de la depresión llevada a cabo por la Organización Mundial de la Salud, en 2011 —quizá la más grande que se haya hecho nunca sobre ese tema—, que es muy reveladora respecto a lo que les comento. En el estudio se toman en cuenta muchísimos factores que influyen en quienes viven esta enfermedad: edad, condición social y país. Fue realizada con una muestra de 89,000 sujetos de 18 naciones —¡imagínense el esfuerzo!—, entre ellas España. Uno de los datos analizados fue el hecho de ser separado o divor-

ciado, pues se le considera un factor que contribuye a tener una depresión grave en la mayoría de los países —en 12, exactamente—. Hasta ahí puede entenderse; sin embargo, ser viudo o viuda no, y eso me dejó impresionada —porque yo soy viuda—, así que me pregunté: “¿Cómo puede ser eso?, no parece racional; entonces, si los separados y divorciados son más tendientes a la depresión que los viudos, ¿qué les hace falta?” No es el ser amado, evidentemente, sino un relato consolador. El viudo o la viuda pueden hacer un relato consolador de su historia, colocarla en un lugar que, de alguna manera, endulce la herida causada por la pérdida, serían capaces de hacer que en su novela apareciera un capítulo que endulzara la ausencia, al contrario de los separados o divorciados porque ellos aún tienen por ahí al excónyuge fastidiando, así que eso les resulta imposible.

Epicteto decía: “Lo que nos afecta a los humanos no es lo que nos sucede, sino lo que nos contamos sobre lo que nos sucede”, y como afirma Noah Harari —autor de ese gran ensayo llamado *Sapiens*, que ha sido un éxito en todo el mundo— que realmente nos ha hecho ser *Homo sapiens*, que estemos aquí —tan estúpidamente orgullosos de nosotros mismos— es el hecho de haber creado narraciones; es decir, lo que hace al *sapiens* ser *sapiens*, al humano ser humano, es la capacidad de narrar. La narración lo es todo, somos palabras en busca de sentido, somos un relato y, como la narración lo es todo, a eso se debe que haya tantas terapias basadas en la palabra. Si cambias la narración, cambias la vida; esa narración, al final, es un murmullo colectivo. En lo personal, cuanto más envejezco, más siento que hay una especie de inconsciente colectivo que hace a todos los humanos movernos al unísono sin darnos cuenta, igual que los cardúmenes de los peces que van danzando por el agua, y esa música y movimiento comunes son —en buena medida— las novelas y nuestras lecturas, las cuales nos justifican y nos salvan la vida de muchas maneras. Y digo eso porque al leer —y ya no digamos al escribir— nos parece que la muerte

no existe, ya que salimos tanto de nosotros mismos, que nos colocamos fuera de nuestra propia muerte, como si esta nos esperara enroscada en la barriga.

Hace veintitantos años le oí decir a Graciela Cabal, una estupenda escritora infantil y juvenil argentina, en la Semana Iberoamericana de Gijón, que —en efecto— las personas que leían morían más tarde, pues no podían hacerlo hasta acabar el libro; además, contaba —y eso es lo más gracioso, divino— la historia de su padre, quien había tardado muchísimo en morir porque estaba siempre con un libro gordo gordo y cada noche que lo visitaba el médico movía la cabeza con pesadumbre y decía: “De esta noche no pasa”, y él contestaba: “No, para nada, porque antes tengo que terminar *El otoño del patriarca*”, y en cuanto el doctor se marchaba les pedía a las hijas que le llevaran libros lo más gordos posible, y pasaba el tiempo y se iban muriendo todos los amigos del padre, hasta que un día salió de la cama para ir a un chequeo y ya no volvió porque, ¡claro!, ¡había dejado el libro! Graciela remataba el relato diciendo: “Es que la muerte también es lectora, por eso aconsejo ir siempre con un libro en la mano porque así, cuando llegue y se asome para ver qué lees —como hago yo cuando viajo en el colectivo— seguro se distrae”, esto es un homenaje a ella, que murió en 2004 con solo 64 años, demasiado joven, quizás alguien le robó el libro en el colectivo y la dejó sin ese poder.

No sé si conocéis este otro cuento, y les advierto que mi conferencia está llena de relatos porque quiero demostrar de manera activa cómo las narraciones nos hacen mejores de lo que somos. Del que les hablaré ahora pertenece a un libro de cuentos orientales de Marguerite Yourcenar llamado *Cómo se salvó Wang-Fô*, y está inspirado en una leyenda china: Wang-Fô era un pintor buenísimo, paisajista, el mejor del antiguo reino de Han, y tenía un discípulo de nombre Ling, a quien le había enseñado cómo eran el arte y la belleza; el maestro decía que el arte era, en realidad, la búsqueda de esa belleza que nos hace más grandes y mejores —quedaos con esta línea porque es muy importante, regre-

saremos a ella hasta el final—. Se encontraban, entonces, Wang-Fô y Ling por el reino de Han y, de pronto, los guardias imperiales los detuvieron y los llevaron al palacio de El Hijo del Cielo, del emperador, un hombre joven que estaba furioso con el maestro porque había permanecido encerrado, sin salir de su palacio, hasta los 16 años y el mundo que conocía era el que había visto a través de los cuadros de Wang-Fô, pero cuando salió, lo que vio le había causado decepción: “A los 16 años vi abrirse las puertas que me separaban del mundo; subí a la terraza del palacio para mirar las nubes, pero eran menos hermosas que las de tus crepúsculos... Me has mentido, Wang-Fô, viejo impostor: el mundo no es más que un amasijo de manchas confusas lanzadas al vacío por un pintor insensato, borradas sin cesar por nuestras lágrimas”. Entonces, furioso ante esa impostura, el emperador decidió sacarle los ojos y cortarle las manos. El pobre discípulo Ling quiso salvarlo de inmediato e intentó ponerse delante de Wang-Fô y lo decapitaron. Luego, el monarca pidió que le llevaran al salón del trono un cuadro inconcluso que Wang-Fô había empezado en la juventud para que lo terminara, después de eso lo golpearían y le cortarían las manos. Wang-Fô inició con el retoque del lago que tenía el cuadro y el suelo de jade del palacio empezó llenarse de agua. El maestro siguió pintando una barquita que se veía a lo lejos y se escuchó el ruido del batir de unos remos, y siguió pintando, y el agua en el salón del trono iba aumentando de nivel: las coletas de los artesanos ya flotaban en la superficie como serpientes, y la cabeza del emperador era como una flor de loto, y para cuando estaba terminando, el barquito se había acercado y en él venía Ling, perfectamente sano, con la cabeza pegada al cuerpo, y cuando Wang-Fô llegó al borde del cuadro, mientras todos los demás se ahogaban en el salón del trono —en el agua verde que había pintado sobre el jade del salón— el joven ayudaba a subir a su maestro a la barca para alejarse de ahí, felices, en un bellísimo crepúsculo, absolutamente salvados.

Ese cuento precioso nos enseña una cosa muy verdadera: la única salvación del ser humano es el arte; la única salvación del ser humano es la belleza; la única salvación del ser humano es ese impulso de ser mejores que se vincula, sobre todo —yo diría—, entre todas las artes, con la escritura y la lectura.

La escritura y la lectura, de hecho, han sido —según Albert Camus— “las armas secretas más importantes del ser humano para luchar contra el horror”; además, han sido un vehículo importantísimo de conocimiento, de comprensión del otro. Cuando leemos sabemos que no estamos solos, aprendemos cosas; nos percatamos de que hay mundos distintos, maneras de pensar diferentes. Leer nos hace más libres, más audaces, y por todo eso la lectura es totalmente subversiva, como siempre lo ha sido, perseguida por los tiranos, por los dogmáticos; en Egipto estaba prohibida, salvo para la clase sacerdotal, para el faraón, para los escribas; en la primera Edad Media se generó una revolución cuando la lectura empezó a salir de los monasterios; los esclavos negros y las mujeres tenían prohibido leer, y eso último aún sigue pasando —acordaos de Malala y los talibanes, quienes le pegaron un tiro en la cabeza, simplemente porque quería ir a la escuela y estudiar—. Entre los 750 millones de analfabetos que hay en el mundo ahora mismo, 75% son mujeres, y ya no hablemos de las quemaduras de libros que ha habido por las decisiones de regímenes totalitarios y de la Iglesia católica —los soviéticos prohibían la lectura de libros, los cubanos han llegado a detener a quienes llevaban las bibliotecas públicas (que eran pequeñas) y privadas; el índice de títulos prohibidos por la Iglesia católica se mantuvo vigente hasta 1966—; yo misma, que crecí durante la época del franquismo, viví esa restricción, los libros debías conseguirlos bajo cuerda (de modo clandestino, de manera encubierta) con un librero que se atreviera a llevártelos, pero a pesar de todas las prohibiciones, el impulso de conocimiento ha seguido creciendo y creciendo a lo largo del tiempo, y todos esos intentos

han sido como tapar el océano con un dedo: el agua seguirá y seguirá emanando, y gracias a eso es que los seres humanos nos vamos pasando de unos a otros el conocimiento, al paso de los siglos y de los países; es decir, a lo largo del tiempo y el espacio.

La invención de la imprenta le dio un impulso democratizador y liberador tremendo a la lectura y la escritura, pues hizo posible compartir el conocimiento. El deseo de saber ha sido una fuerza imparable siempre. Al respecto, quiero compartir la preocupación que me provoca escuchar aquellas voces que dicen: “¡Ay, las nuevas generaciones ya no leen porque su cultura es la de la imagen, hoy lo hacen muchísimo menos que antes!” Entonces, pregunto: ¿con respecto a qué? En 1900, en Europa, había 67% de analfabetos; la lectura siempre ha sido minoritaria, y esa minoría es hoy más grande que siempre. Ahora bien, lo que sí me inquieta es un fenómeno que ha estado sucediendo durante los últimos 4 o 5 años, el que se relaciona con los *smartphones*, pues los estudios recientes revelan que nos colgamos a ellos entre 4 y 6 horas al día, aunque no nos demos cuenta porque no es un tiempo continuo. Apple señala que la media de conexiones con el iPhone es de 80 veces al día; es decir, tenemos un bicho a nuestro lado que nos va mordiendo y robando la vida, y eso sí significa un cambio, incluso en los hábitos lectores. En España, por ejemplo —y creo que en otros sitios también—, ha disminuido la venta de libros durante los últimos años de manera radical. Como he tenido la suerte de que mis libros siempre se han vendido, sé con claridad que en España, hace 15 o 20 años, para estar en el primero o el segundo lugar de superventas debías vender 150,000 ejemplares o 200,000. Ahora, para estar en esas mismas posiciones, basta con vender 20,000, según cifras de la consultora Nielsen. ¿Qué está pasando?, pues que no da tiempo de leer durante el día; yo viajo muchísimo en transporte público, en Metro, especialmente en Madrid, y hasta hace cinco años en ese medio de transporte 60% de los usuarios iba leyendo, ya fueran li-

bros impresos o *ebooks*. Ahora casi nadie lee, a lo mejor un 2%, y la mayoría de la gente va chateando con el móvil —es decir, escribiendo, hablando, entrando en alguna aplicación, jugando, en fin—, eso me preocupa y también el efecto que produce en la capacidad de concentración; sin embargo, soy optimista porque pienso que la fuerza —como os decía antes—, esa especie torrente, de océano —que es la cadena de la lectura y de la escritura— y nuestra capacidad de adaptación —el ser humano es tan adaptable a tantas circunstancias— nos han convertido en un virus para el planeta, así que creo que de aquí a nada, quizás, terminemos por abandonar los móviles.

Uno de los conferencistas de este seminario, Javier Celaya, decía ayer que mediante el móvil se está recuperando la lectura por medio de los audiolibros, que están consiguiendo que la gente y los chavales que llevaban tiempo sin leer lean —es decir, escuchen— dos libros al mes, que es muchísimo; o sea, espero que sea un canto de sirena falso, y que siga esta fuerza, la de la literatura funcionando porque —como os digo— es muy importante la fe y la esperanza que muchos tenemos en la escritura.

Dejadme que os cuente otra historia, la de John Clyn, un monje irlandés que vivía en un pequeño convento de Irlanda, en 1348, el año de la pandemia de la peste negra, una enfermedad espantosa, dolorosísima, horrenda y con una muerte igual de pavorosa que vino de Asia —no se sabe muy bien cómo— junto con las ratas transportadas en los barcos. No hay datos de la epidemia en Asia, pero sí en Europa: tan solo en el transcurso de 1348 murió entre la mitad y dos tercios de la población de ese entonces —¡calculad eso!—: la mitad de los ciudadanos de París; dos tercios de los habitantes de Venecia. No había tiempo para enterrar a los muertos, y no quedaban vivos que lo hicieran; desaparecieron pueblos enteros; los campos volvieron al estado salvaje; los animales de granja se volvieron silvestres y vagabundeaban por ahí; el mundo se llenó de bandoleros; la ley no existía, no había quedado nada. Europa tardó un siglo y medio en

recuperarse. Agnolo di Tura —quien era un cronista de la ciudad de Siena— escribió: “Enterré con mis propias manos a cinco hijos en una sola tumba, no hubo campanas ni lágrimas, esto es el fin del mundo”. Y lo era, sin duda. Eso parecía.

Por su parte, John Clyn fue cuidando las agonías de sus compañeros monjes y enterrándolos uno a uno, al tiempo que escribía en pergamino la historia de la peste en su pequeño pueblecito y en su convento; su intención era: “Que las cosas memorables no se desvanezcan en el recuerdo de los que vendrán detrás de nosotros”. Cuando enterró al último de sus camaradas, en ese mundo asolado, dejó espacio en el pergamino con el fin de que esa obra se continuase si, por ventura, alguien de la estirpe de Adán burlaba la pestilencia, y así fue, porque esa mano llegaría tiempo después para llenar el espacio dejado por Clyn —quien murió de la peste en absoluta soledad.

Lo que acabo de contarles puede darnos una idea de cuánta fe y cuánta esperanza hacen falta para seguir escribiendo en el borde mismo del Apocalipsis, en la soledad más absoluta, presa ya de una agonía espantosa y, aun así, seguir con la descripción de lo que ha pasado, con la creencia de que llegará esa otra mano a continuar lo que debe terminarse para que la tragedia no se esfume en el olvido. De esa manera es que se completó la fuente más importante que existe acerca de lo que fue esa pandemia.

Hay una foto maravillosa en blanco y negro que también habla de eso, es de una biblioteca, la Holland House Library de Londres, luego de uno de los muchos bombardeos en esa ciudad por parte de los aviones de los nazis —hubo 40,000 muertos y 1 millón de viviendas destruidas—, que se aprecia completamente derruida, el techo se ha caído y hay un montón de escombros en el suelo, pero todavía quedan algunos estantes en pie que tienen libros, y sobre el montón de escombros hay tres hombres vestidos con abrigos y sombreros; uno está leyendo, otro está mirando los lomos de los ejemplares expuestos, y otro más está sacando un libro. Al ver la imagen podrías pensar que esa gente está

intentando olvidar el horror que vive, porque los personajes captados parecen muy tranquilos, incluso en medio de ese caos bestial —parecía que Hitler ganaría, y eso representaba otro Apocalipsis, como el de John Clyn—; sin embargo, creo que sucede justamente lo contrario, lo que intentaban era unirse a una realidad más profunda, a la realidad de la belleza, a la trenza colectiva de la civilización para tener la confianza, la esperanza, de que la vida podía seguir y de que los seres humanos podían ser mejores.

Considero que lectores y escritores vamos tejiendo esa trenza colectiva de la civilización, entrelazando la cuerda que nos permite salir del pozo, porque la oscuridad nos ronda, el abismo del sinsentido, el espanto del mal y del dolor al que no podemos concederle ningún lugar, al de la muerte y del tiempo —ese jardinero loco que nos va cortando nuestras ramitas de posibilidades de vida y que nos deja, al final, una sola rama pequeñita, que es nuestra existencia, más pequeña que nuestros sueños—. Incluso en la vida de los más célebres hombres y mujeres —Marie Curie, Alejandro Magno, por ejemplo— los sueños siempre son más grandes, y por eso leemos, vamos al cine, escuchamos música y estamos todos aquí hoy, porque necesitamos algo más.

Fernando Pessoa, el gran escritor portugués, decía: “La existencia de la literatura es la prueba inequívoca de que la vida no basta”. Y es verdad, necesitamos algo más, algo que nos consuele; que ponga nuestras pequeñas vidas —pataleos de hormigas— en contexto. El artista Georges Braque tiene una frase preciosa que dice: “El arte es una vida hecha luz”, claro que otra cosa podríamos hacer con las heridas, con el dolor, sin intentar convertirlas en luz o en belleza, y es precisamente la belleza lo que nos permite soportar la vida, lo que nos da un sentido; decía Confucio: “¿Me preguntáis por qué compro arroz y flores? El arroz es para tener de qué vivir y las flores para tener por qué vivir”.

Siempre me ha emocionado esa necesidad de belleza de los seres humanos. He ido al Polo Norte, por ejemplo, he hablado con los inuit —mal llamados

esquimales—, y esa gente que no tenía nada —la zona es hiperbórea, no hay más que hielo, no hay árboles, no había comida— se hizo de unas tallas en huesos de morsa tan maravillosas, tan hermosas, sólo por el placer de la belleza; los objetos prehistóricos de hace 10,000 años están adornados, ¿y qué me decís de los exploradores estúpidos del siglo XIX que se iban a África y se reían de los mal llamados salvajes porque les gustaban las bolas de cristal de colores?, ¿cómo te puedes reír de algo que nos hace humanos? Tenemos ese don de las hadas que nos permite ver la belleza, y eso nos hace más grandes.

El último cuento, que explica muy bien esto es el relato del joven bárbaro salvaje Droctulft, un longobardo del siglo VI quien, junto con sus compañeros, bajó por toda Europa como un viento de fuego, hacha en mano, como joven lobo, orgulloso de sus músculos, para arrasarlo todo. Cuando Droctulft y sus secuaces llegaron a la bellísima Rávena, en Italia, el joven fue golpeado por la belleza de ese lugar y entonces se volvió contra sus compañeros e intentó salvar la ciudad del despojo hasta la muerte. ¿Qué le había pasado? Pues al llegar ahí se había dado cuenta de que existía un universo mucho mayor, más grande que su pequeña vida, que era de guerra, sangre y lodo; se percató de que la horda a la que pertenecía ya no le era suficiente y tenía que defender esa nueva visión: la belleza de Rávena era para todos, incluso para los hijos de esos antiguos compañeros suyos que ahora le iban a matar, porque ese era un tesoro. En la nueva visión del guerrero cabía el universo entero y también sus antiguos acompañantes, mientras que en la de sus peludos compañeros no cabía Droctulft. Solo él pudo atisbar la totalidad del mundo, lo absoluto de la belleza, la hermosura que te permite ser mejor; los otros ni siquiera vieron lo que Rávena le había respondido a Droctulft: la razón de su inexplicable melancolía en los bosques fríos de su tierra natal y de la ansiedad indescriptible de ser algo más. Muchas gracias.



PILAR PÉREZ ESTEVE

Leer y comprender en la era digital



Antes que nada, muchísimas gracias a la Fundación SM, a SM y a todas las personas que hay detrás de este maravilloso seminario, y sobre todo gracias a vosotros, que habéis venido de tantos sitios a compartir conmigo el sueño de que la educación no solo cambia el futuro de las personas, sino también su presente, y de eso es de lo que les vengo a hablar hoy.

Para empezar, quiero contarles una pequeña historia que me conmocionó la vez que la leí. En 2006, la primera persona sordociega en España llegó a la universidad; la noticia tuvo eco en muchísimos medios de comunicación porque, además, se trataba de una chica negra, sorda, ciega y huérfana, quien fue adoptada por una mujer española. Esa joven que les cuento decía que cuando logró comprender que “cada cosa y cada sentimiento tenían una palabra para identificarlos” para ella “fue como romper una cápsula de acero”, y recordaba palabras como *brisa*, *amigo*, *juguete*.y su testimonio me marcó de tal manera, que he seguido su historia y sé que ahora es maestra de niños sordociegos en un colegio de educación especial. Les digo esto porque hoy hablaremos de la capacidad de romper esas *cápsulas de acero* para aprender a comunicarnos.

Lev Vygotski decía que “el pensamiento no solo se expresa en palabras, sino que existe porque existen las palabras”; es decir, somos capaces de pensar porque tenemos palabras, y si nuestro universo de palabras es rico, amplio, seremos capaces de mejorar nuestro pensamiento.

Al respecto puedo decirles que cada vez se está estudiando más el papel del lenguaje en la configuración de nuestro cerebro. Ya contamos con estudios interesantísimos que hablan acerca de que la capacidad lectora modifica ese órgano, algo de lo que seguramente Luis Castellanos les hablará más tarde, porque él suele referirse a esa investigación —muy comentada, muy reproducida y que quizás la mayoría de vosotros ya conocéis— de David Snowdon, un profesor de Neurología de la Universidad de Kentucky, quien fue a una congregación religiosa para analizar por qué las monjas que ahí vivían eran tan longe-

vas. De ese modo empezó a estudiar sus costumbres, y entre lo que hallaba dio con un tesoro: cuando las novicias iban a ingresar a la agrupación, se les pedía una especie de escrito de motivación; o sea, debían narrar con un número de palabras determinado por qué querían ingresar en la orden. De los resultados que Snowdon obtuvo, lo que me interesa decirnos no solo es que correlacionó la longevidad con las palabras positivas —al parecer, estas nos hacen vivir más y mejor, algo de lo que estoy segura que es verdad—, sino que destacó la importancia de la calidad de las palabras y de la profundidad de los pensamientos; es decir, pensar mejor, con mejores palabras, a lo mejor evita que desarrollemos enfermedades degenerativas.

La escritura y, en general, la competencia de comunicación lingüística, leer y comprender, no simplemente son aprendizajes para la vida, sino de los más importantes. Como docentes, entre lo más relevante que debemos trabajar con nuestros alumnos está el desarrollo de la competencia lingüística, pues nuestro mundo será tan rico como lo sean nuestras palabras, por eso uno de los lemas de SM es *aprender para la vida*.

Me quiero referir muy brevemente al estudio DeSeCo (Definición y Selección de Competencias), de la OCDE, que define tres grandes ámbitos de competencia: *a)* la capacidad de trabajar en equipo; *b)* la capacidad de interactuar en grupos heterogéneos —que es esencial para nosotros porque debe aprenderse a trabajar de manera colaborativa—, y *c)* la capacidad de plantearnos objetivos y llegar a cumplirlos, pero la que me interesa especialmente es la capacidad de utilizar el lenguaje con un propósito determinado, y en esa investigación de la OCDE se decía que lo que verdaderamente hace cambiar las escuelas es la interacción. Y lo destaco porque esperaríamos que cada uno de nosotros, el lunes próximo, cuando llegemos a nuestras aulas, pensemos si lo que hacemos está contribuyendo a esa interacción, ya que, a veces, las utopías nos sirven para saber a dónde queremos llegar.

La comprensión lectora es como una escalera que no acaba nunca; es una actividad cognitiva compleja que va mucho más allá de oralizar los textos o de que un niño o una niña sean capaces de decir en voz alta de lo que trata un escrito o de leer en silencio. Nada de eso significa que hayan comprendido algo en absoluto, eso representa la etapa más simple de la comprensión —que es necesaria, sí— pero que es la más sencilla: la oralización. Para que los alumnos puedan hacer los textos suyos, conseguir que los comprendan, debemos trascender esa fase. La lectura de un texto no es todo o nada, hay muchos niveles de comprensión, según las características del lector y, de hecho, de lo que se lee. Un mismo escrito puede ser utilizado y atendido en cierto nivel, y más adelante comprendido en otro. Aquí va un ejemplo: todos hemos leído *El principito*, y no tiene nada que ver hacerlo a los seis años, a los 20 o a los 50, y ese es uno de los textos que nos hablan de cosas diferentes y complementarias en distintas edades. Bueno, pues eso mismo sucede en todos los aspectos de la lectura.



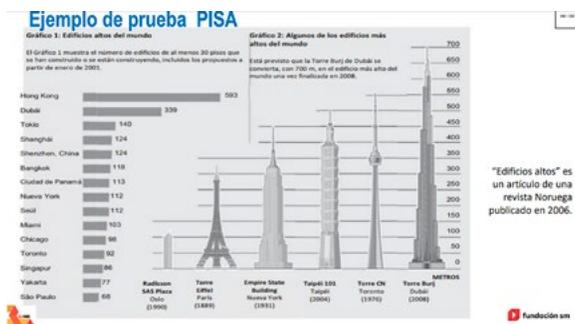
Emilio Sánchez Miguel —a quien quizás conozcáis—, un catedrático de Psicología de la Universidad de Salamanca, que ha trabajado en la comprensión lectora toda su vida, afirma que aprender a leer es un reto de dimensiones extraordinarias que nunca antes se había dado en la historia de la humanidad; para él, que se pretenda que todos aprendamos a leer y estemos alfabetizados —en el sentido profundo de la palabra *alfabetización*—: “Es una ensoñación de tal calibre que sería como aspirar a que todas las personas nos convirtiéramos en virtuosas del violín”. Cuesta tanto una cosa como la otra; sin embargo, ambas representan un reto que le hemos planteado a toda la humanidad, y por eso es importante dar los pasos adecuados.

Ahora, ¿qué supone la competencia lectora en la era digital?, ¿qué es comprender y cuáles son las destrezas fundamentales? Me gusta mostrar las pruebas de PISA y de PIRLS para que nos demos cuenta de cuáles son los procesos de lectura que se están evaluando. Todos los que estamos aquí debemos tener claro que enseñar a comprender tiene muy poco que ver con evaluar la comprensión; es bueno saber cómo se evalúa la comprensión, en cuáles aspectos se está incidiendo, porque eso guía nuestro proceso de enseñanza, aunque este también se enriquece con muchísimas otras cosas que no están en las pruebas, y es que nuestro aprendizaje es para la vida. Entonces, la capacidad de comprender, de utilizar y de reflexionar los textos tiene un propósito. La lectura es esencial en nuestra vida, y también lo es el hecho de que transmitamos a nuestros estudiantes de qué trata lo que les hemos seleccionado para leer, por qué elegimos precisamente un texto en especial.

Leer es una actividad cognitiva compleja, y es por ello que debemos acercar a los niños desde muy temprana edad —incluso antes de que conozcan el código y de que sean capaces de redactar un escrito— a la lectura con un propósito. Los fines pueden ser distintos; por ejemplo, vamos a pensar cada uno de nosotros que le contamos a quien tenemos a un lado en qué momento hemos utili-

zado la lectura hoy, en qué momento hemos empleado esa capacidad... Seguramente, como todavía no ha llegado la noche y no hemos tenido un tiempo de *relax*, nadie ha leído literatura para acompañarse y disfrutar, quizás solo hemos leído para saber cuál era el camino más corto para llegar aquí o para conocer el plan del día o para revisar los turnos de los conferencistas, o incluso hayamos sentido curiosidad por conocer quiénes eran y hemos entrado a la *web* para enterarnos de lo que hacen —si tenemos Twitter—, o hemos leído el menú para elegir lo que nos apetecía, o para orientarnos y llegar aquí sin contratiempos, o hemos enviado o recibido un mensaje de WhatsApp de nuestros colegas. Como puede verse, utilizamos la lectura con distintas finalidades, y eso es lo que hay que enseñar a verbalizar.

A continuación les muestro esta prueba de PISA solo para que veamos cuáles son los procesos que están inmersos en la comprensión. Mirad esto que viene a la derecha (“Edificios altos”) es un artículo de una revista noruega publicada en 2006. (Entre paréntesis, a mí me gusta mucho analizar lo que hacen otros. Tanto las pruebas de PISA como las de PIRLS están muy contrastadas, muy pensadas, y al leerlas debemos reflexionar si estamos promoviendo esas destrezas de lectura en nuestros estudiantes y de qué manera podríamos hacerlo mejor; si tenemos ese *background* previo, seguramente podremos acompañar a los niños a que se hagan las preguntas adecuadas.)



Para retomar lo que les comentaba, “Edificios altos” es un artículo de revista publicado en 2006, se acompaña de gráficos; el 1 alude a los edificios altos que hay en el mundo, muestra el número de edificios de al menos 30 pisos que se han construido o se están construyendo, incluidos los propuestos a partir de enero de 2001; el 2 se ocupa de los “más altos del mundo”, y ahí se prevé la construcción de la torre de Dubái que, con 700 metros, sería la más alta de esa ciudad en 2008. Ahora vienen las preguntas: ¿cuándo se publicó el artículo?, ¿cuál era el edificio más alto construido, según el gráfico 2? Entonces miramos y aquel no puede ser el de 2008, ¿verdad? En ese caso, lo que debemos hacer es movilizar de alguna manera nuestro pensamiento. ¿Qué tipo de información proporciona el gráfico 1? ¿Una comparación en cuanto a la altura de algunos edificios?, ¿el número total de ellos?, ¿en cuáles ciudades se encuentran?, ¿cuántos superan una determinada altura? Sigüente pregunta: si este edificio, en Oslo, únicamente tiene determinados metros, ¿por qué aparece ahí?, ¿por qué se menciona un edificio de Noruega que es tan pequeño? ¡Claro!, porque el artículo está publicado en ese país y se incluye como una referencia acerca de algo conocido. Los niños tienen que pensar eso con 14 años y medio o 15, cuando se les hace la prueba.

Si este artículo se escribiera dentro de 20 años, me valdría el número de edificios de al menos 30 pisos que se están construyendo, pues para ese momento serían otros los más altos; sin embargo, aquí sí me importa, tengo que hacer un proceso de pensamiento, tengo que preguntarme: ¿vale o no vale? No es una respuesta esquemática, ¿de acuerdo?

Hace un momento me preguntaban si estaba de acuerdo o no con las nuevas tecnologías, y eso es como si me interrogaran acerca de si estoy o no de acuerdo con la existencia de los aviones. No podemos plantearnos si nos gusta o no que haya nuevas maneras de lectura, simplemente existen. Nadie de los que estamos aquí viajamos como viajábamos ni investigamos como investigá-

bamos ni nos relacionamos como nos relacionábamos hace 15 años. Para llegar a este lugar o para informarnos de algún restaurantito o exposición o librería —de estas tan preciosas que tenéis en la ciudad—, lo hemos hecho utilizando pantallas, y eso hace que para nuestros niños se vuelva mucho más compleja la lectura.

Ya dijimos que es muy importante no perder de vista los objetivos de lectura cuando estamos frente a un texto. Antes PISA decía que había textos continuos, discontinuos y mixtos —el primero es el que se lee de corrido; ejemplo del segundo pueden ser un gráfico, un plano o un mapa, y el tercero es el que mezcla las dos cosas, como un artículo en una revista—; sin embargo, ahora los textos son híbridos, y la lectura se hace mucho más compleja porque no está escrito el texto final, ese lo escribe el lector, en función de los propósitos e intereses de lo que busca; por lo tanto, esa producción se ha convertido mucho más personal, y si no guiamos a los niños en relación con eso es muy difícil que lleguen a comprenderlo, así que es nuestra responsabilidad acompañarlos en el camino.

Me gustaría que nos quedara claro lo siguiente: el gran reto del siglo XXI —desde mi punto de vista— es la inclusión educativa, es hacer —ya lo decía Javier Palop— la escuela para todos, y ahí tenemos el desafío de unir equidad y excelencia, algo muy difícil de conseguir, y eso lo sabemos quienes tenemos niños con autismo y con TDAH —yo tengo cinco en este momento, y dos más que me vienen muy afectados para el año que viene—, porque eso supone cambiar muchas cosas de nuestro planteamiento, pero me pregunto: ¿si no caben esos niños, no merece la pena nuestra escuela?, ¿y si los niños que tienen mucha competencia no caben, tampoco la merece? ¿Cómo aunamos eso? En ese sentido, yo sí creo altas expectativas para todos. No voy hablar de la investigación Pigmalión —aunque me gustaría, porque es muy bonita—, pero cuando tienes expectativas altas con todos, las personas respondemos a la mirada —la tuya sobre mí me está influyendo, es el espejo en el que me miro—, y quienes

llevamos muchos años en la docencia —yo ya tengo más de 30— sabemos de la capacidad para hacer crecer a una persona con nuestra mirada, con nuestra exigencia, con nuestro trabajo, con nuestro acompañamiento, ese es nuestro gran compromiso.



Isidor Isaac Rabi, Premio Nobel de Física, afirmaba que lo que le había ayudado a ser científico había sido lo que le decía su madre cuando iba por él a la escuela: “Izzy, ¿te has planteado hoy alguna buena pregunta?” Yo he aprendido mucho de Neus Sanmartí, una experta en comprensión lectora de ciencias; de hecho, ahora estoy coordinando un proyecto con SM, no solo de comprensión lectora de textos literarios, sino de distintos géneros textuales como Geografía e Historia, entre otros. Enseñar a hacer preguntas es una de las apuestas más difíciles que tenemos, pero la que más hace crecer a nuestros alumnos.

Leamos un texto de nivel cognitivo 0, solo el principio, quizá ya lo habéis visto porque lo he publicado varias veces, pero lo he puesto porque lo que quisiera es que pensarais en la cantidad de veces que lo hacemos: “Un brosqi pidró las grascas y una murolla nascró filotudamente. No lo ligaron lligamente, pero lo sarretaron tan plam. Cuando el brosqi manijó las grascas, la murolla drinó priscamente. Al euridor suyo, los misquis lo desgliparon porque estaban nipando el brosqi”.

De cranta, un brosqi pidró las grascas y una murolla nascró filotudamente. No lo ligaron lligamente, pero lo sarretaron tan plam. Cuando el brosqi manijó las grascas, la murolla drinó priscamente. Al euridor suyo, los misquis lo desgliparon porque estaban nipando el brosqi. Nalón, la murolla, estaba gastardando frascamente los nisquis, acrollándose del esqueleto. Por eso se fraslíó.

1. ¿Qué pridó el brosqi?
2. ¿Cómo nascró la murolla?
3. ¿Cómo lo sarretaron?
4. ¿Quién drinó?
5. ¿Quién nipaba el brosqi?
6. ¿Cómo se llamaba la murolla?
7. ¿Qué hacía la murolla frascamente?

Adaptado de: R. Serra y M. Jesús Caballer. “El profesor de ciecias también es profesor de lengua” En *Alambique*, 12: 48)

Primera pregunta: ¿qué pridó el brosqi? Las grascas. ¿Cómo nascró la murolla? Filotudamente. ¿Cómo lo sarretaron? Tan plam. Nos da risa porque nos recuerda las muchas veces que pasa esto con nuestros niños, que marcan y subrayan y hacen una flechita de que eso va allí, y eso otro allá, y luego van como maquinitas *tiqui, tiqui, tiqui, tiqui* y lo rellenan todo. Una tarea cognitiva de nivel 0 es aburrida, tediosa, y no sirve ni para la inclusión ni para una escuela que fomente que todos aprendan lo más posible.

Me ha encantado la conferencia de Rosa Montero. Este viaje lo recordaré, también, por eso, porque me hizo la travesía de doce horas de vuelo —o diez o no sé cuántas— más llevadera. Me soplé casi toda su serie y Bruna Husky me

acompañó durante el viaje. Los textos son lo que los lectores hacemos con ellos; naturalmente, nos importa que sean buenos, pero somos nosotros quienes los modificamos, los interpretamos, y eso hace de la lectura algo interesante. Como dice Sánchez Miguel —de nuevo—, es como si se acompañaran de un manual de instrucciones que nos guía en la lectura, eso quiere decir que si voy a China, al mirar un texto sabré que se trata de una noticia o de un folleto o de unas instrucciones; por supuesto no sabré lo que dicen exactamente porque no manejo el código, pero cuento con unos elementos paratextuales previos que me ayudarán a comprender lo que veo. Si quisiera enseñar una noticia, el texto debe tener ese formato, *web* o digital, pero no sería un texto absurdo, con una letra absurda, que pregunta cosas absurdas.

“¿Cómo se llamaba el perro?” Esa es una de las tonterías que a veces preguntamos, y que no importan nada. Por ejemplo, en la novela de Rosa, Bruna investiga el asesinato de un amigo y en este momento no recuerdo su nombre, pero sí muchas cosas más interesantes. Si me preguntaran el nombre en clase, diría que me han *pillao*, aunque sería más interesante juntarse para hablar sobre lo que el libro nos dice a cada uno, cuáles son las partes que más nos han emocionado, en cuáles nos hemos sentido más identificados con la protagonista y en cuáles con otros personajes.

Los textos son los mapas que nos ayudan a guiarnos, por eso es tan importante que leamos con un propósito. El fin es que me sirva lo que leo para hacer algo en lo que pienso; el objetivo es ampliar mis conocimientos, aprender. En función del propósito, la lectura es distinta y, si es posible, siempre para hacer un producto que se comparta. No me detendré aquí porque esto que les digo es objeto de cinco conferencias, pero el aprendizaje tiene muchos caminos, no se aprende por uno solo.

Yo, por ejemplo, quiero hacer un audioguía para ver la catedral de México y pasear por la ciudad —ese es un propósito—; quiero hacer la reseña de un libro

que me ha gustado para compartirlo con otros; quiero aprender por qué se produce el día y la noche en distintos sitios; lo que quiero decir es que debemos intentar leer con un fin. En la escuela, nuestras secuencias didácticas deben partir de un problema que queramos resolver, de una pregunta, por eso el aprendizaje basado en proyectos es tan interesante, y eso es lo que estamos trabajando en SM, al menos en los libros de los que somos autores Felipe Zayas —mi querido maestro, a quien le debo todo lo que sé en comprensión lectora— y yo.

En cuanto a la personalización de los aprendizajes, aunque no voy a hablar de eso hoy, os recomiendo mucho un artículo de César Coll que se llama “Sí a la personalización de los aprendizajes”, que se encuentra en el sitio de la Fundación Jaume Bofill y que podéis descargar (yo lo tengo como *post* de un *blog*). La personalización de los aprendizajes sugiere que cada vez aprendemos más, no solo a lo largo de la vida, sino a lo ancho también, aprendemos dentro y fuera de los centros, y eso debemos incorporarlo, y se tiene que oír cada vez más nuestra voz.

Ahora quiero centrarme en las destrezas lectoras, que quizás sea lo más útil para nuestro trabajo diario, pues son estas y los textos los que nos guían, y por eso tenemos que enseñar a los alumnos a mirarlos. Estas son las destrezas de PISA, estas son las de PIRLS y estas las que Felipe y yo —con el apoyo inmenso del equipo de SM— hemos ido configurando y aplicando con niños muy pequeños y muy mayores, las mismas destrezas con distintos grados de profundidad; se trata de localizar los grandes temas, por ejemplo la amistad, la necesidad o el miedo a la soledad, y ayudar a que los niños hagan sus propias búsquedas.

Debemos pensar en la razón por la que se ha escrito determinado texto —¿para que aprendamos o nos convenzamos de algo, para informarnos?— y reconocer su tipo —si es una infografía, una página *web*, un *blog*, un periódico digital, etcétera—. La estructura de los textos es esencial para comprenderlos,

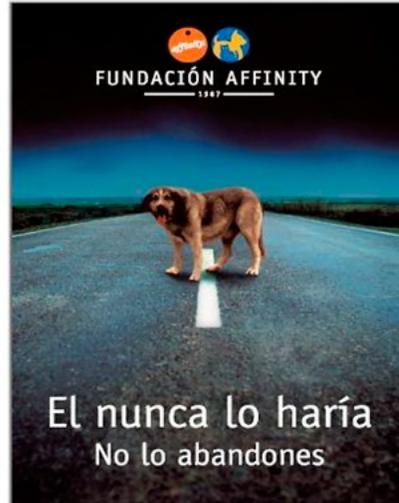
quizás sea la parte más importante porque a ella van ligadas las ideas principales; hay que fijarse en lo que el escrito nos quiere decir, en la forma —por qué han puesto una imagen en particular y no otra, por qué hay numeraciones o no las hay, por qué se eligió una tipografía en especial— y, por último, la búsqueda de información para comprender lo que se lee.

La forma social de los textos es el género textual: un folleto, un cartel, una noticia, unas instrucciones, un índice son textos para aprender. Los tipos de textos —una narración o una explicación, por ejemplo— se presentan de manera única; es decir, en un relato hay una descripción y, muchas veces, una argumentación, e incluso puede haber instrucciones (esto se da muchísimo en la literatura juvenil).

Veamos el cartel. Todos convenimos en que es un texto publicitario, un cartel que da a conocer una Fundación, y lo que quiere es concienciarnos —por eso es argumentativo— de que no abandonemos al perro. Bien, los carteles publicitarios casi siempre incluyen una narración porque nos tienen que tocar el corazón; este nos está contando la historia de un perrito abandonado, y fácilmente nos podemos imaginar que le fue regalado a un niño en su cumpleaños, que llegó el verano y ahora el perro está ahí, solo, y el texto que lo acompaña dice: “Tú nunca lo harías”.

Si enseño a los maestros a comprender esto; si los docentes nos hacemos conscientes de que debemos enseñar a los niños a comprenderlo también, cuando se encuentren con uno semejante intentarán ver lo mismo que aprendieron, y por eso estamos educando la mirada —porque es muy difícil ver lo que nadie nos ha enseñado a mirar—, y esa enseñanza es clave para ayudar a los niños a construir su futuro.

Educar la mirada



En este otro cartel nos hablan de otra historia. La propuesta es ponerse en los zapatos de un refugiado como primer paso para entender su situación. El calzado que vemos quizás sea de una niña coqueta que ha hecho un viaje duro para perseguir sus sueños. Es un texto argumentativo, pero también publicitario y narrativo, y esa composición variada es la que ayuda a los niños a ser inteligentes.

Aprender de forma significativa



Estos dos son distintos; las historias versan sobre la ilusión de un deportista que quiere competir y una niña ciega que quiere tocar el violín. Nosotros les enseñamos a nuestros pequeños a mirar esos textos, les decimos por qué son publicitarios, cuál es el eslogan, cómo se ha formado, etcétera, pero también debemos ayudarles a identificar otros elementos que les permitirán ver más cosas.

Destrezas SM

- Localizo el tema
- Pienso en la finalidad del texto
- Reconozco la clase de texto
- Me fijo en la estructura del texto
- Localizo la idea principal
- Me fijo en la relación entre las palabras/ ideas
- Pienso en el significado de las palabras

- Me fijo en lo que dice el texto
- Me fijo en la forma del texto

- Busco información

Fuente: Felipe Zayas y Pilar Pérez Esteve, Comunicación y Comprensión Lectora, Sevilla, SM

Yo he empezado a aprender el alfabeto dactilológico con Gennet Corcuera —la chica sordociega de la que les hablé al principio—, el arma que le permitió romper su *cápsula de acero*. Y nosotros también estamos rompiendo las cápsulas de acero de los niños, al enseñarles a mirar esto. Lo mismo ocurriría con otros tipos de texto que no son tan emocionantes y que les hemos de enseñar a leer también. En internet hay muchos sitios (los invito a revisar el de Jaume Plensa, ¡es precioso!) y muchas cosas que tengo que enseñar a mirar a mis chicos, y aunque las páginas *web* no son todas iguales —de la misma manera que sucede con las noticias, las entrevistas o los géneros textuales— siempre encuentro contenidos con elementos comunes que deben ayudarse a mirar con un propósito.

En una secuencia de aprendizaje que tenemos publicada en SM enseñamos a los alumnos a hacer audioguías, pero uno no las hace como le parece, sino fijándose en su estructura; por ejemplo, debe tener una introducción; explicar dónde nos encontramos; usar la lengua de una manera determinada; conjugar los verbos en presente; hablar en primera persona del plural para incluir a los observadores; emplear oraciones imperativas —“mira a tu derecha”, “fija la vista en el centro”— e interrogativas —“¿qué te parece esto o aquello?”, “¿qué sentirán los niños cuando corretean de una fuente a otra?”—, etcétera. Lo que quiero decir es que no se construye con una página en blanco, sino mediante el uso de modelos. Las ideas nos vienen después de romper muchos papeles, así que debemos ayudar de nuevo a los niños a que pregunten, a que hagan buenas preguntas y destacar el valor que tienen, porque si no sucede lo que cuenta vuestra mexicana Emilia Ferreiro: “Los niños son seres inteligentes y buscan cualquier esquinita de su realidad para serlo”. Aquí el ejemplo: “Lee y resuelve: en una caja había 10 caracoles, ahora solo quedan dos, ¿cuántos caracoles faltan?” Y el niño hace la resta, pero, ¡claro!, en las instrucciones se le pide que “resuelva” y entonces ofrece una solución: “Poner una tapa encima”. ¿Qué va a decir, si ya había hecho la resta y sabía que faltaban 8? Si queremos respuestas inteligentes, hay que hacer preguntas inteligentes.

Luego de ver el video precioso de cómo empieza la vida de una científica, para terminar, quiero recordar unas palabras de Eduardo Galeano porque reflejan la historia de nuestras vidas como maestros: “Mucha gente pequeña haciendo cosas pequeñas podemos cambiar el mundo”. Muchas gracias.



LUIS CASTELLANOS

La lectura en el desarrollo de la
sensibilidad y la empatía



Le agradezco mucho a SM que me haya invitado. Tenía muchas ganas de venir, me hacía mucha ilusión hablarles a los profesores, a las profesoras, al mundo educativo.

Me ha gustado mucho el título que le han puesto a esta conferencia, porque es lo que estoy trabajando ahora: cómo desarrollamos, por medio de la lectura, las sensibilidades y lo que he nombrado *empatía temporal* en el ser humano. Y es que el hecho de que sintamos las emociones que el otro está experimentando —que por nuestra naturaleza las vivamos dentro de nosotros mismos— está bien, pero me gustaría que fuera a tiempo, pues siempre llegamos tarde a muchas cosas debido a que nos demoramos en tomar decisiones y la gente se va muriendo. Pensemos que la empatía es a tiempo y en el tiempo de las personas.

Ayer que tuve el día libre, estaba tranquilo y decidí hacer una cosa: pasear, conocer un poco de la Ciudad de México —lo más cercano que tenía donde me encontraba—, aventurarme por algunas calles y callejuelas y descubrirlas —o que ellas me descubrieran a mí— y cuando llegué al hotel, se me ocurrió contactar a mi amigo Andoni Luis Aduriz —quien lleva diez años trabajando en los mejores restaurantes del mundo— para que me recomendara un buen lugar al que pudiera ir aquí, así que le envié un mensaje y me dio dos opciones: “Lorea o su versión informal, Alelí”.

Les cuento que yo he hecho investigaciones relacionadas con la gastronomía y ¿sabéis cómo empecé? Haciendo los relatos. Cuando bajábamos al laboratorio con los cocineros y los jefes de cocina a preparar algo, les pedía que se sentaran alrededor y apuntaran las emociones que sentían en cada paso de lo que fueran a cocinar. Debemos llegar a la gente que está esperando algo de nosotros, por eso es que les pedía que tradujeran sus emociones en palabras, con las cuales escribíamos un minirrelato sobre la vida, pero solo utilizábamos seis de ellas.

Voy a leerles unas narraciones muy breves, con la esperanza de que les puedan despertar la sensibilidad. A mí me la han despertado, pero sobre todo hay uno que me ha cambiado como persona, y os la voy a compartir.

Después de un año entero de trabajar con jóvenes, al final del curso hacíamos estadísticas y otros estudios para ver cómo podían detectar su lenguaje, y es que —como lo hemos visto aquí— en el lenguaje está todo. El lenguaje es oral, es escrito y es textual, siempre me he referido a esos tres como una unidad.

El lenguaje está hecho para ver, porque nombramos. He escuchado muchas veces esa frase de que “una imagen vale más que mil palabras”. Jamás en la vida. Una imagen puede contener millones y millones de palabras en historias para que nosotros podamos entenderla; es decir, antes de configurar algo para nombrar un árbol, una puesta de sol, un color naranja o una rosa, le hemos dado nombre, y nuestro nombre ya se queda grabado en la cabeza. Cuando vemos una imagen maravillosa o estupenda, lo que aparecen son millones de palabras que se conjugan con nosotros y con la vida. Eso es una imagen: palabras en acción.

Bueno, después de hacer un trabajo, les pedí a estos chavales que me escribieran cómo habían sentido el curso, cuál era su experiencia. Uno de ellos, entre los doce y los trece años, redactó esto:

Me ha gustado mucho la participación, me ha hecho mejorar en cuanto a optimismo propio, yo soy optimista por la gente, pero nunca por mí —el lenguaje positivo es maravilloso, fantástico, fabuloso, fascinante, estupendo, genial, excelente; es la interacción positiva con la vida, y utilizamos el lenguaje oral, escrito y gestual para interactuar positivamente con lo que nos rodea—. siempre veo mi lado malo y nunca me fijo en el bueno, pero si alguien necesita un hombro para llorar, entro yo para ayudarle a cumplir sus pedidos y para hacer lo que haga falta, con tal de ver

una sonrisa —no voy a leer entre líneas, eso lo dejo a la libre interpretación—. Prefiero que me hagan daño antes de hacerlo, simplemente porque no me sentía muy querido conmigo mismo. Como yo era el único que sabía mis secretos y mis rarezas —todos aquí tenemos secretos y rarezas— siempre me las decía frente al espejo, y lo que me decían mis padres lo usaba contra mí, también en el espejo. La mitad de las veces sonreía sin ser verdad. Cuando hicimos lo de pegarnos los papelitos en los pies —les pedí que escribieran en pedazos de papel lo que veían de positivo en sus compañeros— vi que la gente no pensaba lo mismo que yo sobre mí —somos muy malos pensando sobre nosotros mismos—, que era un fracasado, sin futuro, por mis notas, que soy mala persona, etcétera. Ya no pienso en eso, a no ser que me deprima por algo muy grande, y gracias a eso ya no pienso en lo malo, sino en lo bueno, por ejemplo: no soy muy optimista, pero voy a cambiar, así que gracias a todos.

Este chaval faltaba mucho, pero al final aprobó todas las materias menos una. Nada mal.

Recuerdo a otro muchacho que tenía quince años, era de una secundaria pública muy cercana a Madrid y provenía de una familia marroquí. Era más alto que yo, usaba una gorra con la visera hacia atrás y venía con un acólito que le daba collejas y bocata¹ todo el tiempo. Se sentó en la última fila, así que me acerqué a él, le toqué el hombro y le dije: “Esto de comer el bocata vendría mejor un poquito más tarde, y la gorrita la puedes dejar a un lado de la mesa”.

El último día que nos veríamos con ese grupo quisimos probar una tecnología que se llamaba Facet, con la cual se leen las emociones en el rostro en tiempo real. La intención era usarla con los chicos, así que pedimos voluntarios, y él fue el primero que se ofreció, y participó con mucha disposición.

¹ El bocata es un trozo de pan o un panecillo —un bollo— en cuyo centro se ha colocado algún tipo de alimento.

Pero eso no es todo, sino que el año pasado el muchacho intentó conseguir el teléfono de Tania Golub —la coordinadora del proyecto— para comentarle lo feliz que estaba porque su familia —que era un poco conflictiva— había cambiado y que él se había ido a estudiar Formación Profesional, por lo que le agradecía muchísimo todo.

Esa es la iniciativa de un chaval marginado y con muchos problemas. Que quisiese llamar por teléfono, que fuese proactivo solo para dar las gracias son cosas estupendas, y eso es gracias al lenguaje. Aquí hay una clave de lo que yo creo que es educar.

Yo me dedico a estudiar la manera en que las palabras consiguen habitar el espíritu de las personas, y eso es lo que deberíais perseguir como educadores. De lo que quiero hablar es del alma de nuestros sentimientos, algo que para mí es parte de la educación, porque al final nosotros somos seres que nos movemos por nuestros sentimientos.

En relación con lo que acabo de deciros, les compartiré las preguntas que les hice a los padres y madres de la Escuela de Liderazgo del Ejército Español, muchos de ellos militares involucrados en misiones secretas: ¿qué historia de vida deseáis?, ¿qué historia de vida deseáis para vuestros hijos o para vuestros alumnos o alumnas?; ¿en qué mundo os gustaría que viviesen vuestros hijos e hijas, vuestros alumnos y alumnas?; ¿qué queréis aportar al futuro de vuestros hijos, de vuestros alumnos y alumnas?, ¿qué estáis dispuestos a aportar para conseguirlo?

La educación hoy está un poco despistada, porque si preguntáramos: “¿Cuál es la palabra o lo que más deseáis en vuestra vida?” La respuesta de casi todos sería felicidad. Pero ¿sabéis qué es felicidad? ¿Sabéis distinguir entre satisfacción, bienestar y felicidad? Todos estamos muy ocupados y muy preocupados por ganar dinero, y aquello que nosotros decíamos que era la *felicidad* parece que se nos ha olvidado.

Os voy a mencionar a los cinco enemigos del aprendizaje. Si conocen estas cinco palabras os daréis cuenta de lo que os quiero decir. ¿Alguien puede pensar en algún enemigo del aprendizaje? ¿Aburrimiento?, ¿obligación?, ¿inseguridad?, ¿rutina?, ¿miedo?, ¿baja autoestima? Son muy interesantes esos elementos, pero no son de los que les hablaré.

Iré sacando libros. Estos son algunos de los más significativos en mi vida. Voy a leer algunas cositas de ellos porque me parece que son fundamentales. Este, *Pensar rápido, pensar despacio*, es de Daniel Kahneman, Premio Nobel de Economía en 2002; es el primer psicólogo que recibe un premio de Economía. En la página 503, dice:

A todos nos preocupa mucho la historia de nuestra vida y deseamos, más que cualquier otra cosa, que sea una buena historia, con un protagonista decoroso. ¿Y cómo hacemos para que las personas, desde que están en el vientre materno, hasta que nacen, crecen, se multiplican y mueren tengan una buena historia de vida?

Lo que los niños desean es tener una buena historia de vida. Ellos no lo saben y como tampoco se lo transmitimos los profesores, pues al final hacen lo que la sociedad les dice: “Gana dinero, que es importante; haz una carrera, que es importante”.

Entonces, ¿sabemos qué historia de vida queremos tener?, porque somos muy malos predictores. Kahneman cuenta una historia relacionada con un disco de vinilo; relata que escuchaba una pieza maravillosa de Mozart que duraba 20 minutos, pero de repente, en el minuto 19 y 55 segundos, el disco se estropeó y su buen humor también; sin embargo, nos llama a reflexionar sobre el disfrute que tuvo durante esos 19 minutos y 55 segundos de música espléndida. Esa es la *ley del pico final*, y es que en ocasiones los finales de

ciertas cosas en nuestra vida nos quitan el valor de todo lo que hemos construido y hecho bien. Esa fue una de las primeras lecciones que aprendí con Kahneman, por eso os digo que es importante que deseemos. De hecho, yo os haría que repitierais esta frase: “Yo merezco tener una buena historia de vida, yo merezco ser feliz”.

Ahora, voy a hacer una referencia a mi primer libro, *La ciencia del lenguaje positivo*, ahí quise demostrar cómo funciona el cerebro con palabras positivas, negativas y neutras, fue publicado en Plus One, en 2009. Así fue que hicimos una investigación neurocientífica y llegamos a la conclusión de que el lenguaje positivo hace que tus tomas de decisiones sean más rápidas; hace que estés más concentrado, que aciertes con más frecuencia; que seas más preciso, en pocas palabras: te regala tiempo. El lenguaje positivo te regala tiempo de vida.

¿Qué hace el lenguaje negativo? Hace que tardes más; te quita precisión, impide que te concentres. Cuando le ocurre algo malo a un chaval, empieza a quejarse: “No sirvo para esto”, “fíjate que difícil es para mí”, “no soy nadie”, “mi padre es no sé qué”, y todo eso nos está quitando tiempo de vida. El factor clave del lenguaje positivo es cómo interactúo con el mundo de las palabras positivas ante acontecimientos negativos.

Bien, ahora os voy a hablar de *Creatividad SA. Cómo llevar la inspiración hasta el infinito y más allá*, de Edwin Catmull, presidente de Pixar, quien dice una cosa fundamental que parece ser la clave del éxito en las empresas. Catmull se pregunta por qué muchas compañías fracasan y cometen y hacen actos estúpidos o idioteces cuando ganan mucho dinero. En el prólogo de este libro, el autor comenta: “Tengo mucho que decir acerca de facilitar a los grupos de creación conjunta. hacer algo valioso y luego protegerlos frente a las fuerzas destructivas que amenazan, incluso, a las empresas más fuertes”. Lo que le interesa revelar son las fuerzas destructivas que podrían llevar cual-

quier proyecto al carajo. ¿Quién en vuestro colegio o en el Ministerio de Educación está pensando en esas fuerzas? Edwin lo narra así:

La clave que me ha motivado durante los últimos 19 años transcurridos desde el estreno de *Toy Story* es comprender que identificar esas fuerzas destructivas no ha sido meramente un ejercicio filosófico, sino una misión crítica y capital. A raíz de nuestro éxito inicial en Pixar, necesitaba que nuestros líderes hiciesen un alto y prestasen atención. Hacer un alto y prestar atención. Y es una necesidad de vigilancia que no cesa nunca para descubrir cuáles son las fuerzas destructivas.

La mayor fuerza destructiva del ser humano es el lenguaje, por eso vamos a las guerras y nos enfrentamos entre familias y amigos, y muy pocas veces prestamos atención al lenguaje. ¿Alguno de ustedes ha olvidado el lenguaje en casa? A que todos lo han traído puesto, ¿verdad? Y es que lo tienen desde que nacieron, pero no saben qué fuerzas destructivas los habitan.

Cuando nos decimos: “No puedo”, “no lo consigo”, “soy alto”, “soy guapo”, “soy gordo”, “soy delgado”, “no me acepto”, “no quiero”. potenciamos fuerzas destructivas que, sin darnos cuenta —mediante comentarios, gestos y palabras— están llegándonos a nuestros alumnos, hijos e hijas. ¿Somos conscientes de eso?

Lo más importante sería generar una red de protección, de seguridad, para el chaval, y esa es el lenguaje. En África, por ejemplo, a una niña le dicen: “Si no te acuestas conmigo, te mato”. Lenguaje básico. Si dice que no, la matan y van con la siguiente, así de sencillo. ¿Somos capaces de crear una red de seguridad de lenguaje en nuestros centros educativos? ¿Sabemos, como profesores y profesoras, cuál es el lenguaje que nos habita y cuál es el que estamos trasladando a los demás? ¿Sabemos, cuando nos miramos al espejo,

cuáles son nuestros noes nuestros peros, nuestro dolor y nuestro sufrimiento? ¿Nos hemos dado cuenta del tiempo verbal en el que hablamos? ¿Sabemos lo que significa hablar en pasado?

Vale la pena que les hable en este momento de Wisława Szymborska, poeta, Premio Nobel de Literatura en 1996, quien, al ser interrogada sobre la inspiración, respondió:

La inspiración no es un privilegio exclusivo de los poetas o de los artistas. En general, hay, ha habido y seguirá habiendo cierto grupo de personas a las que toca la inspiración. Son todas aquellas que eligen su trabajo conscientemente y lo realizan con amor e imaginación. Se encuentran médicos así, y pedagogos y jardineros y otras cien profesiones más. Su trabajo puede ser una aventura sin fin, siempre y cuando sean capaces de percibir nuevos desafíos.

Y aquí os hago las preguntas: ¿somos capaces de percibir nuevos desafíos? A pesar de las dificultades y fracasos, ¿su curiosidad no se enfría? ¿De cada duda resuelta sale volando un enjambre de nuevas preguntas? La inspiración, sea lo que sea, sale de un constante “no sé”.

A mí me encanta el “no sé”, y mi palabra preferida es “sí”. Por ejemplo: “No sé muchas cosas, pero sí trabajaré contigo”, “sí estaré a tu lado”, “sí me despertaré cada mañana para ir a trabajar con alguien que también me va a decir ‘sí’, y vamos a desarrollar nuevos proyectos”. La palabra “sí” es fundamental. Pero les sigo compartiendo lo que dice Szymborska:

... pueden despertarse dudas en el Oriente a los más diversos verdugos, dictadores, fanáticos y demagogos que luchan por el poder con ayuda de unas pocas consignas repetidas a gritos, pero también les gusta su tra-

bajo y también lo realizan con celoso ingenio. Ellos saben y lo que saben les basta para siempre, no les interesa nada más porque eso podría debilitar la fuerza de sus argumentos. Y cualquier saber que provoca nuevas preguntas se convierte muy pronto en algo muerto, pierde la temperatura que propicia la vida. Los casos más extremos que se conocen, tanto por la historia antigua como por la moderna, son capaces de ser letales para las sociedades. Por eso tengo en alta estima dos pequeñas palabras: no sé. Pequeñas, pero con potentes alas que nos ensanchan los horizontes hacia territorios que se sitúan dentro de nosotros mismos y hacia extensiones en las que cuelga nuestra menguada Tierra.

El nombre del libro es *El gran número. Fin y principio y otros poemas*. Os lo recomiendo.

Para terminar, quiero presentarles el libro que me cambió la vida: *La guerra no tiene rostro de mujer*, de Svetlana Aleksíevich. Al leerlo, he encontrado una gran respuesta para el ser humano —y os puedo decir que lloré con cada relato, para que veáis el poder de la lectura no solo como imaginación ni como desarrollo de sensibilidad y empatía, sino como capacidad de construir un futuro mejor para la humanidad—: hacer que este mundo sea más habitable depende de que veamos, entendamos y comprendamos, desde el corazón, la sensibilidad, nuestros sentimientos y los de los demás. Eso me lo reveló esta mujer.

A ella no le interesa la gran historia, sino las pequeñas, las historias de cada uno de nosotros, de nuestros sentimientos y emociones. Le interesa el alma de nuestros sentimientos porque la gran historia no muere. Voy a leer:

No escribo la historia de la guerra, sino la historia de los sentimientos —nosotros estamos generando con nuestros niños sentimientos que van a crear historias, y esas historias a su vez van a generar sentimientos—.

Soy historiadora del alma; por un lado, estudio a la persona concreta que ha vivido en una época concreta y ha participado en unos acontecimientos concretos. Por otro lado, quiero descubrir o distinguir en esa persona al ser humano eterno, la violación de la eternidad, lo que en él hay de inmutable. Una vez más, me interesa no solamente la realidad que nos rodea, sino también lo que está en nuestro interior. Lo que más me interesa no es el suceso en sí mismo, sino el suceso de los sentimientos, el alma de los sucesos.

Estamos creando habla interior en las personas, la que van a llevar durante toda su vida, y lo que estamos generando es un verbo, una palabra, unos mensajes, una motivación o una autoestima, esa es el habla interior. Rosa hablaba de que todo sucede en la cabeza —habla interior—, y nosotros —como maestros— tenemos la responsabilidad de educar el habla interior, el lenguaje como tal. El lenguaje se puede manejar.

El fragmento que les voy a leer es de una entrevista de Aleksiéovich a Atamara Stefanova, cabo mayor de guardia, técnica sanitaria:

En la guerra, cuando caía algún herido o muerto, tenían que traerlos, pero no podían llevarlos solos, sino con sus armas —porque no había armas—. ¿Sabe lo que pensábamos todos durante la guerra? Imaginábamos qué feliz sería la gente cuando terminara, ¡qué vida más bella comenzaría! La gente ha pasado por tanto sufrimiento, que todos serían buenos los unos con los otros. Habría mucho amor, las personas serían distintas. No lo dudábamos ni por un instante. Pero ¡ay, querida mía!, todo es igual que antes. Las personas se odian entre ellas, otras veces se matan unas a otras.

En Stalingrado, una vez llevé a dos heridos al mismo tiempo, cargaba con uno y lo arrastraba unos metros, y luego volvía por el otro y los alternaba, porque los dos estaban muy graves. Resultaba imposible dejarlos. Y los dos tenían las piernas destrozadas muy por arriba, se estaban desangrando. En esos casos cada minuto cuenta. De pronto, cuando ya me había alejado un poco de la batalla y el humo se había dispersado, descubrí que estaba arrastrando a un tanquista de los nuestros y a un alemán. Me quedé petrificada. Nuestros soldados morían y yo salvando a un alemán. Sentí pánico. En medio del combate, con la humareda. El hombre se estaba muriendo y gritaba: “¡Aaahhh.aahh!” Los dos estaban quemados, negros, iguales, pero ahora yo lo veía con claridad, una chapa distinta, un reloj distinto, todo era ajeno, y ese maldito uniforme, ¿qué hago ahora?, arrastraba al nuestro y pensaba, ¿vuelvo por el alemán o no? Comprendía que si lo dejaba, pronto moriría desangrado. Regresé por él y continué arrastrando a los dos.

La clave de mi transformación en la vida es lo que viene a continuación:

En Stalingrado fue el combate más terrible de todos, querida mía. Es imposible tener un corazón para el odio y otro para el amor. El ser humano tiene un solo corazón, y yo siempre pensaba en cómo salvar el mío.

Todos los que estamos aquí tenemos un solo corazón, un habla interna, y a veces no queremos pensar en eso y tenemos que decidir si es para el amor o para el odio, ya sea en la empresa, en la academia, en la escuela, con tu familia o con quien quieras. Hay que decidirlo y la decisión es ahora. Esa es tu habla interior. La mujer no tenía que salvar a su enemigo alemán, pero tomó una decisión.

En relación con lo anterior, os hago otra pregunta: ¿somos capaces de construir en nuestras alumnas y alumnos, en nuestros equipos, un corazón para el amor? Somos capaces de construir un habla interna que nos permita decir si vamos a amar.

Me permitiré leeros otro fragmento de un libro, *Últimos testigos: los niños de la Segunda Guerra Mundial*, también de Svetlana Aleksievich. Otro modo inexplicable de entender la vida y lo que esta es.

Una vez nos paramos con nuestra madre cerca de la alambrada. Por el otro lado pasaba una mujer muy guapa, se detuvo frente a nosotros y le dijo a mi madre: “Cuánto lo siento por ustedes” —empatía—. Mi madre respondió: “Si de verdad lo siente, acoja a mi niña, y la mujer se quedó pensativa. Siguieron hablando en susurros. Al día siguiente mi madre me acompañó a la entrada del gueto y me ordenó: “Yenia, coge el carrito con tu muñeca y vete a ver a tu tía Malusia”, nuestra vecina. Recuerdo cómo iba vestida: una blusa azul, el jersey de pompones blancos. Mis mejores ropas de fiesta. Mamá me empujaba hasta la salida del gueto. Yo me apretaba contra ella, ella me empujaba con la cara bañada en lágrimas. Recuerdo que empecé a andar. Recuerdo dónde estaba la puerta, dónde estaba el puesto de guardia. Así, empujando mi carrito de juguete, llegué hasta donde mi madre me había dicho. Me echaron una pelliza — un abrigo— por encima y me subieron a un carro. Todo el tiempo que duró el viaje lloré y repetí: “Allá donde estés tú, mamá, estaré yo”. Me llevaron a un caserío, me hicieron sentarme en un salón largo. La familia que había aceptado quedarse conmigo tenía cuatro hijos. Me acogieron, quiero que todos sepan el nombre de la mujer que me salvó. Se llama Olimpia y vive en Kamapichi. El miedo que sufrió esa familia todo el tiempo que conviví con ellos fue increíble. Los hubiesen podido fusilar en cualquier momento. A toda la familia y a los cuatro hijos por haber recogido a una niña judía del gueto. Yo era su muerte.

Cuando se veían alemanes a la distancia, me enviaban a algún lugar. El bosque estaba cerca y era mi salvación. Esa mujer se compadeció mucho de mí, sentía por mí lo mismo que por sus hijos. Si nos daba algo, nos lo daba a todos; si nos besaba, nos besaba a todos, y nos acariciaba a todos por igual. Yo la llamaba mamusia. En algún lugar estaba mi mamá, y allá estaba mi mamusia.

¡Eso es amor, y eso es *empatía temporal*, a tiempo! Hay que tener un corazón muy grande. Hay que educar a los niños para que tengan un corazón así, más allá de lo humano. ¿Sabéis lo que significa eso? Desarrollar sensibilidad, es la manera en que debemos educar para que los niños reconozcan en su habla interior que las decisiones nos las vamos a jugar cada uno en el corazón y en la mente.

Hay dos decisiones: la primera es saber dar, y la otra saber recibir. No todo el mundo es fuerte, pero nos quieren hacer fuertes a diestra y siniestra. A veces somos débiles y hay personas débiles. El uno sin el otro no coexisten. No podemos hacer una humanidad de fuertes, yo te acojo a ti, que eres una niña del gueto, judía que va a ser mi muerte, pero eres igual a mí y te acojo porque yo, en este caso, soy la fuerte. Tiempo después su madre la encontró y se arrodilló ante ella, la besó y le dio las gracias. La gratitud es la otra palabra maravillosa.

Antes de terminar, los cinco enemigos del aprendizaje: 1) la culpa y todo el lenguaje asociado a ella; 2) la queja, quejarse por cualquier cosa; 3) la excusa, justificarse por todo; 4) la crítica, o sea, criticar sin ofrecer soluciones, y 5) la falta de generosidad, los niños deben aprender a ser generosos con lo que ven y con lo que no ven, debemos vigilar las palabras en las que deja de existir la generosidad, la amabilidad, la compasión.

Evitemos a los enemigos del aprendizaje y trabajemos con los amigos de este: la amabilidad, la compasión y la sabiduría. Muchas gracias.



MARÍA TERESA ANDRUETTO

La dificultad de formar a un lector de literatura



Estoy muy agradecida con la Fundación SM por la invitación a este Seminario, y agradecida también con el equipo de trabajo de este encuentro cálido, y con los participantes en la sala que han distraído un momento de sus vidas para que compartamos aquí algunas reflexiones.

Para que nos abriguen dos frases de dos escritores que admiro, una es de Erri de Luca: “Lo lee cuando está en el tren, en prisión, cuando está enfermo, cuando está en el baño, en un refugio en la montaña, mezcla su propia vida con el libro”, dice este autor italiano que trabajó hasta los 50 años como albañil, como operario, y que se hizo lector, hizo su tiempo de lectura, sobre todo en el tren que lo llevaba hasta la fábrica o hasta la construcción, este napolitano que tiene 70 avanzados años, que todos los días de su vida —incluso hoy— dedica dos horas a descifrar textos en lenguajes como el arameo o el hebreo antiguo. La otra frase es de John Berger: “Poco después de ver, nos damos cuenta de que también podemos ser vistos, en alusión de eso que se dice del recién nacido que hacia los 40 días de vida no se conforma con mirar a la madre, sino que quiere, busca, ser mirado, como todos nosotros”.

¿Libros o literatura? ¿Por el solo hecho de ser libro, un libro nos interpela? Hace un par de años pasó por Buenos Aires un *booktuber* con 30 millones de suscriptores, quien editó su libro en papel y provocó un fenómeno a gran escala con editores y con el público. El muchacho, de unos 20 años, fue invitado a la Feria del Libro de Buenos Aires, y estuvo atendido como una estrella de rock (se alojó en el mismo hotel en el que estuvieron los Rolling Stones); se movió acompañado de custodios; se habilitó un pabellón especial de la feria para él —con entrada independiente por otra calle—; la cola de asistentes fue de tal magnitud, que necesitó el auxilio de un cuerpo antidisturbios: tres mil personas para un muchacho que —desde su casa tiene 30 millones de seguidores que lo escuchan y miran cada día— pasó por una feria internacional para promover su libro.

¿Podríamos decir que los 3,000 adolescentes y padres que hicieron fila para que él les firmara su libro (seis segundos por persona, una firma por persona) son lectores? En caso de serlo, ¿son los lectores que nosotros queremos? Y si no lo son, ¿qué lector estamos buscando construir con nuestras acciones? ¿Podemos decir que todo libro es un artefacto que nos pone en cuestión, que nos interroga? Quienes firman esos libros que en un instante se venden como panes y en otro instante ya no existen, esos libros escritos por escritores fantasmas, ¿son de verdad creados por escritores? Y en caso de serlo, ¿es la clase de escritor/escritora que queremos?

A la hora de incluir a niños y jóvenes en el mundo de la lectura, se vuelve más importante que nunca elegir qué leer, qué libros acercar a otros, saber por qué los elegimos y, en esa elección a conciencia, si estamos en un espacio de formación, también leer con un criterio de contramercado, resistirnos a ser repetidores de los gustos impuestos por la publicidad.

Lectura y escuela

En materia de políticas de lectura, siempre es más fácil dejarse seducir por los cantos de sirena de acciones puntuales, simpáticas, de gran impacto mediático, que generan la ilusión de que los hábitos lectores de una sociedad pueden cambiarse como por arte de magia, pero lo cierto es que la lectura es una práctica social que necesita la enseñanza para llevarse a cabo, si es que pensamos en ella como en una posibilidad no exclusiva de un sector social, sino de la sociedad en su conjunto.

Sin duda, la construcción de lectores no es un acto de magia. Requiere un esfuerzo persistente y prolongado por parte de maestros, bibliotecarios, funcionarios, directores, instituciones y técnicos; exige un constante repensar los modos de llegada de los libros a los potenciales destinatarios y las maneras de ingreso de esos potenciales destinatarios a los libros; nos demanda, so-

bre todo, la construcción de nosotros mismos como lectores críticos para abrir el camino de los libros hacia otros. Sabemos que no es posible convertir en lector a un niño (solo) con el obsequio del libro ni con afiches publicitarios ni con las visitas de personajes públicos a las escuelas ni con acciones de lectura esporádicas, aunque cada una de esas acciones pueda, en su momento, contribuir —en mayor o menor medida— a la construcción de lectores, pero no es posible hacerlo únicamente con eso.

Ojalá fuera tan sencillo y se pudiera resolver de esa sencilla manera un problema tan grande, pero no es así. Sabemos que esas y otras acciones pueden aportar a un proyecto de lectura únicamente en la medida en que acompañen al hacer vertebral, que —creo yo— debe tener como lugar de llegada y de puesta en ejecución la escuela, en cuanto a que a esta —especialmente en el nivel primaria— concurren todos —o sería de esperar que así fuera— los niños de un país.

Por esa razón creo que hacia la escuela y hacia los espacios de formación de maestros y profesores —como este mismo espacio— deberían ir los esfuerzos principales de todos los proyectos de lectura. Cuando hablamos de la escuela como instrumento, estamos hablando de la inclusión de los ciudadanos en las prácticas de lectura y de escritura. Solo se producen cambios verdaderos cuando comprendemos que el camino pasa por el crecimiento de los docentes como lectores y formadores de lectura, y cuando entendemos esta como una práctica social que necesita de la enseñanza para llevarse a cabo, una práctica en la que mucho debe hacer el Estado —ya sea de modo directo o por medio de organizaciones de la vida civil— para llegar a los niños y jóvenes que son, a su vez, ciudadanos en formación.

Sostener proyectos que son a veces de bajo impacto mediático pero persistentes e inteligentes en su deseo de transformación es algo que debemos celebrar, y celebrar también a los maestros y profesores convertidos en moto-

res de transformación al defender —en muchas ocasiones con un alto costo— el tiempo-espacio para capacitarse.

Construir lectores es una manera de construir soberanía: ciudadanos más capacitados, más críticos, más reflexivos harán mañana su aporte en el que deseamos haya una sociedad mejor para todos. La escuela es, entonces, no solo el espacio para instalar la lectura, sino también para construir conciencia acerca de nosotros mismos, desarrollar nuestro pensamiento, no dar por sentado el mundo.

Hemos aprendido y enseñado a leer, pero no siempre hemos aprendido y enseñado a leer entre líneas, a entrar en los pliegues de un relato, lo cual es lo que nos propone la literatura. Tomando las palabras de Ricardo Piglia, podríamos decir que la enseñanza de la literatura supone un aprendizaje de un modo de leer que puede ser usado luego para descifrar cualquier mensaje. La literatura tiene un grado de densidad o de complejidad tal, que si uno aprende a enfrentarlo, luego es muy apto para leer con mucha mayor soltura los lenguajes políticos, económicos o cualesquiera sean los otros usos del lenguaje.

Leer bien es arriesgarse, dijo Georges Steiner. Las lecturas que nos modifican no son asépticas y tranquilizadoras, más bien nos perturban, nos sacuden, nos sacan de la modorra. Lo que se revela con la literatura es una palabra que desordena el mundo, lo resignifica, nos desorganiza para permitirnos leer nuevas cosas. Es el desorden propio de la complejidad lo que la escuela de hoy necesita.

¿Cuál es el lugar de la literatura en la escuela? ¿Qué esperamos de ella? ¿Qué de específico puede aportar que no hayan aportado ya otras disciplinas, conocimientos, experiencias? ¿Qué importancia tienen en la vida escolar la construcción de un relato, el desarrollo del imaginario, la percepción de la voz del lenguaje? Esto de lo que habló Rosa ayer, ¿para qué llevar todo eso a la escuela? Y, en todo caso, ¿cómo llevarlo sin que se escolarice ni se rompa? Y, sobre todo, ¿qué puede aportar un escritor que no haya aportado ya el libro?

Hay una premisa —que conserva su parte de verdad pero que se ha esteotipado tanto, que no nos deja pensar de un modo más profundo—, un eslogan por todos repetido: “La lectura por placer”, placer visto como contacto espontáneo con los libros, sin intervención docente, y a la vez esa intervención docente considerada muchas veces como obstáculo del placer. Falsa oposición entre lectura literaria —considerada placentera— y lectura de libros de estudio.

En esas visiones —dice Cecilia Bajour—, lo literario suele divorciarse de la enseñanza. Sería bueno recordar que muchos niños, sobre todo los que pertenecen a sectores golpeados por las diversas crisis económicas y sociales de nuestros países, inauguran su relación con la lectura en la escuela; que el inicio de esa relación con los libros es, para muchos niños y niñas, la gran ocasión de la que hablaba Graciela Montes. ¿Da lo mismo leer un libro que otro? La lectura es, además de aquella práctica solitaria y exquisita que a menudo referimos, un instrumento de intervención en el mundo, una espléndida posibilidad para dar lugar a las preguntas, a la discusión, al intercambio de percepciones y a la construcción de un juicio propio. Pero para eso no solo debemos formar lectores, sino buenos lectores. Los que más necesitan son los que menos pueden decir su palabra, opinó Simone Weil. La literatura es al mismo tiempo íntima y social, es un instrumento privilegiado de intervención en el mundo; en la literatura, en el arte, la humanidad encontró un vehículo para transmitir sus representaciones del mundo, diferentes según la época y las condiciones sociales, económicas y culturales de cada pueblo.

Cada libro —cada novela, cada cuento, cada poema— contiene, con mayor o menor felicidad, una lectura del mundo, y leer lo que fue escrito es ingresar en el registro de memoria de una sociedad. Así, entonces, podríamos decir que la historia de la literatura y del arte es también la historia de la subjetividad humana y de las condiciones en las que dicha subjetividad se desplegó.

¿Para qué sirve la literatura? Jean Paul Sartre se preguntaba hace décadas para qué sirve la literatura, en la búsqueda de una relación entre literatura y compromiso social. Mientras escribo estas líneas, escucho por la radio a un sacerdote que trabaja en un barrio de alta marginalidad en Córdoba, la nota sucede en el marco del suicidio de unos adolescentes que consumían *paco* (pasta base de la cocaína, similar al *crack*); es decir, los restos de la cocaína y que producen una adicción así, muy rápida y que destruye aceleradamente. El religioso cuenta dos episodios de su trabajo en ese barrio:

—Hace dos años compramos una cama elástica para que los chicos saltaran, fue un fenómeno, hacían cola para saltar y volver a saltar, hasta que uno de ellos dio en la tecla, y dijo: “Es la primera vez que puedo volar sin drogarme...”... Decidimos armar con el grupo un taller literario, el coordinador trabajó con ellos a lo largo del año y en la actividad de cierre uno de los chicos dijo que estaba bueno porque podía inventarse una vida feliz sin consumir.

Más de medio siglo después de aquella pregunta sartreana, aparecen nuevas respuestas a aquella interrogante infinita: ¿para qué sirve la literatura?

Acerca de un lector de literatura

Las obras literarias —y aquí podríamos hacer una deriva larga acerca de qué libros contienen obras literarias, ya que eso no sucede con todos— nos proponen, en el transcurso de la lectura, riesgos, luchas y, sobre todo, nos enfrentan a nuestras carencias. No nos ofrecen soluciones, más bien —diríamos— nos plantean preguntas, porque problematizar lo que ha sido en nosotros naturalizado es una de las funciones fundamentales del arte. Cuestionar lo aceptado, recibir nuestras sombras, los riesgos de la vida que vivimos y de la sociedad en la que transitamos.

Así, la literatura nos propone inquietud, insatisfacción, intemperie. Como sabemos, no es suyo lo general sino el territorio de lo particular, y no está en ella la palabra infalible ni la palabra uniforme —que suprime la indecisión y la duda—; muy por el contrario, en su mundo viven la incertidumbre, las indecisiones, las dificultades de comprensión, que son todas estrategias necesarias para pensar por nosotros mismos —cosa siempre tan difícil—, en fin, que la literatura no nos lleva a la simplificación de la vida sino a su complejización, a sortear el pensamiento global, uniforme, para ir en busca de la construcción de un pensamiento propio, mirar más allá sin temerle a la dificultad y al derecho de discernir, para eso necesitamos saber leer, y “saber leer no es terminar pronto, sino leer despacio”, dice el pedagogo y filósofo colombiano Estanislao Zuleta, en un ensayo que se titula precisamente “Sobre la lectura”, con lo cual el elogio de la dificultad podría ser también el de la lentitud, porque si bien leer es transitar de un libro a otro, encontrar los propios senderos en medio de un bosque no se trata de entrenarnos en sistemas veloces de lectura, sino en una lenta apropiación de lo que leemos. Leer —dice también Zuleta, siguiendo a Nietzsche, en su *Así habló Zaratustra*— como un camello, como un león y como un niño. Como un obrero que hace trabajar su pensamiento; como un rebelde que rechaza todas las formas de imposición o jerarquía, y como un niño que en su inocencia siempre está comenzando. Tres condiciones para no leer por leer, para leer como un aventurero, no solo como un lector capaz de interpretar, sino sobre todo como un lector capaz de permitir que el texto lo afecte en su ser mismo, en su ser íntimo, y lo lleve por nuevos caminos de conocimiento, hasta dar con aquello que lucha por hacerse visible, aun a riesgo de transformarnos.

Leer no es solo consumir libros —como bien lo sabemos todos los que aquí estamos—, sino convertirnos en camello y león y niño a un mismo tiempo, para correrlos de la equívoca idea del acto de leer como distracción; cuando

uno lee más bien para concentrarse, para encontrarse con uno mismo, en ese lugar donde —como decía Rosa también ayer— estamos todos, del mismo modo que escribe uno o debería escribir; no como una tarea de ensoñación, sino como una búsqueda de plenitud de conciencia.

Todo buen libro nos invita a ensimismarnos y, entonces, la cuestión no es exactamente la cantidad de libros leídos —aunque la diversidad y el número sean también importantes—. La cuestión es, sobre todo, cómo se lee y cómo se invita a otros a leer. Por eso tengo problemas con la idea de maratones o campeonatos de lectura. La vida es breve, y en el más allá no preguntan a nadie por el número de libros que se ha leído. La lectura superficial, distraída, es como caminar por un paisaje con los ojos vendados. Tampoco debemos leer para olvidarnos de nosotros y de nuestra vida cotidiana, sino que —muy por el contrario— debemos leer para tomar con mayor conciencia y madurez nuestra propia vida. Acercarnos a los libros “como montañistas, no como fugitivos desganados de vivir”, como dicen que afirmó Hermann Hesse. “Yo me propongo —dice Guillermo Martínez— la defensa más ingrata de los libros difíciles y de la dificultad en la lectura. No por un afán especial de contradicción, sino porque me parece justo reconocer que muchas veces en mi vida la lectura se pareció al montañismo, a la lucha cuerpo a cuerpo y a las carreras de fondo. En todo caso, la literatura, como cualquier disciplina del conocimiento, requiere entrenamiento, aprendizajes, iniciaciones, concentración. Son justamente los libros difíciles los que extienden nuestra idea de lo que es valioso”, dice también, “son esos libros contra los que uno puede estrellarse la primera vez y a los que, sin embargo, vuelve”.

Leer literatura es, entonces, aceptar la complejidad, entrar en la dificultad. De eso hablamos. De la importancia de la dificultad en el camino de construcción de un lector. En *Escribir en la oscuridad*, el escritor israelí David Grossman habla de la importancia que en la lectura tiene la dificultad, lo que

no tenemos y lo mucho que todavía no sabemos, dice: “Pertenezco a una generación que estaba acostumbrada a leer textos sin comprender todas las palabras. A principios de 1960 leíamos libros escritos en un hebreo arcaico y ampuloso; eran traducciones de los años veinte y treinta, muy alejadas de nuestro hebreo cotidiano. Por supuesto, aquella incomprensión era un obstáculo para leer con fluidez, pero retrospectivamente me parece que, en aquel entonces, parte de mi experiencia lectora provenía precisamente de la incomprensión, del misterio y, en consecuencia, del placer de comprender algo. Lo menciono —dice— porque ahora, en la mayoría de los libros, se da prioridad a los términos más simples, incluso simplistas; es decir, a la jerga”.

Este autor también habla acerca de unos libros que su padre le dio cuando era niño, libros que tal vez ni sabía ni comprendía, pero cito: “Algo de mí me impedía dejar a un lado esas historias escritas en un hebreo que no me era conocido. Las leía como si me estuviera metiendo en un mundo absolutamente extraño que, al mismo tiempo, era una ‘tierra prometida’. En cierto modo, sentía que volvía a casa”.

Eso es —me parece— la lectura de buenos libros, la lectura de textos literarios; es decir, aquellos de una densidad emotiva y una complejidad y una carga de ambigüedad tal que nos dejan entrar en un territorio desconocido, extraño todavía, que nos promete, sin embargo, cierta recompensa, una experiencia en algún punto reparadora, algo así como un volver a casa, volver a algún sitio de nosotros mismos. porque —como dice también Grossman— “la lectura fue, al mismo tiempo, el contacto con el dolor y la única vía posible de curación; el único lugar en el mundo en el que pueden coexistir las cosas y su pérdida”.

Pero para que un niño o un joven se convierta en un lector innovador, capaz de ir más allá del consumo de un relato; además de libros de calidad, necesita ayuda. Para muchos niños, para muchos jóvenes, la escuela es el único espacio en que se puede encontrar esa ayuda, el único espacio posible de

contacto con la cultura literaria. El discurso literario fue exigente desde siempre, y pidió la recíproca exigencia a los lectores; es precisamente por sus dificultades específicas que la sociedad sigue apreciando la literatura por encima de otras prácticas culturales.

La lectura literaria —en el sentido de leer en el marco de un sistema inserto en el libro y nosotros en una red de tradiciones— es un hábito difícil de adquirir, porque los libros no están solos, cada uno pertenece a una tradición que lo antecede y respecto de la cual realiza distintos tipos de operaciones, de continuación, de desvío, de réplica, de ruptura; en ese sentido, un libro es inconcebible sin la historia de la literatura; sin embargo, eso es lo que cada vez cuesta más transmitir, y es a lo que cada vez más velozmente se renuncia en una suerte de presente permanente, sin relación orgánica con el pasado del tiempo en el que viven los lectores; por eso, la escuela necesita garantizar la presencia de determinados libros y ayudar a leerlos en contexto, reconocerlos enhebrados en una tradición, inmersos en un sistema literario, en el marco de una cultura y una lengua, para eso es necesario que el profesor enfrente a los alumnos con sus propias limitaciones a la hora de leer textos literarios complejos, para reconocer esas limitaciones y diseñar estrategias que les ayuden a superarlas, porque la escuela es para muchos potenciales lectores la única ocasión de ingreso en ese universo.

¿Qué espacio hay para la literatura en los jóvenes? El que estamos dispuestos a darles, si estamos convencidos de la importancia de las experiencias estéticas y sensibles en sus vidas, en las nuestras.

Por esa razón, la pregunta de hoy no es si se lee más o menos que antes, la pregunta y el desafío es ¿cómo hacer para leer mejor y cómo hacer para que otros lean mejor; es decir, más selectiva y profundamente? “¿Qué es leer bien?”, se pregunta Noé Jitrik. Por cierto que hay que saber leer o, lo que es lo mismo, poseer una competencia, pero la lectura es ya otra cosa, es una cons-

trucción que se erige entre un individuo y un texto, pero también desde una cultura que opera en el individuo y en el texto.

Tenemos, entonces, mucho trabajo por delante para mejorar la cantidad y calidad lectora de nuestros jóvenes, porque es muy grande la desigualdad de oportunidades en lo que hace a la lectura. Para eso necesitamos maestros y profesores que valoren la importancia de introducir a los nuevos lectores en la dificultad; docentes capaces de construir un lector al que no le dé lo mismo un libro que otro. Los buenos libros son construcciones de mundos, artificios que nos obligan a percibir otras vidas, imaginar otros derroteros humanos, esa es una de las razones más fascinantes de leer: mirar el mundo desde ojos ajenos. Así lo dijo Darcy Ribeiro: “Escribo para ver cómo es el mundo desde los ojos de los demás”, también por eso leemos, intentamos adentrarnos en otras condiciones de vida para comprender un poco más de la condición humana. Una de las razones más poderosas de leer es, sin duda, el deseo de comprender a los otros, espejo del deseo de comprendernos a nosotros mismos.

Pero ¿cuándo y dónde se convierte un niño, un joven, en un buen lector, en un lector capaz de leer de ese modo? Tal vez desde pequeños, si se trata de una comunidad que usa libros; pero de sobra sabemos que no todas las familias pueden ofrecer eso, la escuela sí. “El espacio escolar es uno de los más privilegiados para que libros y lectores aparezcan”, dice Emilia Ferreiro. No obstante, no debemos olvidar que los llamados libros para niños o para jóvenes son todavía, en muchas ocasiones, más que literatura, libros vigilados, y entonces es más fácil que aparezcan —pese a todo lo que muchos hemos luchado para que no sea así— mandatos, estereotipos y superficialidades que mutan y se reciclan de mil maneras.

Basta haber sido en alguna ocasión jurado de la producción editorial para niños y jóvenes de mi país —y sospecho que algo similar sucede con las producciones editoriales de otros países— para comprobar que un gran volumen

de esa producción podría ir rápidamente al cajón de desperdicios. Tenemos que saber —escritores, editores, especialistas, mediadores— que la literatura es otra cosa, que es un lugar donde se producen rupturas.

Hay muchos libros que responden al cliché de la literatura juvenil y transitan por los tópicos de la vida de niños y jóvenes, pero si hablamos de literatura, ya no sabemos decir de características que los uniformen, porque la literatura —cuando es de verdad— es singular; trata de libros que, más allá de una peripecia, nos proponen una experiencia de lenguaje y un recorrido de lectura que los vuelve únicos.

Defiendo mucho a la escuela y al trabajo de lectura que puede hacerse en ella, en buena parte porque he sido por muchos años profesora en escuela secundaria y en profesorado, y he formado escritores, potenciado escritores en talleres de escritura; defiendo mucho a la escuela y al trabajo de escritura que puede hacerse en ella porque la escuela es —al menos en mi país— el gran igualador social de recursos culturales; en cuanto a los libros mismos, no creo que haya problemas en leerlos como parte de un programa ni como parte de un deber, en clase o en la casa —siempre que quien guíe sea un buen lector, aporte buenos libros y habilite la conversación en torno a lo que se lee—, porque —como sabemos— muchas veces el placer de descubrir un libro que se convertirá en inolvidable proviene del esfuerzo de transitarlo. Todo lo que nos lleva a lugares nuevos implica esfuerzo y es poco probable que un niño haga eso por sí mismo, sin la ayuda de un adulto. Desconfío mucho del espontaneísmo lector de niños y jóvenes, en el que parecería que eligen solos, cuando en realidad son inducidos a elegir ciertos libros por arrasadoras estrategias de mercado. Frente a ello, haría un elogio de la dificultad y de la importancia de transitar esa dificultad junto con un maestro, un profesor, un bibliotecario, un padre.

Convertirse en lector lleva su tiempo y es una tarea de alta intensidad, se trata de dar saltos sobre uno mismo hacia una mayor conciencia, una mayor complejidad, saltos para —en palabras de Aidan Chambers— “ponerle el pecho a una literatura que no se dirija al público, sino al lenguaje”. La buena literatura quiere lectores capaces de leer en serio, capaces de comprender que la única libertad de pensamiento es la libertad que se construye. El camino hacia los grandes textos y las grandes obras que por siglos transitaron de modo privado y natural las clases privilegiadas —que no necesitan hacer demasiados esfuerzos para apropiarse de los bienes culturales, porque los tienen al alcance de su mano— puede hacerse en la escuela, mediante el esfuerzo y la dificultad, con niños y jóvenes de otros sectores menos privilegiados.

Y aquí la cuestión —más que terminar— comienza, porque el problema que ofrece la literatura es su tremenda resistencia a la domesticación, por eso ella —con otras formas del arte— es uno de los pocos espacios de disenso, de aparición de lo singular, es el lugar de lo propio —donde estamos todos—, de la resistencia a lo uniforme, a lo unívoco, a lo general, a lo abstracto, a la vulgaridad universal —esa lengua plana, unívoca, de la que habla Juan Bernier—, resistencia a toda utilización, tremendo poder el suyo que nos pone en problemas cuando estamos en el aula, porque nuestros intentos de acorralarla, de domesticarla, de volverla más y más entendible, de masticarla un poco, de volverla un bolo alimentario un poco más neutro, desactivado; intentos de adocinarla, de sistematizarla, de acomodarla, por todo eso hemos pasado los que alguna vez hemos llevado literatura a las aulas, intentos —repito— de adocinarla, de sistematizarla, de acomodarla, de suavizarla, de volverla potable, tragable, digerible, cuando lo que ella tiene para darnos es pura desobediencia. Gracias.



ELYSE EIDMAN-AADAHL

Escribir en la era digital

Buenas tardes. Siento no poder participar en español. Tendrá que ser en inglés y espero que todos tengan sus equipos de traducción. Para empezar, les pido que respondan levantando la mano. ¿Cuántos de ustedes, durante las últimas 48 horas, se han conectado a una computadora, un teléfono inteligente o un dispositivo digital? ¿Y en las últimas 24? ¿Y en las conferencias que presenciaron hoy?

¿Cuántos están al lado de alguien que mintió al no levantar la mano, porque ustedes los vieron hacerlo? No los dejen pasar inadvertidos. Se les está señalando por todos lados. Estuve en la parte trasera del auditorio y los vi.

Para mí, es increíble y es una buena manera de acercarnos a uno de los dilemas que vamos a tratar hoy. Muchos de ustedes también son maestros o profesores y deben batallar con las interrogantes que generan todos los dispositivos que hay en la actualidad cuando, al mismo tiempo, los usan.

Algunos los utilizan para mejorar todo. Alguien mencionó un libro y ustedes lo buscaron. Tal vez grabaron algo que querían conservar. Tal vez enviaron un tuit a alguien porque querían compartir un buen punto. Tal vez les enviaron un mensaje de texto a sus hijos para asegurarse de que estuvieran bien mientras ustedes están aquí. Tal vez verificaron el estado de algún vuelo o de una salida o llegada de otro medio de transporte. Tal vez se metieron en Amazon y compraron algo porque vieron unos zapatos lindos que alguien llevaba puestos y les dijeron dónde conseguirlos.

El caso es que estos dispositivos son capaces de hacer todo esto y, para mí, ese es uno de los puntos más poderosos que debemos recordar. Lo que quiero hacer en esta conferencia es reunir una serie de temas que han sido expresados de manera muy elocuente por otros conferencistas. De hecho, el panel anterior puso la mesa para lo que voy a decir ahora. De alguna manera será un resumen, pero quiero enfocarme en una variación de la pregunta “¿qué significa leer y escribir en la era digital?” Quiero centrarme un poco en lo que significa escribir en esta época.

No sé si han visto esos letreros, en lugares en los que uno va a alquilar un auto, que dicen: “¡Advertencia! Poner en marcha el coche en reversa puede causar severos daños en sus llantas”, con el fin de alertar sobre una zona de ese sitio en la que surgen unos picos de la vía para evitar que los vehículos salgan de ahí sin autorización.

Lo que quiero decir —y creo que muchos de los demás participantes ya lo han expresado hoy— es que este es el momento en que vivimos ahora. No podemos ir para atrás. Esta era digital llegó para quedarse. En algún momento pudimos haberla cuestionado o haber discutido al respecto. Ese tiempo se acabó. Y sé que en el panel anterior, por ejemplo, lo comentaron. Dejemos de discutir sobre cosas que ya pasaron y se terminaron. No podemos ir para atrás.

Una de las razones por las cuales no podemos dar marcha atrás es porque lo digital —estos dispositivos— no es solo nuestro medio para leer y escribir en la actualidad. Si fuera cuestión nada más de decidir si los libros de papel o los electrónicos son mejores, discutiríamos al respecto. Podríamos pensar en el dispositivo. Pero estas cosas que llevamos en el bolsillo hacen todo lo que necesitamos en muchas partes del mundo. Con ellas leemos y escribimos; hacemos investigación; vamos al banco; hacemos compras. Son tan multiusos en tantos lugares y de tantas maneras que no van a desaparecer y solo seguirán acumulando capacidades. A medida que tengan más y más funciones, los negocios, la educación y el gobierno se adaptarán a ellas.

La nueva tecnología reducirá la inversión en otros tipos de tecnología. No solo hace todo lo que necesitamos y no solo la usamos para muchas cosas, el gobierno, el comercio y los negocios se adaptarán a ella y la necesitarán cada vez más.

Todo esto es para decirles: no habrá discusión. Quiero comentar lo siguiente, lo que han dicho otros: no es únicamente un dispositivo para trabajar y hacer transacciones de negocios; además, es un dispositivo de participación.

Un factor muy importante de la vida digital es que es mayormente participativa. Hace mucho tiempo se publicó un artículo famoso, y con ello me refiero a hace veinte años —que en tiempos de internet es mucho tiempo—, en el que se decía que las personas anteriormente conocidas como el público, ahora son en realidad los participantes. Venimos de una cultura en la que imaginamos que hay un público que solo recibe, pero en la vida digital somos, en la mayoría de los casos, al mismo tiempo receptores y productores. Participamos. A veces participamos escribiendo y es lo que quiero retomar ahora.



Una colega mía, quien escribió el libro *The Rise of Writing (El auge de la escritura)*, señala lo siguiente: “Ahora, cuando hablo de la escritura, quiero hablar del uso de las herramientas de la escritura para hacer algo, no simplemente novelas o poemas u obras de teatro o algo artístico, hablo de usar las herramientas de la escritura”. Ella investigó diferentes empleos en toda una serie de industrias y descubrió que, en ellos —incluso en los que no son considerados, necesariamente, de escritura o técnicos— la mayoría de la gente dijo que pasaba al menos la mitad del día frente a una pantalla, en la que escribía tanto como leía. Las personas que responden cuando uno escribe para pedir asistencia en un sitio *web* son reales, te contestan porque tú les escribiste primero. Piénsenlo.

Hay alguien, tal vez a muchos países de distancia, que debe entender la pregunta y el problema que nosotros presentamos. Como público, deberemos exponer los antecedentes, el problema con el que estamos batallando. Ellos conversarán con nosotros por medio de un texto escrito para resolver la dificultad que, en ese instante, para nosotros, representa una crisis (algo en internet está fallando y requerimos ayuda).

¡Qué escritor tan fascinante! ¡Qué lector tan fascinante de los textos de ustedes y qué grandes escritores de respuestas! Y, normalmente, no pensamos en esas personas como gente que escribe ni consideramos lo que hace como escritura.

Lo sé porque yo pensaba así. Cuando era estudiante de Literatura, hacía cosas como entregar un trabajo escrito sobre algún autor y alguien me preguntaba: “Entonces ¿eres escritora?”, y yo contestaba: “No, no lo soy”, para después entregar algo así como una tesis de maestría, pero “no, no soy escritora”, porque quería definir la escritura de una manera particular. Lo hacen las escuelas, y yo también lo hacía. Pero ¿qué estaba haciendo cuando escribí ese trabajo? Estaba, desde luego, escribiendo.

Pienso que esa resistencia a reconocernos como escritores en todas las ocasiones en las que usamos textos es un problema, y eso no puede seguir así, si vamos a pensar racionalmente en la escritura en la era digital. Este fragmento, que creo es de un artículo de 2009, dice lo siguiente:

...

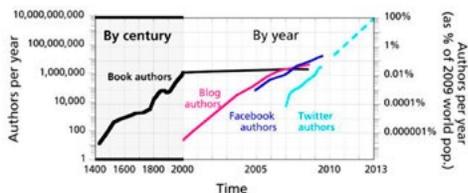
... pensamos en la era anterior como una en la que logramos altos niveles de lectoescritura a nivel masivo, altos niveles de capacidad lectora. Pero, ahora, con las herramientas digitales, estamos en un momento en el que es posible imaginar que todos somos autores, que todos tomamos alguna parte de nuestra conciencia y la transmitimos al mundo distante, a un público. Puede ser algo tan pequeño como Twitter; puede ser tan grande

como un ensayo que alguien sube a una red social, un *blog* que escriben, pero estamos por entrar en una era en que la autoría masiva es posible, de la misma manera en que muchos consideran que la era de la lectura masiva es una realidad.

Si vemos todas esas nuevas tecnologías como formas de publicar en el mundo, hay que mirar esas cifras, esas posibilidades y lo rápido que ocurrió todo eso porque, en realidad, el inicio es muy engañoso, como vemos en la diapositiva, pues pasamos de 1,400 a 2,000. El crecimiento rápido de la autoría de libros no es nada si la comparamos con el de la autoría con herramientas digitales y las publicaciones en internet. Esa característica define nuestro tiempo y futuro, y no va a desaparecer.

«LA EFICIENCIA EN LECTURA Y ESCRITURA CASI UNIVERSAL ES UN CARACTERÍSTICA QUE DEFINE A LA CIVILIZACIÓN MODERNA EN LA QUE VIVIMOS; LA AUTORÍA CASI UNIVERSAL FORMARÁ A LA CIVILIZACIÓN DEL FUTURO».

SEED Magazine: A Writing Revolution
10/20/09



De hecho, los niños pequeños pueden publicar usando los juguetes con los que juegan. No sabemos en este momento qué hay en ese iPad —si tiene conexión a internet o no—, pero mi teoría es que en algún lugar un padre o una madre ha dejado desatendidos una tableta o un *smartphone* con conexión a la red, y alguien joven —tal vez un bebé— se ha tomado una foto y, de alguna manera, la ha publicado por accidente, y está en Facebook sin que nadie sepa qué sucedió. Podemos ser autores de pósteres de nosotros mismos y apenas saberlo.

Es algo que no tiene antecedentes en nuestra cultura escrita. Vengo del Proyecto Nacional de Escritura (National Writing Project), que es mi organización. Nos importa mucho la escritura, que ofrece mucha lectura, por lo cual aquellos interesados en la segunda pueden encontrar mucho material para niños. Son cosas que van de la mano.

Un par de conceptos básicos, al recordar que estábamos refiriéndonos al habla, a hablar y escuchar, parecería que toda la evidencia sugiere la existencia de algo biológico que se desarrolla dentro de casi todos nosotros, salvo que se produjera algún tipo de problema. Me refiero a que cuando el habla no se presenta en los niños, lo diagnosticamos como un problema. Estamos muy programados para hablar, escuchar y participar, y vemos que en muchos casos comienza con la familia. En cambio, la escritura no está biológicamente predeterminada.

Hay civilizaciones enteras que no tienen sistemas de escritura, y hay personas que nunca los adquieren y han vivido a lo largo de la historia sin tener que escribir. Los sistemas de escritura son tecnología. La tecnología no es nada más el equipo que tenemos ahora. Todas estas cosas son tecnologías o herramientas. Los sistemas de escritura son herramientas que hemos tenido que inventar y aprender a usar como seres humanos para después inventar maneras de enseñarlos, y vemos en qué se pueden convertir y para qué sirven. Para ello, creamos escuelas. No podemos separar la cultura escrita de las escuelas. Las escuelas fueron creadas para ampliar el uso de esta increíble herramienta y, por supuesto, esas herramientas han cambiado y tienen propiedades diferentes, que son buenas para algunas cosas y no tanto para otras.

Las tabletas de piedra son muy permanentes, pero no tan portátiles. Los pergaminos son un poco más portátiles, pero no son tan permanentes. Los sistemas simples que usamos son más o menos útiles para actividades diferentes. Tienen propiedades de las que podríamos decir: “Esto es realmente útil para tal cosa, y esto para otra”.

La cultura escrita alfabética (*alphabet literacy*) inventada como una forma de escritura, como una tecnología o herramienta, es muy buena para todo tipo de cosas, y realmente nos hemos enfocado en ella, lo cual ha sido maravilloso.

Todas las características anteriores son *affordances*. Tal vez sea una palabra que ya conocen, y que en inglés es muy popular cuando la gente habla de tecnología: se refiere a la propiedad de una herramienta para ayudar a hacer algo. Es el tipo de palabra que nos hace parecer instantáneamente como expertos en tecnología, si se usa en inglés entre angloparlantes. Se las recomiendo. Pensemos en un martillo. Lo que significa, básicamente, es que podemos decir que un martillo tiene el *affordance* para golpear un clavo —tal vez no sea tan bueno como pisapapeles, pero es muy bueno para clavar—. Hay otras cosas que podemos usar para golpear clavos, que probablemente tengamos en casa. Si estás haciendo algo y no encuentras el martillo pero tienes al alcance algo sólido, lo usas para golpear el clavo, aunque no funcione tan bien como el martillo. Quizás no le pegas bien y el clavo sale volando y te lastimas el dedo. Todas las herramientas tienen *affordances*².

Lo mismo ocurre con los sistemas de escritura y con las tecnologías que usamos de la mano de ellos. Lo que sucede con las *affordances* de una herramienta es que nos cambian cuando la usamos. No podemos usar ninguna sin que nos cambie. Las herramientas nos llaman a trabajar con ellas de ciertas maneras. Eso nos cambia. Adaptamos las que son nuevas para hacer cosas novedosas que, a su vez, son posibles gracias a ellas. Interactuamos en todo momento con nuestras herramientas. Escribir, como herramienta, ha hecho que todo esto sea posible. La invención de la escritura es fascinante. Gracias a la escritura hay cosas en la ciencia y en el gobierno que ahora son posibles. Gracias a la invención de la escritura hay aspectos de la historia del conoci-

² N. del T. La palabra *affordances* se usa en español, cada vez con mayor frecuencia, sin castellanizarse. Se refiere a las posibilidades, potencialidades o usos de una tecnología, herramienta, actividad o disciplina.

Las «*affordances*» de las herramientas que usamos cambian lo que podemos hacer y nuestras aspiraciones como humanos.

*medicina moderna ciencia literatura historia
contabilidad burocracia gobierno correspondencia
Wikipedia GPS banca mixtapes "deep fakes" memes
ingeniería ley corporaciones*

(para bien o para mal)

miento que se han vuelto tangibles. La escritura tiene grandes *affordances* para esos fines. No siempre son positivos. Sin la escritura no tendríamos burocracia. No podemos decir que la burocracia siempre sea positiva. Nos hace sufrir. Las herramientas son útiles por el trabajo que hacen en el mundo, para bien o para mal. Y casi ninguna herramienta puede ser considerada de una sola manera, como únicamente buena o únicamente mala.

Hablemos, entonces, de las herramientas digitales para la escritura. Son más o menos las mismas que habrán sido analizadas en otras secciones como herramientas digitales de lectura. Estas tienen nuevas *affordances* que nos dan una nueva visión. Y esa nueva visión de lo que pueden hacer debe ir al centro de nuestro pensamiento sobre la educación de aquí en adelante, porque estamos dejando caer en el mundo herramientas cada vez más poderosas, que ofrecen nuevas maneras de escribir y de leer —que han sido creadas—, y debemos asumir el reto de asegurar que los jóvenes las usen para bien.

Les voy a dar dos ejemplos de las *affordances* de la escritura. Ustedes, probablemente, conocen Wikipedia. La voy a considerar desde una perspectiva de escritura, más que como una cuestión de lectura y de preguntarnos si podemos confiar en ella —considero que ya es una pregunta que a estas alturas debería haber desaparecido.

Wikipedia comenzó en 2001, hace menos de veinte años. Si uno hace una consulta ahí, encontrará la colección más grande de conocimiento mundial, en casi todos los idiomas. En la parte superior siempre están los idiomas que más entradas tienen —tantas, que los resaltan—, pero abajo, al avanzar por la página, hay una gran cantidad con menor número de entradas, lo cual es el motivo por el que no están en la parte superior de la lista. Entre esos idiomas, hay algunos que están en peligro de desaparecer; hay lenguas indígenas, e incluso lenguajes como el klingon, que también están ahí.



En veinte años, la humanidad —por medio de las herramientas digitales— ha logrado armar una enciclopedia interactiva en la que cualquiera, en teoría, puede contribuir, participar o editar a placer. Es monumental, y ahora —veinte años después—, hemos dejado de valorarla porque nuestros teléfonos, si se lo pedimos a alguno de nuestros sistemas digitales, nos conducen directamente a ella. Siri, en mi teléfono, me dice: “Te encontré esto en Wikipedia”, como si siempre hubiera estado ahí, como si antes de 2000 no tuviéramos a *World Book* y a la *Enciclopedia Británica* —que se editaban constantemente preguntándose qué subir a la red, si había llegado el momento oportuno de actualizar

alguna entrada—, mientras que Wikipedia es una conversación constante en todos esos idiomas acerca del conocimiento humano. Lo digo así porque es tan común que, a veces, se nos olvida que es un milagro. Es una cosa fascinante. No hay manera de mirar Wikipedia —siendo una persona joven en nuestros tiempos— y no preguntarse “¿qué podría lograr yo?”.

Wikipedia funciona a partir de una herramienta digital muy sencilla, que existe desde hace mucho tiempo —es decir, un *wiki*— que da la oportunidad de otorgar derechos de autor a cualquier persona (esa es la clave de un *wiki*, organiza conocimiento), y todos podemos ser editores y autores. Incluso podemos producir nuestros propios *wikis*.

Wikipedia es un modelo para millones de *wikis*. Si alguno de ustedes es fanático de *Star Trek*, *Star Wars* o *Battlestar Galactica* —no importa qué tipo de aficionados sean—, hay un *wiki* en el que muchas personas trabajan en conjunto para construir conocimiento, porque el resultado de tratar de recuperar la historia de todas las genealogías de todos los personajes, en todas las versiones de *Star Trek*, y discutir al respecto con otros en Wikipedia implica la construcción de conocimiento. Hay quienes se toman una propiedad cultural de manera muy seria, discuten sobre ella, y el resultado es que se arma un *wiki*.

Las personas que pertenecen a comunidades de videojuegos tienen *wikis* en los que intercambian información sobre ellos. Hay todo un mundo de cosas porque hay gente que dice: “A mí eso no me interesa, pero tengo alguna idea de cómo usar esta información..Veo algo y considero qué puedo hacer con ello. Sería divertido”. Así piensan los escritores.

En la sesión anterior escuchamos muchos ejemplos, uno de ellos, la *fan-fiction*. Los lectores ven algo y dicen: “Yo podría escribir algo así”. Es un candado que se ha abierto para todos en la era digital. Algo que se ha logrado con las herramientas digitales, especialmente con los jóvenes, es alimentar la ambición de, realmente, hacer algo y de hacerlo ahora. No hace falta esperar

a que se gradúen o a que les entreguen un certificado o diploma para llevar a cabo algo creativo e interesante en este momento. Eso es parte de escribir en la era digital.

Otra *affordance* más de la escritura, no solo de la digital sino de la escritura en general, sería la siguiente: una amiga a quien sigo en Twitter subió este ejemplo, y yo me pregunté: “¿Qué será esto?” Resulta que es escritora, estaba escribiendo, y su esposo le dijo algo así como: “¡Qué graciosa eres cuando escribes!”. Ella dijo: “¿Qué?, ¿pues cómo escribo?” Entonces, él le mostró el video que había hecho y ahora les presento. Dura apenas unos segundos.



Aquí reconozco una de las *affordances* más importantes de la escritura, y les diré por qué. Una es la *affordance* del café, pero no voy hablar de él, aunque sea muy importante para los escritores. En el video vimos algo fascinante. Es otra de las grandes *affordances* a las que no les damos suficiente reconocimiento. Ella escribe, él la imita escribiendo mientras salen ideas furiosamente. Y luego hay una pausa para pensar. Después, otra furia de ideas y otra pausa. Y entonces, mi parte favorita: él borra todo. ¿Vieron esa parte? Eso que escucharon fue la tecla de *delete* (borrar). Cuando uno está escribiendo, ahí está esa famosa tecla. Borró todo lo que acababa de escribir, que también es una parte fascinante de la escritura.

Si pensamos en las *affordances* del habla cuando interactuamos de manera social, conversamos colaborativamente. Es un poco vergonzoso y difícil para mí decir: “¿Puedo tomar un momento para pensar, tomar un poco de café? Es que siento que tengo una idea que está por llegarme. Espérenme aquí”. Eso no ocurre cuando hablamos, colaboramos de ida y vuelta de manera social. Escribir nos da la oportunidad de retroceder. Escribo y de pronto me libero de un gran enredo en mi cabeza, se exterioriza. Lo tengo en una página o en una pantalla o en unas notas o en donde sea. Simplemente sale. Aparte de tener nuevos pensamientos, puedo hacer algo que es muy difícil cuando se habla: puedo estudiar lo que escribí y reflexionar: “Está muy bien, pero esto otro es un poco estúpido. ¿Qué habré querido decir?”. ¿Nunca les ha pasado que miran su trabajo y se preguntan qué habrán querido decir? O: “Esa palabra no es realmente la correcta. La voy a subrayar porque no es la que busco”.

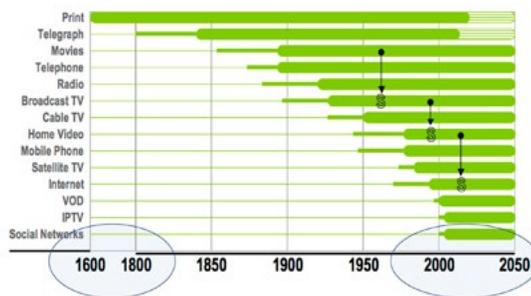
En el discurso hablado es muy difícil generar una idea, criticarla, mantenerla en mente y atender a las personas a quienes les hablo. La escritura y todas las maneras de representación externa —como el arte o la música— me dan la oportunidad de exteriorizar algo que puedo volver a revisar más adelante, y no hay modo de separar eso del pensamiento crítico. No estoy diciendo que sin la escritura no se pueda desarrollar el pensamiento crítico ni un sentido de juicio, lo que digo es que los sistemas de escritura tienen la posibilidad de revisarlos y circularlos y compartirlos con otros, tienen enormes *affordances* para construir pensamiento crítico.

¿Qué sucede con las herramientas digitales? Al facilitar que generemos, editemos y compartamos contenidos para recibir comentarios y retroalimentación, ¿cómo separamos algo como un Google Doc (documento de Google) —que probablemente muchos usan— de una nueva manera de escribir juntos, porque más personas pueden participar en el texto al mismo tiempo, hablando entre sí?

Son herramientas con diversas *affordances* para escritores. Esas *affordances* están apareciendo a gran velocidad. En la diapositiva que les muestro tenemos más de 200 años de desarrollo tecnológico, pero a final de cuentas no son tecnologías tan distintas. La pluma de ave deja una marca en el papel, al igual que las otras plumas, al igual que una tecla de una máquina de escribir, al igual que la pintura de aerosol en las paredes. Dejan una marca en algo. Son milenios de desarrollo de sistemas de escritura.

Aquello es un milenio, y lo que tenemos ahí es lo que ha sido desarrollado desde que yo nací. Algunas cosas son de antes de que nacieran ustedes, son demasiado jóvenes, lo sé. Pero para alguien como yo, esto ha ocurrido a lo largo de mi vida.

La nueva era de lo digital apenas comienza



Lo primero que ven es una *affordance*, hermosamente desarrollada, que deja una marca en algo. Si hicieron trabajo universitario o algo así, en algún momento, con una máquina de escribir, habrían tenido que tomar algunas decisiones, por ejemplo: revisar algo o no, dependiendo de si podrían cambiar la página 22 lo suficiente como para no alterar la numeración de la 23 en adelante. Tomaban decisiones de escritores a partir de la tecnología.

Algunos no tendrán idea de lo que estoy hablando, porque suena como una locura que algún escritor haga algo así. Para ustedes, quienes no conocen la belleza de una IBM Selectric y su bolita —que tenía una especie de corrector con el que se podían modificar textos—, les diré que más de uno habrá soltado una lágrima por lo que significó ese cambio en su vida.

De ahí —en tiempos más recientes para algunos— a lo siguiente —en que no hay un dispositivo que haga una marca sobre una superficie, en que todo está contenido en códigos digitales que se pueden manipular de cien maneras— el cambio ha sido extraordinario. Y desde ese punto pasamos a la siguiente colección de cosas, que tiene todas las *affordances* del código digital y se conecta con tantos dispositivos, tiene la capacidad de ingresar imágenes y sonidos y hacer cien cosas más. Ha ocurrido de un día para otro. Para los escritores es increíble, en términos de la ambición que uno puede albergar y lo que uno puede hacer como creador.

Desde la perspectiva de los escritores, quiero resaltar algunos elementos importantes de la cultura digital actual, y todos han sido mencionados desde la perspectiva de la lectura. En primer lugar —y algunos de estos casos ya no existen— aquellas máquinas nos ayudaron a crear herramientas digitales, aplicaciones y *software* que facilitan que casi cualquiera pueda crear productos culturales que antes no eran posibles ni en sueños, y tenerlos a nuestro alcance casi sin obstáculos.

Antes, por ejemplo, si uno amaba el cine y quería hacer una película, entre el equipo y la capacidad necesarios para llevarla a cabo había muchos obstáculos que impedían realizar esa empresa. Se debían tomar cursos largos en escuelas o llevar a cabo estudios de cine antes de siquiera tocar el equipo o aprender cosas como edición y demás. Ahora, cualquiera puede usar esas herramientas para crear cualquier cosa. Tal vez no sea profesional ni sea lo mejor, pero se puede hacer, y los dispositivos son más compactos, portátiles

y fáciles de distribuir. Casi todos están conectados a internet, que comenzó como una red que iba de punto en punto entre científicos y se convirtió en la red 1.0, y luego en una en la que uno se conectaba a muchos puntos y tenía acceso a distinta información. Ahora todos podemos publicar y leer. Nunca antes había sido posible que cada nodo del ecosistema editorial pudiera ser editor, escritor y lector desde el principio y, al mismo tiempo, sin tener que superar los puntos de acceso, sin tener que ganarse la autoridad o la oportunidad. Eso es algo colectivamente reciente en este mundo.

En el punto en el que estamos ahora, donde nuestros contactos de punto a punto pasan por plataformas como Facebook; donde el público, en teoría, son otras personas —o tal vez *bots*, no sabemos necesariamente si todos son humanos—, lo que leemos se determina con algoritmos. Y eso también es nuevo. Nos llega directamente por un *feed*. Es muy nuevo.

Para no perder mucho tiempo voy a saltarme algunos de esos ejemplos, para dar una idea de la tecnología de desarrollo que está en el otro extremo. Todas estas son imágenes de personas en sus casas. Este es el chico que pienso que algún día publicará algo sin querer y sin saberlo en internet. Es común. Son personas jóvenes que no han tomado cursos de cómo ser escritores, pero tienen todas las herramientas principales a su disposición, que en generaciones anteriores no existían.

Eso nos hace preguntarnos algunas cosas, quizá ustedes tendrán interrogantes y ya las responderemos, pero antes quiero decir algo más. Primero: estoy de acuerdo con que haya que dejar de discutir acerca de decisiones que ya han sido tomadas colectivamente alrededor del mundo, porque en nuestro papel de educadores estamos en una posición ideal para trabajar en la cultura escrita, tanto en la escritura como en la lectura. Tenemos un rol especial que cumplir juntos y con los jóvenes que empiezan a usar esas herramientas para sus propios fines, con el fin de descubrir qué será y qué significado tendrá

este cambio en nuestra cultura de la información. Debemos proyectar nuestros planes hacia el futuro. Ni siquiera me refiero a hacerlo para el presente. En una gran parte de las cuestiones digitales tempranas se planeaba para el presente, para aprender a usar herramientas —por ejemplo, quién nos enseñaría a usarlas y demás—. Yo hablo del futuro como comunidades, en las que estas herramientas simplemente están ahí y no van a desaparecer.

Segundo: las nuevas herramientas cambiarán las expectativas para la lectura y la escritura. Crearemos nuevas maneras de escribir y de leer que la gente empezará a usar. Y esto va a suceder. Esas expectativas alcanzarán a nuevos escritores. Los nuevos escritores sienten la presión de la imagen. Se preguntan cuánto tiempo tendrán a sus lectores antes de que una imagen o video u otro tipo de interacción en las diversas modalidades los haga perderlos. Esa es una pregunta que no preocupaba en absoluto a los escritores del pasado.

Todas las maneras en que funcionan nuestras plataformas, nuestras *tags*, cómo aparecen resúmenes en sitios web que guían nuestra lectura o generan interés en un *blog* son cosas nuevas a las cuales se adaptan los escritores, porque nuestras expectativas de cómo funciona todo eso están cambiando. Dejemos de combatir la intersección de imágenes, texto, sonido y representación que no desaparecerán y, además, pueden traer beneficios mutuos. Uno de los momentos más interesantes en esta conferencia fue ayer, por ejemplo, al escuchar a alguien contar una historia con música. Sería imposible separar aquellas notas de The Beatles de la historia, y tal vez escuchar ambas cosas juntas les habrá llenado el corazón. No hay que dar marcha atrás. Mejor entendamos que los escritores harán ese tipo de cosas y los lectores tendrán que aprender a aceptarlas.

Respecto a aquellas *affordances* que mencionaba antes, por mencionar un par relacionadas con la cultura digital, ¿cómo trabajar con jóvenes que tienen proyectos enormes y maravillosos en mente, con ese tipo de jóvenes que quie-

ren cambiar el mundo, que se acercan a nosotros porque desean marcar una diferencia? Están rodeados de herramientas en su vida diaria para hacerlo. ¿Qué tal si en la escuela les ayudamos a que lo logren? ¿Qué pasaría si tuviéramos la misma iniciativa de la joven que vimos ayer en un video hablando de libros? No hay gran diferencia entre ella y los otros críticos que hay en YouTube en la actualidad. En cualquier escuela podría surgir la idea de hacer un sitio *web* o un *wiki* en el que todos pudieran hablar de libros. O qué tal si ponemos un código QR en cada libro de la biblioteca para que, al escanearlo con el teléfono, hiciera aparecer un video de otro joven que lo leyó y que hace pública su opinión al respecto. Así es como los jóvenes querrán participar cada vez más en crear y escribir para personas más allá del aula, porque interactúan con ellas todo el tiempo.

¿Qué gran proyecto, ambicioso, inspiraría a los jóvenes escritores de nuestras aulas de hoy a cumplir los objetivos que tienen en mente? ¿Cómo lo lograrían? ¿Cómo les ayudamos a experimentar esa *affordance* de la escritura lenta, con revisión, cuando todo a su alrededor los impulsa hacia publicaciones rápidas en Facebook o WhatsApp? ¿Podríamos crear un proyecto en el que quisieran disminuir esa velocidad y experimentar lo diferente que es pensar en planes a largo plazo, con mucha revisión y nueva investigación en el camino que, de paso, cambiara su perspectiva acerca de algo que de otro modo habrían subido a Facebook en un instante? Ahora me alegro de no haberlo hecho porque tomé el tiempo para invertirlo en algo que me importa. ¿Podemos hacer proyectos en que los niños vivan esa experiencia?

Leer, escribir y publicar son actividades que van de la mano, y los jóvenes deben entender que se convierten en autores y que publican en el mundo cuando suben cualquier cosa a las redes sociales o cuando escriben algo en un *blog*. Es importante para todos que lo sepan. Debemos hacernos conscientes de que los jóvenes de ahora son escritores de ahora, al igual que nosotros.

No son escritores en entrenamiento, que si lo cumplen bien y lo aprueban tendrán la oportunidad de escribir. Ya son escritores y editores que publican en el presente. Es a la vez fascinante y aterrador. Y debe ser ambas cosas. Para nosotros y también para ellos.

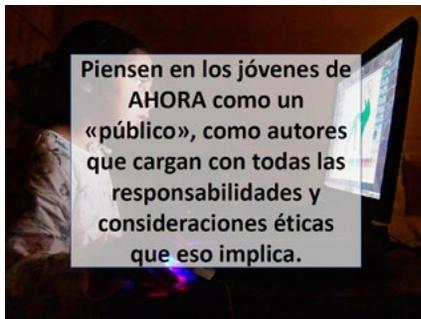
Aquí les muestro un par de recursos que nos ayudan a recordar que no somos únicamente consumidores ni únicamente productores de contenidos, y ese es el significado de la cultura digital. Consumimos y producimos, y tanto jóvenes como adultos debemos tomar en serio que somos productores y autores, con todas las responsabilidades y consideraciones éticas que eso implica.

Recibimos mucha ayuda. Una gran parte de la cultura digital se aprende de los compañeros, y los jóvenes aprenden mucho entre ellos. Hay una gran variedad de cosas que no tenemos que enseñarles. Aprenderán de las herramientas como parte de su cultura; sin embargo, aprender con sus compañeros no es lo mismo que aprender a profundidad lo que significan o aspirar a hacer algo importante y bueno con ellas. Para ello, esperaríamos que sucedieran dos cosas más.

La primera: no podemos lograrlo en las escuelas. Necesitamos una conversación comunitaria mucho más grande. Los planteles educativos son una parte importante, pero debemos invitar a los padres, a quienes trabajan con jóvenes en bibliotecas y en otros lugares para que participen, porque con el tiempo la escuela se distanciará del pulso de lo que escribimos y leemos si no somos capaces de devolver la lectura y la escritura a la comunidad y hacer que allí funcione.

La segunda: será necesario, también, que personas de diferentes edades y generaciones, al ver las novedades que producen estas herramientas y esta cultura de puntos múltiples —o internet—, sepan distinguir lo bueno de lo preocupante.

Si nos remontáramos hasta el primer celular, habría que preguntarnos ¿cuándo se convirtieron en distractores en nuestras vidas?, ¿en qué momento debemos apagarlos? No lo podemos resolver con reglas en la casa o en las escuelas y obligar a los estudiantes a guardar sus *smartphones*. Ellos tienen que aprender a darse cuenta de cuándo sus distracciones empiezan a ser dañinas y se convierten en un problema. Van a tener que aprender a concentrarse entre tantos dispositivos; saber cuándo apagarlos, decidir cuándo comprar una *app*; cuándo dejarlo a un lado; cuándo obtener un libro de papel que no esté conectado a internet y leerlo, en lugar de usar algún dispositivo. No podemos resolverlo con reglas. Podemos crear conciencia entre los jóvenes del mundo en el que se encuentran. ¿Cómo van a vivir en él? ¿Cómo los favorece, como les hace daño? ¿Qué pueden hacer con estas herramientas que sea más grande, mejor y más ambicioso?



Los dejo con el tema de este seminario —al que pienso que muchos conferencistas se han acercado—; sin embargo, yo cambiaría el título *Leer para escribir un mundo mejor* —porque no se trata de leer para escribir ni escribir para leer— por *Leer y escribir para construir un mundo mejor* como autores, como lectores, como personas que pueden publicar perspectivas novedosas acerca de las cosas que los rodean, apoyados por las herramientas más poderosas que han sido creadas para ello. Gracias.



PANELES





LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN LA ESCUELA Y SU ENTORNO





ESTELA D'ANGELO

Comunidad de lectores y escritores



Con esta cuestión de ahorrar tiempos, espero que en un simple agradecimiento entendáis todo lo que se implica; gracias a todas las instancias, a vosotras, compañeras; a ti, Elisa, y fundamentalmente a los compañeros y compañeras con quienes llevo adelante esta actividad que voy a compartir, por lo cual mi agradecimiento es amplio.

Voy a centrarme en hacer una narrativa. Vamos a utilizar el esquema de narrar una experiencia que termina en un programa, en el que la narración le da paso, mayoritariamente, a la descripción.

Empiezo con cuatro ideas de arranque. Fundamentalmente, se trata de narrar una experiencia de esas que marcan, que nos centra en unos matices —pequeños— del programa que captó todo este andar.

Es bueno pensar en las lenguas, verles la diferencia de identidad, ya sean acogidas o extranjeras. Evidentemente, con identidad interpretamos que es la lengua con la que nos hemos criado; de acogida —con esta cuestión de la inmigración—, por ejemplo, es tener una lengua de origen que no es —en este caso— la castellana, que quizás para muchos chicos en la escuela sea la de acogida. De las extranjeras no hablaré en detalle.

De hecho, en el lenguaje oral hay plurilingüismos, y eso hace que aprendamos muchísimo más, porque podemos entendernos desde ahí. No pasa así con lo escrito, estandarizado, artificial. Podríamos hacer una reflexión acerca de cómo hacemos para que, de manera evolutiva —ya lo comentaban las compañeras anteriormente y se retomará en la mesa—, se generen aproximaciones al conocimiento de esa lengua —a su uso, sin que este se pierda—, para leer y escribir de manera constante y sostenida, mediante el uso de los lenguajes primitivos. Esta es una idea que va a ir rodando a lo largo de la mesa y también a lo largo de la experiencia que quiero narrar.

Otra idea de arranque es que la alfabetización terminó de ser algo acabado, algo de “quien está alfabetizado y quien no”, porque eso realmente está en

PRIMERA IDEA DE ARRANQUE

Usamos LENGUAS... DE IDENTIDAD, DE ACOGIDA, EXTRANJERAS

CADA LENGUA HABLADA es ... PLURILINGÜISMO DE HECHO
CADA LENGUA ESCRITA es... ESTANDARIZADA – ARTIFICIAL

¿Cómo podemos actuar para que los niños, niñas y adolescentes desarrollen, de forma evolutiva, su competencia lingüística en relación con el uso y la recreación de las CULTURAS ESCRITAS cuyas respectivas normas son estandarizadas y artificiales?



RESULTA IMPRESCINDIBLE



Escribir y leer de manera constante y sostenida

evolución. Evidentemente, las distintas maneras de escribir y de leer —digamos que la alfabetización— las marca la sociedad, y eso está en constante transformación. Entonces, ¿qué pasa con la escuela ante esta realidad?

La tercera línea de arranque sería que la escuela ya no es la única institución que forma ciudadanos. Eso lo sabemos todos. Hoy, las redes suelen tener una potencia importante en la vida de los chicos, de todos; hay un manejo de ellas tan amplio que llega a los jóvenes mucho más de lo que puede hacerlo la misma escuela, pero es esta última la única que puede facilitar el acceso al mundo escrito, dar equidad en ese ámbito. Ahora, ¿cómo lograr equidad desde la diversidad? Está claro que de origen soy psicopedagoga y me he dedicado toda la vida a problemas de aprendizaje, que no son tantos, hay muchos más de enseñanza.

La cuarta idea de arranque es que hoy no hay duda de que el aprendizaje ha cambiado el concepto de cómo se aprende; la base social interactiva es indiscutible, o sea, no aprendemos de manera aislada.

Esas cuatro ideas son las que, de alguna manera, nos dan la vuelta a nosotros, al grupo que coordino en la Universidad Complutense, en la Asociación Española de Lectura y Escritura (AELE), con compañeros de distintos ámbitos, para rescatar la importancia de las comunidades de prácticas. Y aquí señalo dos palabras o expresiones clave: participar activamente —es decir, conversar, interactuar— y producir —de manera compartida—. Esos son los ejes que después se derivan en muchas cuestiones más y que podrían hacernos sentir pertenecientes a una comunidad que no está aislada, sino dentro de una red más amplia —la de la escuela o entre escuelas—. Una cosa importante es que, hoy, la escuela no puede absorber esto en solitario, por eso otras instituciones, otros programas, que llegan a ella desde distintos caminos ayudan a que sea un trabajo colaborativo. Les estamos diciendo —las comunidades de práctica, en este caso— que nos interesa gestionar una comunidad de lectores y escritores.

La interacción necesaria para que los chicos y las chicas en verdad entren en el mundo escrito —en las culturas escritas—, y sean productores de texto y puedan acercarse a los libros, requiere un contexto al que podríamos llamar comunidad de prácticas —nosotros—, y ahí viene la narración de lo que quería comentar.

Por muchos años —de eso van a ser dos décadas—, nuestro equipo, nuestra red, se ha dedicado a las actividades de formación, pero casi todas han sido a demanda de algún profesor o profesorado, quienes han sentido la necesidad

Una propuesta que pretende dar RESPUESTA INTEGRADORA a estas reflexiones...

COMUNIDAD DE PRÁCTICAS

- Inspirada en la antropología y la teoría social (Lave, 1988; Bourdieu, 1977; Giddens, 1984; Foucault, 1980; Vygotsky, 1978).
- Se alinea con la perspectiva de la tradición sistémica.

DOS CONDICIONES BÁSICAS

- 1) **PARTICIPAR ACTIVAMENTE** en actividades, conversaciones, reflexiones y otras formas de interacción personal en la vida social; y
- 2) **PRODUCIR** palabras, herramientas, conceptos, métodos, historias, documentos, enlaces a recursos y otras formas de realizaciones que reflejan la **EXPERIENCIA COMPARTIDA** en torno a la cual se organiza la participación.

NO CONSTITUYE UN AISLAMIENTO INTERACTÚA, A SU VEZ, CON REDES O ESTRUCTURAS SOCIALES MÁS AMPLIAS
(proyectos, instituciones, asociaciones, etc.)

de revisar sus prácticas. En España, teníamos y tenemos —antes contábamos con más— centros de profesores; entonces, en un momento dado, ahí se trabajaba muchísimo todo lo que ponemos los docentes para que el aprendizaje se dé; es decir, para tratar de que la realidad no sea evaluar solamente al alumno —y decir que es él quien no funciona—, sino favorecer las condiciones para que haya escenarios e interacciones.

Durante una época de mi vida de investigadora-profesora me pareció interesante ir a las aulas que manifestaban esta cuestión —las que tenían a los chicos con problemas, pero no querían revisar su práctica—, y mediante la colaboración con los centros de profesores se les brindaba un servicio que consistía en acercarse a trabajar con los alumnos. Yo ya tenía mi rodaje, mis seguridades, mi manera de ver las cosas, pero me preguntaba: “¿Por qué no me presento con los chicos?”, ahí —aclaro— no conocía nada, no quería que me contaran nada, solamente sabía que estaban viendo problemas en el aula, y lo que hacíamos eran minisecuencias encaminadas a usarse en el futuro. Así empecé a ir a los salones —lo he hecho por entre cinco y ocho años— a filmar para después trabajar. Había muchos profesores mirando cómo sus estudiantes —a quienes ellos veían todos los días— actuaban con estrategias distintas, con otros tiempos, con otras acciones. ¿Qué pasó? Hasta que interactué con ellos, en el encuentro final, los profesores me dijeron: “¡Creímos que nunca les ibas a pedir que escribieran, porque conversaban mucho!” ¡Claro!, estábamos construyendo un diálogo, un discurso, así que cuando se enfrentaron a la pantalla, al papel, ya tenían algunas ideas.

Otra cosa importante era que empezábamos a ver que se requería hacer pública la diversidad. ¿Qué implicaba? Tomar notas, escribir conforme interactuábamos —ya fuera acerca de las lecturas comentadas o de las necesidades de los alumnos—, para investigar o contar con referencias que se pudieran utilizar después.

A mí me llamaba la atención su lenguaje corporal; los que pensaban que no podían escribir eran los que más se escondían, pero yo les decía: “A lo mejor piensan que todavía no saben todo, claro que no, pero con lo que saben vamos bien”. De lo que se trataba era de legitimar que podían hacerlo, aun sin dominar el código o, digamos, la complejidad del lenguaje. No lo habían hecho en esa aula, escribían poco, y así nos dimos cuenta de que esa otra estrategia daba mucho poder, al igual que incentivar la interacción oral y producir textos durante su desarrollo porque estimulaba su iniciativa y les generaba confianza; además, de ese modo se incrementaba su compromiso. Proponer prácticas de escritura textual en pequeños grupos es parte del proceso, hablo de los 50 minutos de visita de alguien a quien no se conoce, pero que se les presenta y les dice que tiene ganas de conocerlos, y luego empieza a dialogar con ellos.

En la reunión final, siempre hay algunos docentes que suelen preguntar: “¿Qué pasa con los chicos muy buenos?” Y yo creo que son muy buenos con lo seguro, para relacionar espacios, en una dinámica determinada. y aquí retomo lo que comentó Pilar en la conferencia anterior: “Son muy buenos en un tipo de actividad, muy mecánica”. Cuando los alumnos se sienten empoderados, con solo tratar de demostrarlo, de poner en evidencia eso, por supuesto que la interacción es mayor y también la relación con el texto.

Las prácticas de lectura y escritura diversificadas y los procesos de mejora ayudan a los chicos a mejorar sus escritos, a darles pistas, a modelar, y eso se traduce en coherencia, en cohesión, en una construcción textual con estructura discursiva. Aquí les presento un ejemplo: el chico que vemos está escribiendo una recomendación de algo que ha leído, pero cuenta el final: “Un día, la niña lo encontró y por ponerle un nombre le puso El agujero de las cosas perdidas y cuando terminó de hablar la absorbió”. ¿Quién querría leer un libro del que ya sabe el final? A eso me refiero con la estructura del discurso; es decir, a tratar de que la estructura de lo que se escriba sea coherente.

EL ENLACE DE ACCIONES QUE PROPICIAN LA IMPLICACIÓN DEL ALUMNADO EN LAS PRÁCTICAS DE LECTURA Y DE ESCRITURA



continuación

- ✓ **PROPONER PROCESOS DE ESCRITURA TEXTUAL** (en pequeños grupos o individual): contextos comunicativos y significativos. **PERMITE DESCUBRIR LAS FUNCIONES DEL LENGUAJE ESCRITO**
- ✓ **COMPARTIR** (a nivel de gran grupo, en parejas, etc.) **LAS PRODUCCIONES TEXTUALES REALIZADAS**: ronda de presentaciones (en voz alta) e intercambios que permitan comprender, en contexto y desde la experiencia, la necesidad de mejorar aspecto de coherencia y cohesión textual. **GENERA COMPLICIDAD GRUPAL Y CONTINUIDAD DEL YO EN EL NOSOTROS, Y VICEVERSA**
- ✓ **MODELAR EL ACERCAMIENTO A LA CULTURA ESCRITRA ENTENDIENDO LA DIVERSIDAD Y LA PARTICULARIDAD EN LOS RITMOS**: **ACOMPAÑA LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DEL LECTOR/ESCRITOR**



Hay docentes que optan, primero, por la ortografía; otros, por la coherencia, y yo me iría por este aspecto. A veces, no es tan importante indicar cómo es un texto, sino llevar a los alumnos a investigar cómo son los textos. “¿A ti te gustaría que te contaran el final de una película? ¿Y por qué lo estás contando aquí?” Todo eso nos llevó a la construcción de un gran programa que llevamos con la Fundación SM y la AELE en algunos países.

Fundamentalmente, nos enfocamos en la formación de mediadores, en el trabajo intertextual, en el proceso de mejora y en muchas otras estrategias que atienden la diversidad en las aulas de una manera distinta para lograr un acercamiento con los chicos y cumplir un objetivo (en este caso, escribir como lectores de una obra literaria).

La formación de mediadores es un programa que deja huella, y aquí veréis los datos de Perú, por ejemplo, que trabaja en torno a una obra literaria; y Argentina que colabora con Uruguay en la novela policiaca, y los chicos están produciendo con distintos lenguajes. Una obra los lleva a otras, es por eso que escribir como lectores da para mucho. Gracias.



CELIA DÍAZ

La lectura y la escritura en el aula



Quiero agradecer a SM por la organización de semejante evento. Llegué muy temprano y me ha gustado muchísimo lo que he escuchado, y muchas gracias por invitarme.

Yo les hablaré de la lectura y la escritura en la escuela, y para ello les compartiré tres ideas: la primera considera los retos que plantea el lenguaje del conocimiento escrito en la actualidad; la segunda se relaciona con las características del trabajo didáctico que favorece un acercamiento al lenguaje escrito —del cual Estela ya dijo mucho—, y la tercera es acerca de algunos ejemplos de los textos que pueden producir los niños que trabajan en ambientes que favorecen ese acercamiento.

Hoy escuché en la presentación de Rosa una frase que me encantó y que quiero que la tengamos en mente todos: “Se empieza a escribir en la cabeza”. Es importante porque tiene que ver con la manera en que se ha enseñado a leer y escribir en las escuelas.

A pesar de que estamos en el siglo XXI, el lenguaje se sigue percibiendo como algo estático. Lo que se hace en la escuela es concentrar la enseñanza de la lectura y la escritura, de las letras y los sonidos, y muchas veces eso no tiene nada que ver con las demandas del uso del lenguaje escrito fuera de ella. Y es que, aun cuando lo veamos como algo estático, estandarizado, normado y artificial, el lenguaje es un objeto vivo que los usuarios vamos transformando constantemente.

Aprender a leer y escribir no solo requiere el conocimiento del sonido de las letras, sino también un conjunto de actividades culturales vinculadas con la producción e interpretación de textos. La escuela necesita preparar a los alumnos para usar el lenguaje afuera —en muy distintos contextos—, y por eso debe ofrecer multiplicidad de oportunidades para que los niños usen el lenguaje con propósitos muy específicos y variados.

Ahora, quiero hacerles tres preguntas: durante los últimos treinta años, ¿el lenguaje escrito tiene las mismas funciones que hace tres décadas?, ¿lo usamos para las mismas cosas?, ¿tiene las mismas características gráficas? Se lo pregunto para que pensemos y veamos que lo que llamamos lenguaje escrito es una entidad muy dinámica.

Nuestra vida cotidiana ha cambiado gracias al uso del lenguaje escrito que hacemos mediante toda clase de dispositivos electrónicos. Aquello que aprendimos cuando éramos pequeños —como leer de izquierda a derecha y de arriba abajo— se ha modificado mucho. Si vemos una página en internet, sabemos que podemos brincarnos mucha de la información que está publicada ahí para ir a donde queremos y lo hacemos de diferentes maneras. Entonces, el lenguaje escrito ya no solo circula en los mismos espacios que antes.

Para ejemplificar lo anterior quiero que miren esto; tal vez sea familiar para algunos y para otros sea la primera vez que vean un telegrama —probablemente oyeron hablar de esos míticos textos—, este lo envió, en enero de 1930, Francisco López Cortés, Gobernador de Oaxaca, a Pascual Ortiz Rubio, quien en ese momento era Presidente de la República solo voy a leer dos renglones para que vean cómo el lenguaje aquí no es el que habitualmente aparece en otro tipo de textos. Dice: “Con profunda pena, comunícole hoy, a las 20:00 horas, aproximadamente, sintióse temblor 4 minutos de duración en esta ciudad”, etcétera.



Ese uso de expresiones, “comunícole” o “sintiósse”, en realidad se hacía porque cada una de las palabras tenía un costo específico, lo mismo que cuando se empezaron a usar los mensajes SMS, los cuales tenían un número específico de caracteres y no se podía rebasarlos, y nadie se asustaba ni decía: “¡Uy!, ¡es una destrucción del sistema!”. Era necesario por el contexto y por razones económicas. Esos documentos circulaban en unos sobres como estos y tenían que —el tiempo es una variable muy importante— llegar en el lapso más breve entre el suceso telúrico y el momento en que recibía el mensaje el Presidente, pues no era como ahora —en la actualidad tenemos la alarma sísmica, que nos avisa antes de que el sismo se sienta en la ciudad.

Este es un invento de Benjamin Franklin, de 1832, son unas cuerditas que se ataban a la mano para mantener la posición más ortopédica y correcta al escribir, y nos sorprendería saber —o quizás algunos ya lo saben— que en internet circulan aparatitos como este, se siguen vendiendo cosas terribles como estas, por eso me gustó tanto la frase de Rosa cuando dijo: “Se empieza a escribir en la cabeza”, lo demás es un acto manual que viene después, pero si no podemos escribir tenemos teclados, y si no le dictamos a otros. Borges nunca dejó de escribir cuando perdió la vista; entonces, es una locura que sigan existiendo este tipo de objetos; cuando lo vi, verdaderamente, no podía creerlo, decía: “Seguimos en la ortopedia de la escritura, pensando que leer y escribir es aprender las letras”, y no es así.

1832
Talentógrafo
Benjamin Franklin Foster



Fig. 48. El talentógrafo, de *Practical penmanship being a development of the Carstairs system*, de Benjamin Franklin Foster, Albany, 1832.

¿Qué ocurrió? Oxford University Press —una de las casas editoriales más prestigiosas del mundo— hace un reconocimiento a La Palabra del Año a aquella que se use con más frecuencia durante dicho periodo. ¡esto es increíble!, pero miren lo que ocurrió: en 2015, los emoticonos fueron los más utilizados. Vean el rol que este tipo de caracteres está teniendo en la comunicación cotidiana, al punto que la Oxford University Press ¡los identifica como palabras! Para nosotros, las palabras son un conjunto de letras; sin embargo, para Shigetaka Kurita —quien proviene de una tradición de escritura distinta porque es japonés— un símbolo comunica contenido, muchísimo, y en muchas escrituras del mundo es así, y para nosotros probablemente no, pero para los niños lo hace.

2015

Oxford
University Press
seleccionó como
palabra del año
un emoji



Desde mi punto de vista, hay algunas características del trabajo didáctico que pueden favorecer un acercamiento al lenguaje escrito. Primero: debe haber una producción siempre contextualizada del lenguaje; es decir, la interacción oral y escrita de los textos siempre debe estar guiada por fines específicos, por destinatarios concretos y por tipos de escritos determinados. Personalmente, no coincido con Pilar, en cuanto a que los textos libres a veces sirven; pienso que no es así. ¿Qué es un texto libre? Pídanle a un adulto que lo escriba y va a terminar por hacer una carta, un poema o un recado. El texto libre es un invento escolar, por eso decía al principio que la escuela tiene que preparar a los estudiantes para usar el lenguaje fuera de sus muros, y ahí los textos libres no existen; la libertad en la escritura sí, no los textos libres.

Segundo: el aprendizaje —el trabajo en la escuela— debe estar centrado en aprender distintas modalidades de lectura y de escritura, y este asunto de permitir la diversidad de interpretación de los textos es un trabajo muy necesario.

Tercero: lo que se haga en la escuela debe dotar a los estudiantes de la posibilidad de reflexionar sobre lo que están haciendo con el lenguaje. Eso ocurre pocas veces en la vida escolar extramuros, y se da cuando se interacciona para expresar y, a su vez, entender con claridad algún mensaje —por ejemplo: “A ver, no entendí lo que me quisiste decir”, “Bueno, lo que te quise decir es que”.—, y eso también es una reflexión sobre el lenguaje que tiene que ver con las múltiples interpretaciones.

Hay que reconocer que los alumnos tienen distintos ritmos de aprendizaje y que adquieren conocimientos dentro y fuera de los planteles educativos, y eso tiene que ver con la inclusión, con cosas de las que se han hablado esta mañana; hay que ofrecerles una amplia gama de oportunidades de participación en actos de lectura y escritura. A mí me encantó ese asunto de escribir al mismo tiempo que hacer un ejercicio oral, porque en esa construcción hablada se va a apoyar la escritura.

Voy a mostrarles unos textos que tienen que ver con lo que los alumnos son capaces de hacer cuando se encuentran en ambientes en los que no les “amarran los dedos”, en los que se les permite hablar de lo que van a escribir, en los que han tenido muchas oportunidades para participar en la construcción de textos orales y escritos y en los que los textos libres no existen, sino los que tienen algún propósito, función y destinatario determinados. (Eso es parte de una larga investigación de la que en otro momento podría hablar.) De ese modo, les pedimos que hicieran un debate para conocer sus opiniones respecto a si los seres humanos podemos o no matar a los animales, pues la intención era que escribieran un texto argumentativo. La respuesta fue masivamente “no”, pero después hubo una discusión, porque la oralidad es una base muy importante en la construcción discursiva.

Este texto lo escribió el niño que ven ahora, yo hice la traducción para que se pudiera leer más rápido:

3 de octubre, día lunes: ¿está bien matar a los animales o no? No está bien matar a los animales. Muchos animales son malos como el toro, el león, el tigre, el lobo, perro bravo, y los buenos el perrito, el gatito, la gallina y el pollito...

Siempre que lo presento la gente se ríe y no entiendo por qué. Al igual que los otros, este es de un niño de segundo grado.

El segundo tiene una letra un poco más descompuesta, pero es muy gracioso:

Los cerdos

No deberían matar a los cerdos para hacer carne porque los cerdos son lindos, y además es como matarte a ti mismo porque los cerdos son seres humanos, y además venden bastante carne en los supermercados.

Todavía no establece relación causal de la carne que está en los supermercados y el cerdo lindo, pero no solo eso, sino que empieza a usar el dibujo como una herramienta para comunicar (está bien dejarlo vivo, y matarlo tiene un tache).

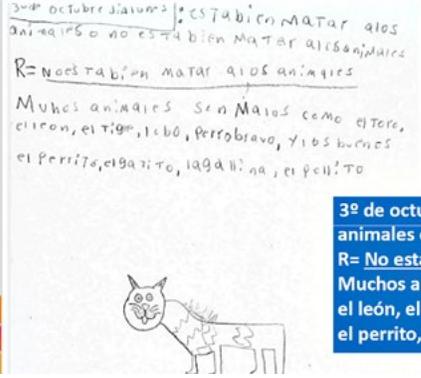
Este último, para mí, es el mejor de todos. No tiene dibujos tan lindos, está lleno de tachones, es difícil de leer, tiene faltas de ortografía, pero es absolutamente genial. Les leeré primero la versión que está tachada y luego la otra, para que vean la reflexión que hace la criatura —es del mismo grupo, de segundo año:

¿No debemos matar a los animales?, ¿por qué? Porque algunos son buenos como los perros, gatos, etcétera —como el primer niño, empieza a hacer

su lista de animales— .algunos sí se deben matar para comer, para...; ¡No, no! —Empieza a hacer una reflexión sobre las consecuencias que tendrá matarlos—. Si matan a los animales carnívoros, los herbívoros, como cebras, rinocerontes, etcétera, se comerán todo el pasto de la selva de África y van a morir todos los africanos y después —vean lo que hace, ¿eh?, lo tacha y continúa—...No, la situación es más grave: si matan a los animales carnívoros, los herbívoros como cebras, rinocerontes, etcétera, se comerán todas las plantas de África, no solo el pasto, y los africanos morirán de la región africana y tal vez toda la humanidad y el mundo.

Ejemplos de textos que pueden elaborar estudiantes en contextos favorables

Ejemplo A



3º de octubre día lunes : está bien matar a los animales o no está bien matar a los animales
R= No está bien matar a los animales
 Muchos animales son malos como el toro, el león, el tigre, lobo, perro bravo, y los buenos el perrito, el gatito, la gallina, el pollito

Aunque el texto está muy feíto gráficamente, la riqueza de las ideas no se compara con los otros. Aprender a leer y escribir es un gran desafío intelectual, pero creo que —como Pilar lo señalaba— podemos hacer que el reto más grande al que se enfrentan los alumnos de educación primaria sea uno de los más placenteros. Gracias.



MARÍA EMILIA LÓPEZ

La lectura en la primera infancia



Muchas gracias a todas y a todos por estar hoy participando en este encuentro. Es una alegría estar invitada aquí para hablar sobre bebés y niños pequeños, en relación con la lectura y la escritura. Vengo en representación del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), para ser más precisa del Observatorio Iberoamericano de Cultura y Educación para la Primera Infancia (OPI), que tiene el objetivo de contribuir a la creación, promoción y ejecución de políticas públicas e iniciativas educativas y culturales para niños de 0 a 6 años.

Centraré mi intervención en dos aspectos que me inquietan y que considero relevantes para pensar la relación entre lectura, escritura y primera infancia. Por un lado, se encuentra la relación inicial entre lenguaje, oralidad, libros y literatura desde el nacimiento, y los procesos de alfabetización convencional; por el otro, la importancia de crear dispositivos, situaciones que incluyan a los más pequeños y a sus familias en experiencias ligadas con la cultura escrita, y hablo de bebés y niños menores de 6 años.

La experiencia del lenguaje está relacionada directamente con la protección simbólica de la infancia. El bebé nace arrojado a un mundo de lenguaje que él ignora, el grito es un procedimiento de supervivencia —no sólo físico, ligado a la respiración—, el primer gesto sonoro que pone al niño en estado de conversación con los otros y que le permitirá aprender su lengua materna y los diferentes juegos y cantos que esculpe la voz humana hablante; poco a poco, ese grito comienza a metafórico estados, deseos, apetitos, y es entonces cuando aparecen los balbuceos, gorjeos, narraciones musicales, ensayos de comunicación lingüística.

El bebé espejea en las palabras las modulaciones, los ritmos de sus cuidadores, esos reflejos del lenguaje le dan simbolismo humano; esos inicios de construcción de significado se leen también en los rostros de la mamá, del papá, de la maestra, quienes son capaces de fijar con sus presencias repetidas la idea de lo humano en todos sus haceres y modos posibles.

Ese procedimiento entre rostro, lenguaje y comunicación —de psiquismo a psiquismo— es la base del trabajo de la lectura convencional; es decir, la que hacemos con los libros. Estoy situando el lenguaje y, al mismo tiempo, enfatizando su carácter vinculatorio, no hay acceso a él sin intercambios humanos, sin miradas enfocadas y recíprocas, estoy estableciendo una simetría entre los libros y los rostros, en tanto disponibilidades simbólicas o materiales de lectura.

El bebé —que a su edad está en su máxima capacidad receptiva— trabaja sobre el lenguaje al escuchar e intercambiar con sus adultos significativos: infiere sonidos, ritmos, cadencias y también significados; interpreta, registra, infiere, por eso son tan importantes las entradas lingüísticas, esto es, las situaciones dialógicas con los bebés, las conversaciones en las que miramos juntos un objeto, un árbol, un juguete y lo nombramos; armamos una pequeña narración a su alrededor o calmamos con palabras un dolor, una caída, un hecho que necesita rodearse de significado.

Luego vienen los libros con sus informaciones; la ficción, el cuento, el poema —legítimas experiencias de lenguaje literario, imprescindible en los humanos y, más aún, en la infancia—. Con los libros, llega la cultura escrita y no es lo mismo enterarse de su existencia a los 6 años —cuando se ingresa en la escuela primaria—, que en los primeros tiempos de la vida. Los niños que reciben libros como juguetes desde que nacen se relacionan con los procesos de construcción de la lectura y la escritura de un modo mucho más rico, intenso y autónomo.

Como lo expresa el título de esta pequeña presentación, para mí es una gran preocupación la manera en que asume o no asume la política pública la responsabilidad de construir espacios en que los bebés, niños pequeños y sus familias puedan ejercer el derecho a la lectura. Aunque contamos con ricas experiencias, estas todavía son aisladas y, en muchos casos, dependen de la buena voluntad o del encantamiento propio de los bebés. Lo paradójico es que los pequeños están cada vez más incluidos en la vida de diversas instituciones, por ejemplo los centros infantiles a los que pueden ingresar.

En México, por ejemplo, desde los 43 días de nacidos, hay instituciones que podríamos considerar escolares o culturales —hay una gran pregunta allí acerca de cómo asumen los derechos culturales de la primera infancia y, especialmente, la lectura y la relación con el mundo escrito— que pueden ofrecerles atención. Lo paradójico es, también, que así como muchos bebés se institucionalizan cada vez más temprano, otros más, lo mismo que sus madres y sus padres, están a la intemperie —literal, simbólica y afectivamente.

Pienso en niños migrantes, en tantísimos de ellos que viven con sus familias en la calle; en mundos en los que hasta la oralidad es cada vez más escasa o el dolor recorta u oprime la posibilidad del habla. Aquí tenemos preguntas vitales para la política pública, pero dejo para el intercambio esta perspectiva actual del lenguaje, la oralidad y la intemperie.

Para darle cuerpo a esta propuesta, voy a compartir —muy sintéticamente— dos experiencias que pueden abrir el juego acerca de algunos escenarios posibles: la primera de ellas proviene del programa De Cero a Siempre, desarrollado en Colombia, como parte de la política pública de primera infancia. Tuve la fortuna de trabajar entre 2011 y 2014 en la formación de alrededor de 600 bibliotecarios, quienes por primera vez iban a recibir niños de 0 a 6 años y a sus familias.

Colombia tiene una amplísima red de bibliotecas públicas, incluso en los pueblitos más alejados, pero nunca se había dedicado un espacio sistemático a los más pequeños. En 2011, dentro del Plan Nacional de Lectura —remarco esto— se creó un programa de formación sobre lectura en la primera infancia, precisamente para acompañar la entrega de libros dedicados a esos pequeños, en cada una de las bibliotecas públicas del país, algo muy interesante.

Ahí hay una articulación importante: no solo se entregaron libros, sino que estos vinieron acompañados de intensos seminarios de formación en los que leímos cada uno de esos materiales; analizamos cómo leen los bebés y los ni-

ños pequeños; pensamos en la mediación lectora hacia los recién nacidos y sus madres, padres, abuelos, hermanitos; diseñamos un proyecto inicial distinto para cada biblioteca, que incluyó atraer al público lector, sorprendido al principio por ser invitado a leer con su bebé.

Pusimos en marcha una mirada amorosa, curiosa y abierta hacia las exploraciones de los niños y sus familias, la cual transformó a los bibliotecarios en verdaderos investigadores de su propia práctica y de su propia comunidad. Cuando —luego de una semana intensiva— cada uno de ellos volvió a su pueblo o ciudad, comenzó otro tipo de intercambio entre nosotros por medio de la virtualidad —nos enviaban una bitácora mensual en la que recogían hallazgos, dudas, inquietudes y narraciones de lo sucedido en cada sesión de lectura.

Alimentar virtualmente esos registros nos dio la pauta para continuar la formación y el intercambio. Recibimos muchísimas bitácoras que nos mostraron la fuerza de la propuesta, la alegría de los bebés y de los niños pequeños y de las familias; los procesos de crecimiento de cada participante. El proyecto estuvo basado en la hospitalidad de la lectura, y con esa expresión me refiero a la generosidad del encuentro con los buenos libros, a la presencia de un mediador o mediadora atentos que se adecuaran al ritmo de los lectores, que se interesaran por hacer crecer la curiosidad que presta su voz, cuando leer es algo a lo que los adultos no han tenido acceso.

Sabíamos y nos encontramos con muchas madres y padres que van a la biblioteca, pero no saben leer convencionalmente; además de algo fundamental, este proyecto de la biblioteca pública garantiza el préstamo a domicilio. Si los libros no llegan a los hogares de los bebés y de los niños, no estamos cumpliendo el derecho a la lectura, porque el arte de leer no puede estar acotado por el tiempo institucional de la biblioteca, porque la lectura tiene capas que piden repeticiones, escudriñamientos, y para eso hace falta tener el libro en disponibilidad al tiempo del lector.

Nos costó mucho trabajo que los bibliotecarios prestaran los libros —entre comillas— por miedo a que se perdieran, a que se rompieran, porque la cultura escolar aún ganaba la partida, el libro tenía cierto aroma a sagrado. Hubo que reflexionar una y otra vez sobre este derecho a la posesión del libro, sobre el libro como una experiencia transicional para los niños, un puente no solo entre lo imaginario y la vida propia, sino también entre sus casas y las bibliotecas; entre sus familias y los bibliotecarios; pero al fin los libros salieron y las bitácoras llegaban con una intensidad creciente.

¡Imagínense que se formaron más de 600 bibliotecarios en cuatro años! Eso quiere decir que florecieron más de 600 proyectos de lectura para bebés y sus familias, y cada uno era diferente. Teníamos una base común, pero cada bibliotecario lo armaba y lo rediseñaba en función de su comunidad. ¿Cuántos niños de 0 a 6 años se habrán convertido en lectores y escritores a partir de esa experiencia propia de la política pública?

Voy a leer una bitácora. Me costó muchísimo esfuerzo seleccionarla, pero creo que esta tiene un poco de síntesis sobre lo que estamos compartiendo hoy. Es de Elizabeth, una bibliotecaria que nos cuenta:

Sara, mamá de Jesús, se queda pensando y luego dice muy emocionada: “Profe, mis hijos ven televisión un rato y luego los veo que solitos cogen los cuentos y se ponen a leer, cosa que antes no pasaba, porque los niños se metían todo el tiempo en la televisión y algunas veces ni comer querían por estar todo el día sentados enfrente de ese aparato; no se perdían ningún programa y esa era una pelea a diario, pero hoy los libros forman parte de sus juguetes y de sus actividades diarias, por eso le doy las gracias a usted, por habernos mostrado la importancia de la lectura. Le soy sincera, algunas veces me daba pereza venir, pero hoy me he dado cuenta de que la lectura ha cambiado a mis hijos y hasta a mí, así que le prometo que todos los sába-

dos estaremos presentes. Imagínese, cuando ellos están con los cuentos se quedan mucho tiempo quietos, voy a ver que están haciendo y los encuentro metidos en los libros y conversando entre ellos, sin pelear. Stefany muy emocionada le lee a su hermanito, ella ya sabe leer, así que también le ha servido mucho porque está leyendo mejor, y si la viera lo bien que lo hace: le muestra las imágenes, imitando cómo les leen aquí, en la biblioteca. Ella dice que cuando sea grande, quiere ser maestra para enseñar a los niños.

Catherin, la mamá de Esteban, dice:

Cuando va a leer un cuento, él es el primero en sentarse y el que más participa y siempre está muy atento, y sé que todo esto es porque allá, en la biblioteca, con este proyecto de primera infancia, se les ha enseñado a amar los libros. Yo me sorprendo porque mi hijo, para la edad que tiene, se expresa muy bien en comparación con otros de su edad. Siempre está utilizando palabras nuevas, de las que leemos en los cuentos, y lo mejor es que sabe aplicarlas. Mi mamá dice que él parece un viejo.

Fanny, la abuela de Juan Pablo, comparte:

En el jardín infantil mi nieto se apropia de todos los cuentos y no los quiere soltar, y eso le ha costado regaños y hasta peleas con los compañeros. Él siempre dice: “Estos libros son míos”.

Al leer esos comentarios la felicidad es total porque, sin duda, haber acercado a los niños a un cuento para que lo exploren, lo toquen, lo sientan, lo saboreen ha sido de gran valor.

En esos espacios, los niños han leído con todos los sentidos, han involucrado ojos, nariz, oídos y dientes, y los adultos hemos sumado el corazón. El libro ha sido el juguete preferido para que esos pequeñitos se entretengan, se di-

viertan, y también les ha permitido aprender y hasta sorprendernos. Definitivamente, un libro es toda una experiencia de aprendizaje.

Podría señalar muchas cosas interesantes en esta bitácora. Observamos, sistemáticamente, que entre los dos y los tres años los niños inmersos en la experiencia de la biblioteca ya tienen un interés definido por la lectura, y también muchos conocimientos sobre el sistema de escritura y el lenguaje que se escribe; identifican los quehaceres del escritor y del lector, eligen leer en lugar de ver la televisión, eso quiere decir que están interesados no solo en las historias, sino también en la relación con los otros: la hermanita que lee, la mamá o el papá que leen, la abuela, etcétera.

La lectura ha cambiado la vida de Sara y de sus hijos, eso significa que si impulsamos la lectura con bebés y niños pequeños, el acceso a los libros, a los espacios comunitarios, en los que se lee y se escucha y se es acariciado por los relatos y la voz humana, podemos garantizar en un sentido pleno la formación de lectores de menos de seis años de edad.

Otra cosa que me interesa muchísimo remarcar es el cambio en la noción de tiempo, pero la voy a pasar de largo. Me dirigiré a otra parte en la que Elizabeth resalta muy bien la atención y la concentración creciente en los niños, y piensa que esta experiencia da lugar a que amen los libros, y aquí me gustaría hacer una relación entre el verbo amar, la sensibilidad y la belleza: “Viene la belleza desde temprano dando vueltas hoy”, dice Franco Berardi, un filósofo italiano contemporáneo; según Paul Klee, “la tarea de la actividad creativa no es reproducir lo visible, sino hacer visible la sensibilidad”; la facultad de hacer visible una configuración del mundo está en la poesía, en la música, en la pintura, en el cine, en la literatura. Su función es hacer que el mundo sea perceptible sensorialmente, traducirlo a configuraciones sensitivas. Los productos artísticos producen belleza; es decir, formas que emergen en el terreno de la sensibilidad.

El punto es que la belleza se da en el descarrilamiento de la relación habi-

tual y previsible entre el signo y el significado, y en el descubrimiento de perspectivas múltiples e imprevistas. La belleza no tiene que ver, necesariamente, con la armonía, sino, sobre todo, con la sorpresa que produce ese distanciamiento del orden previsible. La belleza, entonces, es sorpresa, y los buenos libros para niños —con todas sus dimensiones estéticas— les ofrecen la posibilidad de encontrarse con ella, que es a la vez una sensibilidad expandida, una visualización de infinitas configuraciones del mundo. Aquí podríamos preguntarnos: ¿ingresa en las políticas públicas para la primera infancia el derecho a la belleza, a la sensibilidad expandida?, ¿cuántos niños son invisibles y les son invisibles a los artefactos de la cultura que provocan la belleza?

La segunda experiencia ocurre en el jardín maternal de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, la institución que yo dirijo. Ahí recibimos niños de 45 días a tres años de edad. Tenemos un proyecto de lectura y biblioteca muy fuerte, muy intenso; favorecemos muchísimo el préstamo a domicilio —la biblioteca es muy rica—, leemos con los bebés desde el primer día, o sea, desde los 45 días de nacidos —cuando llegan a nuestro centro infantil— favorecemos mucho el trabajo sobre la oralidad y el lenguaje poético, desde el punto de vista oral.

En ese ir y venir, en esa cantidad de situaciones de lectura con los niños, lo que observamos, sistemáticamente —el centro tiene 22 años trabajando—, es que casi todos nuestros pequeños empiezan a desarrollar hipótesis de escritura y lectura convencionales visibles entre los dos y tres años, y digo visibles porque hay algunas que todavía no se ven y se hacen visibles entre los dos y tres años.

Entre los dos y tres años empiezan a interesarse en la lectura y la escritura, y empiezan a leer y escribir. Cuando se van, cuando se da el seguimiento a esos niños a los cuatro y cinco años, observo que en los preescolares a los que van, la mayoría lee y escribe con autonomía, sin ninguna plana de por medio, sin

ningún entrenamiento motriz; eso quiere decir que el acercamiento temprano a la cultura escrita mediada por la palabra, la voz, la motricidad, la oralidad y la disponibilidad del adulto les ofrece la posibilidad de recuperar todo el sistema de la lengua escrita mucho más temprano de lo que creíamos.

Les cuento una anécdota breve y con eso cierro. El otro día vino Isabel, que acaba de cumplir cinco años. Egresó el año pasado, y vino a traer a su hermanita con su mamá. Entró en la dirección y me preguntó si se podía llevar algún libro de la biblioteca, y le dije que sí, por supuesto, pero en el momento en que ella estaba eligiendo, me llamaron y me tuve que ir a otra sala. Cuando volví, Isabel ya se había ido, pero me había dejado esta nota: “Isabel, Pinocho, Siete ratones ciegos”. Me dejó una notita para que yo anotara los libros que se había llevado; con eso quiero decir, simplemente, que ignoramos a los bebés y a los niños pequeños como lectores y escritores, no tengo ninguna duda de eso; siempre que hablamos de lectura y escritura pensamos en la escuela primaria, y creo que el único plan nacional de lectura que conozco que ha incluido a los bebés y a los niños pequeños de alguna manera, es De Cero a Siempre.

Eso es muy paradójico porque los bebés y los niños pequeños están en el tiempo del aprendizaje del lenguaje, de la entrada en todo ese bagaje lingüístico que contribuye a comprender el mundo, y puedo dar fe —y los niños con los que trabajo pertenecen a contextos muy diversos, algunos muy empobrecidos desde el nivel sociocultural— de que todos tienen la capacidad de reconstruir la lengua escrita y de producir situaciones con la lectura —con muchísima riqueza— desde mucho más temprano, y en un sentido mucho más abierto.

Yo discutiría mucho la cuestión de la escritura, de los textos libres o abiertos, pero de lo que estoy segura es de que desde los primeros tiempos de la vida debemos poner en disponibilidad este tipo de acciones, para combatir los problemas graves de alfabetización convencional que tenemos, acompañada con esa lectura amorosa, literaria y poética. Gracias.

12 sieñ 12 sieñ 12 sieñ 12 sieñ 12 sieñ

fundación sm fundación sm fundación sm fundación sm fundación sm



ESCRIBIR LIBROS PARA NIÑOS Y JÓVENES



Fernando Esteves: Buenas tardes a todos, es un gusto estar con Jordi y con Toño para moderar esta charla entre dos grandes escritores y amigos. Antes de empezar formalmente, quiero compartirles que estaba previsto que a Toño y a Jordi los acompañara también Armando Vega Gil —músico, escritor, amigo de la casa y de muchos de los que estamos aquí—, quien falleció la mañana del lunes pasado. Sus amigos, familiares y el equipo de SM estamos todavía muy tristes por su partida. Y como al propio Armando le hubiera gustado que este encuentro se celebrara de todos modos, decidimos llevarlo a cabo. Antes de empezar, los invito a ver un video muy breve.

Video de Antonio Malpica

A mí me gusta decir que escribir para niños y jóvenes no fue una elección propia, no es que yo haya querido o elegido hacerlo, sino al contrario: la literatura infantil y juvenil me escogió a mí porque —incluso cuando quiero escribir de otra manera— resulta que sigue siendo para niños y jóvenes. Un caso muy singular es el de El lápiz de labios del señor presidente, que cualquiera diría que es un libro sin adjetivos, y funciona muy bien para jóvenes.

El protagonista principal dejó la juventud hace mucho, pero pienso que finalmente la literatura es así: uno hace sus aproximaciones y es el editor —a veces el mercado—, quien dice: “Ándale, esto puede funcionar así y asado”. Yo empecé con la escritura estrictamente como un juego, una aventura. Hice mi primera novela infantil casi sin proponérmelo, sin pensar demasiado en qué era lo que se podía hacer y qué no. La inscribí en un concurso —en el que gané el tercer lugar—, me encantó la experiencia y seguí haciéndolo.

Yo solo quería contar historias, y poco a poco me di cuenta de que con la literatura infantil me podía permitir todo tipo de licencias; me daba la oportunidad de abarcar el mundo entero y, por ejemplo, nadie se espanta si de repente brincaba un conejo o alguien empezaba a levantar los pies del suelo. Eso hizo que me replanteara continuar con ese camino, y aquí estoy.

Me gustaría escribir para adultos, pero siempre tengo un nuevo proyecto para niños o jóvenes, entonces creo que no he podido salirme de aquí, pero me siento muy contento.

FE: Toño nos contará luego, entre otras cosas, cómo fue que un ingeniero en Computación de la UNAM decidió dedicarse a la literatura. Por cierto, no comenté que los dos autores que nos acompañan hoy tienen muchas cosas en común; una de ellas es que ambos han ganado el Premio Iberoamericano de Literatura Infantil y Juvenil, lo mismo que María Teresa Andruetto, a quien saludamos y mañana escucharemos. Ahora veremos otro video, en este caso de Jordi.

Luego de la transmisión del video de Jordi Sierra...

FE: Cuéntanos, Jordi, ¿por qué razón se hizo el video?

Jordi Sierra: Buenas tardes. Las chicas que aparecen ahí son mis nietas, hace siete años. La razón por la que se hizo fue un homenaje que me hizo SM —mi casa— cuando cumplí cuarenta años como escritor.

Junto con el video, SM publicó mis memorias literarias, mis primeros 400 libros. Hace tres días salió el número 502. La fotografía que aparece es de mi boda, hace 48 años. Cuando me preguntan por qué soy escritor, digo: “Porque no fumo, no bebo, nunca me he drogado y soy un tipo de lo más normal, que lleva media vida casado con la misma persona”. Ese apoyo le da la oportunidad a un tipo como yo de estar todo el día pariendo historias, como es mi caso. He sido siempre un poco loco, me encanta serlo, nunca he ido al psiquiatra y los libros me sirven de terapia, supongo que ahora hablaremos de eso.

FE: Ahora, Toño nos va a leer algo.

Antonio Malpica: Sí, de un autor al que admiro mucho. El libro se llama *El club de los raros*, de un tal Jordi Sierra...

FE: ¡ Fabra.

JS: No me cortes el nombre.

AM: Tú te lo cortaste, dice: “Jorge Sierra”.

JS: Vivía en una dictadura y no podía emplear mi nombre completo.

AM: “Jordi Sierra i Fabra”. El cuento se llama “El tartamudo”:

Hugo se sentía raro, siempre había sido así desde muy pequeño. Para empezar, cuando balbuceó sus primeras palabras todo lo decía por triplicado: “Pa... pa.pa.ma.ma.yo.yo.yo....” Sus padres creían que era para insistir, para dejarlo claro, o tal vez porque para eso estaba aprendiendo a hablar, pero no. Un día, en lugar de decir: “Pa.pa.pá”, dijo: “Pppppppa.pá”, y no llegó a la última sílaba; más aún, dejó de respirar, comenzó a ponerse verde, azul, violeta; más bloqueado que un alumno de Filosofía y Letras en un examen de Matemáticas. “¡Hugo, respira!”, se alarmó su padre. “¡Te estás ahogando!”, se asustó su madre. “¡Empieza!”, le dio un golpecito en la espalda su abuela, que era más práctica. Y lo intentó: “Pppppp”, pero no pudo. Fue la primera vez, pero no la última. Desde ese momento, todas las palabras que empezaban con *c*, *p* o *t*, por ejemplo, las alargaba hasta lo indecible y muchas veces no conseguía completarlas. Lo de ponerse verde, azul y violeta fue habitual; lo de dejar de respirar, un tormento. Al momento que abría la boca, su familia lo miraba con cierta angustia. Estaba claro que no era un juego ni una fase del aprendizaje infantil, a Hugo le pasaba algo, y ese algo tenía un nombre: el niño es tartamudo. Es todo. Lo primero que aprendió Hugo es que la vida es injusta porque para definir lo que le sucedía y a muchos como él se empleaba una palabra impronunciable, una palabra con dos tes, una de las

letras malditas porque percutía en la boca. “¿Qué te pasa, niño?” “Nada, es que soy *tttartttamudo*”. A Hugo le gustaban tres bebidas y el colmo de su mala suerte era que no podía pedir las porque una empezaba con *c* la otra con *p* y la otra con *t*: coca cola, pepsi cola y trilimón.

A los siete años, Hugo ya no hablaba demasiado, ¿para qué? A los ocho se limitaba a asentir con la cabeza. A los nueve empezó a pasarla mal en la escuela. Siempre había chicos mayores dispuestos a meterse con los pequeños, pero más aún con los que, según ellos, eran raros o tenían defectos o los traían de encargo. Había dos o tres energúmenos que, cuando lo veían, gritaban: “¡El metralleta!”, y se enojaba. Unas veces ser burlaban de él; otras lo imitaban; otras incluso le daban zapes, y lo peor era que el resto de la clase se reía de sus gracias. ¡Qué poca solidaridad con los más débiles! Así que cuando empezó a estudiar de verdad, a partir de los 10 años, la escuela acabó convirtiéndose en un infierno para él. La aborrecía. No quería ser pasto de las burlas de los demás. Tonto no era; al contrario, leía mucho y se sabía inteligente, pero como le daba vergüenza hablar, pues no era el preferido de los profesores, quienes tampoco lo apoyaban mucho.

Bueno, había una profesora que sí, la miss Amalia, la de Historia. Fue la primera ventaja que le sacó Hugo a su “defecto”. Por ejemplo, se aprendía las cinco primeras líneas de la lección del día y luego, en clase, la miss Amalia se las hacía cantar, pero de verdad, sin música, pero entonándola, para que no se trabara, y Hugo recitaba: “El Imperio romano se formó con Rómulo y Remo, dos hermanos que un día se perdieron y una loba los amamantó y *ppptt*”. Justo al llegar a donde ya no sabía más, se ponía a tartamudear adrede, y la buena miss Amalia le decía: “Bien, Hugo, tranquilo, ya con eso; veo que te sabes la lección”. Y le ponía un 8, así que por lo menos le sacaba algo de provecho a lo suyo, aunque era muy poco comparado con lo mal que se sentía y lo mal que lo hacían sentir los demás. Su padre solía decirle: “Mira,

Hugo, lo tuyo no es un defecto, es solo una circunstancia. Tú al menos sabes que eres tartamudo, es mucho peor ser idiota, como todos los que se ríen de ti, y no saberlo. Tranquilo, que a esos la vida les pasará factura tarde o temprano.

A Hugo, la factura que les pasase la vida a los energúmenos, le daba igual. Su vida era ahora, el futuro, aunque fuese el lugar donde iba a vivir, quedaba muy lejos. A los 11 años su vida escolar era ya terrible, por eso al empezar aquel curso, se alegró de encontrar a alguien como él: ¿tartamudo? No, no precisamente...

JS: Esa es mi historia, es verídica. Esa maestra existió. Me aprendía la lección y luego la cantaba: el Imperio romano, y luego tartamudeaba. Lo de que me gustaban tres bebidas y nunca las podía pedir, todo eso es auténtico, así que este libro es de los más autobiográficos que he hecho y, además, nació en México, en Guadalajara, hace cuatro o cinco años me lo pidieron. Y yo que nunca había escrito algo sobre mí, lo hice. Así que gracias por leerlo tan bien, porque soy tartamudo, aunque no lo parezca.

Mi padre me decía siempre en casa: “Hijo mío, somos pobres y tú eres tartamudo”. Y yo pensaba: “Ahora me dirá que soy feo y ya me hundirá la vida para siempre”. Así que no fue fácil. En la escuela sufrí acoso también y cada golpe que me dieron me hizo más fuerte, era lo importante. Pero sigo siendo tartamudo y he sido locutor de radio y *disc jockey*. Ahora, intentaré hacerle justicia a Toño que ha leído tan bien. Este es un libro de él, *El primer día*. Naturalmente, Toño escribe mucho menos que yo porque tiene otras actividades, no voy a decir cuáles porque sería meterme en camisa de once varas, pero fijaos qué diferencia, y cobra igual que yo. Bueno, aquí la lectura:

Según mi hermano Joaquín, hay 5 cosas a las que hay que tenerles miedo a mi edad: 1) el monstruo del clóset —en España el clóset no existe, así que

debe ser el baño, ¿no?—; 2) quedarme enano para siempre; 3) que los Reyes magos te dejen de traer regalos y te empiecen a traer piedras; 4) el primer día de clases en la escuela primaria; 5) una invasión extraterrestre.

Varios de esos peligros, como bien sabes, son mortales. Lo bueno es que muchos pueden o no ocurrir. Pero el que seguro, seguro, seguro te pasará algún día es el número 4. El primer día de clases en la escuela primaria; en mi caso, en la Niños Héroe, que es a la que me inscribieron, la misma a la que ya va mi hermano Joaquín, solo que él pasó a tercer grado. “No cualquiera sobrevive al primer día de clases en esa escuela”, me dijo él mismo el día que me inscribieron. Hubo un niño que no pudo atravesar la puerta, se regresó a su casa y jamás volvió. Ahora parece un señor como de ochenta años que apenas tiene nueve, porque en su casa no hace otra cosa que mirar la pared. Tuve pesadillas desde ese día y las vacaciones no resultaron nada fáciles; aunque salimos a la playa con mis primos, ellos tampoco fueron de mucha ayuda.

—¿Cómo fue para ti el primer día de clases de la primaria Mildred?

—Normal, vomité tres veces, pero un niño vomitó 10.

Claro que me compraron puras cosas nuevas: útiles nuevos, uniformes nuevos, una mochila nueva de superhéroes que me dejaron escoger. Pero yo sentía como si me estuvieran preparando para mandarme a China o a la luna o al “frío y cruel mundo laboral”, como dice mi papá siempre que se marcha a trabajar. Y es que estar en la primaria ya es ser grande, muy distinto a como era en el preescolar.

—En el kínder te tratan bien porque te consideran un bebé —me dijo Joaquín una vez—, y obvio que nadie trata mal a un bebé. Pero en la primaria es dis-

tinto, muy distinto, es igualito al ejército. Una vez un niño llegó tarde y no lo dejaban entrar, aunque estaba lloviendo y granizando y nevando.

—¡Estás loco!, aquí nunca nieva.

—Ese día sí nevó. Pobre niño, lo tuvieron que dejar 10 horas enfrente de una estufa para que se descongelara. Y otra vez una niña le pidió su miss que hiciera un dibujo de la torre Eiffel y, como no se parecía a la real, la dejó sin recreo dos semanas.

—¿Qué es la torre Eiffel?

—¿O fueron... dos meses?..

—¿Qué es la torre Eiffel?

Así que ya te imaginarás.cada vez que pasábamos frente a la escuela primaria Niños Héroe en el coche, yo sentía que pasábamos frente al castillo de Drácula y la momia.

FE: Quise empezar esta charla presentándoles a los niños que aún habitan dentro de estos dos escritores tan prolíficos. En Galofrando, el *blog* de Toño, leí esta frase: “Tengo la sospecha de que todos los niños son delincuentes en potencia, no olvidemos el final de las aventuras de Tom Sawyer, en el que lo único que hace es sonreír a Huck y tiene la esperanza de formar un día una banda de asaltantes”. Probablemente porque a los niños no les gusta ser forzados a nada y las leyes justo lo que hacen es obligarte a portarte bien, pararte derecho, no pisar el césped..Toño, tú que te has dedicado a la música, al teatro, que eres ingeniero en Computación por la UNAM y que hoy te dedicas a la literatura, cuéntanos a los 1,400 profesores que estamos aquí cómo fue tu vida de estudiante y cuánto han influido tus maestros; es decir, ¿qué hicieron bien o qué te gustaría que hubiesen hecho durante tu formación literaria?

AM: Siempre empiezo diciendo la verdad, que yo no fui niño lector. Me la pasaba jugando, echando relajo, viendo la tele; o sea, que no todo está perdido para sus hijos. Y poco a poco se fue dando el proceso. La verdad es que cuando yo entré en la secundaria, todavía no había leído ni un libro por mi cuenta. Y, bueno, pues también eran otros tiempos; en la primaria nada más llevábamos el libro este de lecturas de texto gratuito, y cuando llegué a la secundaria eran los que a fuerza debía leer y, por supuesto, poco tenían que ver con nosotros, los chicos. El primer libro que leí completo fue *La cabaña del tío Tom* y quedé perfectamente horrorizado. ¿Qué tenía que ver un niño de esa edad con un pobre viejo que matan a latigazos al final de la novela? Entonces, decía: “Esto de la literatura está muy bien, pero no es para mí. Siempre he contado que, como era muy bajito, me *bulleaban* con cariño y con frecuencia. Desde el primer día de la secundaria hasta el último, creo. De hecho, cuando terminó la secundaria lloré como todos mis compañeros, pero yo lo hacía porque ya se había terminado y ellos porque ya no se iban a ver. No me gustaba ser el *cachazapes* de todo mundo, y me metía a la biblioteca durante el recreo para hacer las tareas porque la lectura no era lo mío. El bibliotecario, que me veía con mucha frecuencia por ahí, me puso algunos libros a la mano, y esa fue la magia porque me aproximó la serie de Sandokán. Ni siquiera me decía algo, solo los colocaba en la mesita donde me sentaba, y un día simplemente agarré el primero, y de ahí para acá todo ha sido así. Tenía doce años —lo digo con cierto orgullo— cuando descubrí la lectura por placer. Hoy tengo 52, lo que significa que tengo cuarenta años leyendo, porque todos los días leo, aunque sea un poquito.

FE: Entonces ¿el secreto fue que el bibliotecario no te obligara a nada?

AM: Pues no sé. En mi caso operó así, lo cierto es que tuve que ir descubriendo los libros poco a poco. Después vino el descubrimiento de la creación literaria, desde mi punto de vista, pero en ese momento nada más era leer y la verdad es que me hice un lector asiduo, cosa que, también, fue casi prodigiosa porque

mis papás no eran lectores. Mi mamá no lee lo que escribimos mi hermano y yo. Mi papá sí. Como no había libros en mi casa, solo la revista *Selecciones*, me la echaba de principio a fin. Ahí conocí la horrenda novela condensada —ya después me enteré de que era real— y me animé a comprarla. Más o menos ese fue el proceso por el cual me hice lector.

FE: ¿Y el niño tartamudo Jordi, el diferente, según tus propias palabras?

JS: Nací en una época en la que, en España, había una dictadura. Mi padre hizo la Guerra Civil española, la perdió, le dieron por todas partes y ahí nací yo. A mí leer me salvó la vida, y a la lectura le debo lo que soy. Cuando tenía ocho años, salía del colegio corriendo e iba con mis vecinos, quienes me daban pan seco y diarios viejos, luego se los vendía a un trapero —un señor que compraba desperdicios— que me daba media peseta y dos reales, lo que costaba alquilar un libro de segunda mano. En mi colegio, biblioteca no había; en mi barrio, tampoco, pero en mi calle existía una librería de segunda mano, con libros usados y polvorientos. Aquello para mí era un palacio, un tesoro. Cada día entraba y alquilaba algo de Julio Verne o Salgari. Leía libros de mafiosos, de marcianos, los que yo escribía copiando, imitando a sus autores, así fue como pasé de lector a escritor. Un día —cuando tenía como ocho años—, rompí una puerta de cristal al atravesarla sin abrirla antes, y me quedé sin brazo, sin nariz —me la corté y, por fortuna, me la pudieron pegar porque si no estaría muy chato—. En el hospital estaba vendado como una momia y colgado de unos fierros, y no podía leer con solo un brazo, así que le pedí a mi madre papel, lápiz y un cartón. Aquel día hice un cuento de tres páginas —mi primera novela— y cuando la acabé, descubrí algo increíble: al escribir no tartamudeaba. ¡Me pareció genial!, me podía comunicar con el mundo por medio de la palabra escrita. Así empecé, pero claro, aquí vino el drama, mi padre me lo prohibió, me dijo que me moriría de hambre, que nadie comía de eso. Como dentro de un año se va a

publicar mi vida en cómic, me di a la tarea de leer el diario que escribía cuando era un niño de ocho años y me encontré con esto: “Mi papá me ha vuelto a pillar escribiendo, se ha echado a llorar. No ve que tengo razón, que yo sé quién soy y que voy a conseguirlo”. Si no crees en ti mismo, nadie va a creer en ti. Volver a esos recuerdos me trajo a la memoria a mi escuela, que para mí fue un infierno; por ejemplo, cuando el profesor de Matemáticas me preguntaba cuánto eran 2 y 2 —para un tartamudo, cuatro es impronunciable— se reían de mí en clase. Para Lengua, un día hice un cuento de un marciano peludo que bajaba a la Tierra y se perdía y mi maestra me puso un cero. Y cuando le dije: “Maestra, quiero ser escritor”, me dijo que era un inútil, que nunca haría nada en la vida y que me buscara un trabajo. Con doce años, salí de la escuela llorando, y ese día me dije: “O hago un libro gordo para demostrarme que lo conseguiré o no lo haré nunca”. Escribí un texto de 500 páginas y cuando acabé me daba igual lo que dijera el mundo entero. Iba a ser escritor. En la foto que habéis visto, en la que estoy con mi novia, le dije textualmente: “Viviré bajo un puente antes que dejar de escribir y antes que marido o padre, seré siempre escritor. Si me dices que sí, tenlo en cuenta porque escribir lo es todo para mí, no hay nada más.

FE: A propósito de la escuela, Toño, me consta que te llegan mensajes de maestros, de chicos que han leído tu obra y que te cuentan lo que ha pasado con tus libros en sus escuelas. Entre esos comentarios, ¿alguien te ha dicho —como lo han hecho con Jordi— que tal o cual título les cambió la vida? Cuéntanos alguna anécdota de algún colegio en México o en el extranjero, en la que algún docente haya hecho algo con tu obra y que haya causado impacto en los chicos.

AM: Una de las anécdotas más bonitas es que, como algunos de aquí saben, tengo una saga de libros de terror. Cuando escribí el primer libro, la única indicación que me hizo Daniel Goldin fue que “espantara mucho” y que no perdiera

de vista que era para “chicos de doce años”, más o menos. Cuando lo terminé y se lo mandé, me dijo: “Tengo dos noticias: la primera es que me gustó y lo quiero publicar; la segunda es que le falta terror”. Entonces me dije: “Algo aquí no está funcionando”. El caso es que al final, Daniel y yo trabajamos y quedó una novela espantosa, y cuando salió publicada el más aterrado era yo porque estaba seguro de que sería el fin de mi carrera literaria y que iba a salir en todos los diarios. Cuando el libro se puso a la venta, afortunadamente tuvo muy buena recepción. Lo que quiero destacar de lo que les he platicado es que yo dudaba de que el libro le gustara a la gente, y luego tuve noticia de que una maestra mediadora de lectura de IBBY (International Board on Books for Young people) les leía el libro durante los recreos a niños de quinto de primaria, y cuando terminaba le pedían que se tomara un pedacito de clase porque estaban muy metidos con la historia. Luego, por supuesto, se armó un relajo porque esa novela habla de demonios, y cuando los chicos lo platicaron en casa y les pedían a sus padres que se las compraran, estos en un principio se espantaron porque se preguntaban de qué trataba exactamente lo que tanto les había gustado a sus hijos, afortunadamente ese libro ha funcionado muy bien durante ya diez años. Así que el hecho de que alguien se hubiera atrevido a usar mi narrativa —una muy oscura, por cierto— me llenó el corazón de gozo. Esta es una de las anécdotas que más me conmueven porque significa que, cuando pasa algo así, estás presenciando el nacimiento de un lector, y eso para un escritor es lo mejor que le puede pasar en la vida. El libro se llama *Siete esqueletos decapitados* y es el primero de la saga.

FE: Jordi, en una entrevista que leí decías que el escritor tiene una responsabilidad social con los lectores, y en una charla contigo me citaste a Jodorowsky: “Si la vida te dio un don, dale a la vida el 100%”. Tú has puesto en marcha fundaciones de promoción de la lectura que llevan tu nombre en Colombia, Medellín y Barcelona. Cuéntanos cómo es que mediante ellas se forman lectores.

JS: Cuando empecé a publicar libros, me dirigía a los adultos. En España fui director o fundador de las principales revistas de música de rock de ese entonces, y hubo un momento en que era superfamoso: tenía cinco revistas y un programa de radio, me encontraba en la cima, pero lo dejé todo para dedicarme a escribir, hacer novelas y viajar por el mundo. Me pasaba la vida en Nueva York o en Londres, en Roma, en París, y quería estar en América Latina, Asia y África. Yo nunca fui un buen estudiante, pero sí lo suficientemente listo como para darme cuenta de que aprendía más leyendo que estudiando. Entonces, en las escuelas a las que fui durante más de dos décadas, daba charlas, más o menos unas 250 al año en España; viajaba una semana entera cada mes a una comunidad y ofrecía cinco conferencias diarias, cinco días seguidos; además, les exigía como mínimo que hubiera entre 200 y 300 chicos, y a veces llenaban los foros hasta con 2000. Tener a 100 niños callados durante hora y media tiene su mérito, pero siempre he sido muy visceral, apasionado, así que siempre venía el típico chico que me decía: “Quiero ser escritor y mi padre no me deja”, y yo respondía: “¿Qué tiene que ver eso para que escribas? La gente no cree en sí misma, se busca defectos y problemas”, así que me percaté de que podía hacer algo. Si había influido en una generación española de chicos y chicas y luego me di a conocer en países de América Latina —cuando llegué a México la primera vez, me venían a ver rockeros de cuarenta años y me decían: “Soy músico por tí”—, podía hacer algo más que solo escribir. Gandhi dijo que la peor violencia es la indiferencia, entonces no podía ser indiferente. Si tienes un privilegio en la vida, empléalo; si tienes un don, úsalo; si tienes un valor, haz que sea rentable. De alguna manera pensé que tenía que hacer algo y quise instaurar un premio literario, el Premio Jordi Sierra i Fabra para menores de dieciocho años, pero me parecía una cosa minoritaria, y se me ocurrió hacer el proyecto de la Fundación Jordi Sierra i Fabra y, además, no solo es una, sino dos para crear un puente cultural entre Barcelona, Medellín, España, Colombia, y sobre todo La-

tinoamérica. Así empezó todo: el premio literario, luego una revista *online* (escrita.com) para escribir, la cual es gratuita. Y lo que intento es decirle a la gente joven que si lee, será mejor, pero si encima sabe escribir, se puede comer el mundo. Hoy, por desgracia, la gente no se prepara para el futuro, la mayor parte de los estudios que se hagan no van a servir para vivir en veinte años, porque todo va muy rápido. Antes uno era médico y lo era toda la vida. Hoy, ya es posible operar por internet. Entonces, ¿lo importante es estudiar? Yo diría que no —bueno, sí, para quedar bien—. Lo importante es formarse, ser lúcido, aprender. Nunca aprendí más que leyendo porque cuando estudias, buscas aprobar el curso y luego te olvidas, pero cuando lees algo se te queda dentro del corazón y de la mente. Lo absorbes como una esponja, no te das cuenta, pero lo absorbes. Eso te hace mejor persona. Entonces, pensé que con una fundación podría contribuir a que este mundo fuera mejor. Un libro cambia a las personas, y estas pueden transformar sus contextos. Ahora que Toño estaba compartiendo una anécdota, hay gente que me ha dicho que no consume drogas porque leyó *Campos de fresas*; esto es, que la gente que está en un puesto de más o menos privilegio debe dar el ejemplo y sentar las bases de un futuro más halagador para la generación que viene. La Fundación Sierra i Fabra es simplemente una locura de la que estoy superorgulloso. Ya les dije que para mí escribir es lo más importante, pero el día que descubrí que había algo mejor que eso fue cuando estaba en un colegio en Copacabana, Medellín, a 2,500 metros de altitud. La escuela estaba construida con dos barrancones de metal y para que pudiera llegar tuvieron que poner maderas sobre el barro para pasar. En Medellín donábamos cada año 50,000 libros a escuelas rurales que no tenían, y los llevábamos en burro, en canoa, a pie, como fuera. Un día llevé esa biblioteca a la escuela y de repente, al acabar de hablar, una pequeñita de unos siete años me tira del pantalón y me dice muy seria: “Oiga, ¿usted trae los libros? A mí me encanta leer”. En ese momento me giré y me eché a llorar y me di cuenta de que

mejor que escribir era que esa niña te lo agradeciera, y ahí entendí por qué había hecho la fundación.

FE: Toño, hoy Rosa Montero nos hablaba del proceso creativo, de que la creación primero está en la cabeza; hablaba de la imaginación, pero también de que para imaginar tiene que haber cierto *background* previo, ciertos detonantes, cierto bagaje cultural o inquietudes o gustos y demás. ¿Cómo es el proceso mediante el cual creas, escribes, imaginas una nueva novela?

AM: Cada autor tiene su propia manera de inventar cosas. La mía, la verdad, es poco artificiosa, tiene poca pirotecnia, pocos efectos especiales, pero de eso se trata la escritura, de una persona sola en un espacio muy reducido y en silencio —a veces sí, a veces no— que no le teme a ese encierro autoinflingido. Tuve la fortuna de descubrir muy a tiempo que para mí lo mejor de la escritura era el acto mismo de escribir; a partir de ese momento ya no tuve la necesidad de que me visitara la musa para sentir el permiso de sentarme a trabajar; al contrario, disfruto más cuando no sé ni de qué carajos voy a hablar. Prendo la computadora y la página en blanco es como un millón de posibilidades. Por supuesto que hay disciplina, revisión, etcétera, pero la mayoría de las historias que he construido —no diría que todas, como *Lorenza bájate del perro*— es un pedacito de mi vida, somos mi hija Maryfer y yo. Cuando inicié *Siete esqueletos decapitados*, me sentí completamente indefenso, pero me di el permiso de sentarme frente a la pantalla y pensar lo que se me antojara. De esa manera empecé a escupir ideas, tarántulas, fantasmas, hombres lobo y poco a poco se fue desarrollando la historia. También planifico mucho. Nunca he tomado una clase de creación literaria ni un taller ni un diplomado ni nada. Las veces que he tropezado ha sido por mí mismo, pero también yo solo me he enmendado. No me pongo a escribir si no sé exactamente de qué va a tratar la historia, con pelos y señales, cuál es la ruta, cuáles son los planos del edificio. Por ejemplo,

mis hijos me preguntaron: “¿Qué estás escribiendo, papá?” “Una novela de *zombies*”. Dos meses después, cuando querían saber cuántas cuartillas llevaba escritas les dije que estaba en la página cero: “¿Cómo, papá, entonces qué haces allá arriba?” “La estoy ideando, todavía no tiene diálogos”, es parte del proceso y lo disfruto mucho.

FE: ¿Cuál es el vínculo que estableces con tus hijos por medio de la literatura?

AM: Les gusta mucho que les lea, y lo que he hecho es dejarlos que vayan metiéndose solos en el mundo de los libros. Tengo la gran fortuna de que en mi casa los libros sean objetos cotidianos, que al salir del baño te puedes encontrar alguno tirado. Tampoco son lectores supervoraces, y lo que he tratado de hacerles ver es la variedad de universos que hay en los que tienen a su disposición, porque además de los que hace su papá están los de otros autores, como Jordi Sierra i Fabra.

FE: Jordi, has sido crítico musical pero ¿tocas o has tocado algún instrumento?

JS: Cuando le dije a mi padre que quería ser escritor casi me mata. Mi madre me compró una máquina de escribir a plazos, tuvimos que esconderla. Así que no, y aparte solo hay cantantes guapos, y yo no doy la talla. Cuando hago un libro entre que lo invento, lo escribo, lo mando a la editorial y lo programan pasan dos, tres, cuatro o cinco años, y si interactúo con mis lectores es maravilloso, pero me dan envidia los músicos, porque tocan y la gente les aplaude. Si supiera tocar la guitarra o el piano, me podría morir tranquilo. ¡Toño, tócanos algo, macho!

AM: Habíamos pensado Armando Vega y su servidor hacer un número musical. Primero pensé que ya no venía mucho al caso, pero finalmente decidimos que iba a contar un cuento acompañándome con el piano. Se trata de un cuento inédito que escribí con toda la mala leche para este momento, porque se llama “Esos cochinos Beatles”:

Al hijo de la señora de las jícamas le gustaba tocar la guitarra y tocaba de todo un poco, pero cuando vio pasar frente a él a la niña nueva de quinto B sintió que su vida perdía sentido. Repentinamente, sintió deseos de cultivarle un jardín hermoso, de prepararle mil pasteles, de vencer por ella al dragón más furioso, pero lo que él hacía era tocar canciones. Así que tocó canciones. Pese que ella pasaba frente al puesto de su mamá todos los días, era indiferente. El hijo de la señora de las jícamas decidió entonces seguirla un día hasta su casa, con cautela, sin ser visto, sintiendo que corría los riesgos más grandes del mundo y llamó a la puerta con las manos sudorosas. Afortunadamente, le abrió la puerta el hermano de la niña nueva de quinto B y el hijo de la señora de las jícamas le preguntó con muchísima pena qué tipo de música oían en su casa, “es para una investigación”, afirmó. Y aquel niño le contó entonces que a él le gustaba la música gitana y romaní, y le habló luego de los gustos de su hermana en preescolar y de los gustos de su hermana en quinto grado, por supuesto, dijo que le encantaban los Beatles, lo cual era mentira —de hecho, ella odiaba a los Beatles—, detrás de sus audífonos solo se oía *heavy metal*, pero es que aquel niño —que ya iba en primero de secundaria— detectó en los ojos del hijo de la señora de las jícamas un sentimiento de esos que por desventura no se pueden ocultar ni queriendo, y solo por hacerle la maldad le mintió y nuestro artista tocó y ella pasaba de largo y él seguía tocando y ella seguía pasando de largo, y el hijo de la señora de las jícamas se esmeraba más y la niña nueva de quinto B como si nada. Por varias semanas así se dieron las cosas y él, ante tanta indiferencia, quiso volverse también indiferente pero no podía, no dejaba de pensar que por ella prepararía mil pasteles, vencería al dragón más furioso, cultivaría el jardín más hermoso, pero lo que él hacía era tocar canciones. Así que otro buen día regresó a la casa de la niña, quería preguntar a su hermano si no se habría equivocado de música, pero nadie le abrió. Así que el hijo de la señora

de las jícamas se fue a patear piedritas por ahí. A la distancia, en el parque más cercano, vio a la niña nueva de quinto B jugando en los columpios con su hermana de preescolar, y a unos pasos de él, recargadas en un árbol, estaban las mochilas de ambas. Corriendo todos los riesgos del mundo, el artista callejero se acercó a aquella mochila que ya conocía de tanto ver pasar sin detenerse. Se puso los audífonos, pulsó play en la pantalla del celular y entonces se quitó los audífonos a toda prisa y se fue a esconder a un árbol lejano y contempló a ambas niñas sin saber qué hacer. Afortunadamente —a los pocos minutos—, la niña nueva de quinto B entró a los baños del parque y aprovechando su ausencia el hijo de la señora de las jícamas corrió al lado de la hermana de preescolar y le preguntó con muchísima pena qué tipo de música les gustaba a ella y a su hermana, “es para una investigación”, afirmó. La niña pequeña le respondió que a ella le gustaba el blues y el Delta del Mississippi, y que su hermana, aunque era supertímida, antes solo oía *heavy metal*, pero que de un tiempo para acá no dejaba de oír a los Beatles, parecía que estaba enamorada de un artista callejero que no tocaba otra cosa más que a los cochinos Beatles. Él quiso correr lejos de ahí, pero al darse la vuelta, sus ojos se encontraron por primera vez en la vida con los de ella. Y el hijo de la señora de las jícamas detectó en la mirada de la niña nueva de quinto B un sentimiento de esos que por ventura no se pueden ocultar ni queriendo.

FE: Muchas gracias, Toño. Muchas gracias, Jordi, por compartir estos momentos con nosotros.



PROPUESTAS INNOVADORAS





LAURA GARCÍA

Nuevas formas lectoras entre jóvenes



Muchísimas gracias a todos, es un honor estar aquí para contarles un poquito acerca de algunos descubrimientos que hemos hecho. Me da muchísimo gusto ir detrás de María Teresa, aunque se sienta la tensión porque muchas de las cosas que vamos hablar a continuación las ha mencionado ella y, en mi caso, me parece que son una realidad.

Yo no juzgo ni digo que esté bien o mal lo que está pasando, y desearía que fuera también una manera de crear puentes para no seguir abriendo esa brecha que hay entre nuestros alumnos —quienes están todo el día pegados a la computadora, a sus *smartphones*— y nosotros. Parecería que a ellos no les interesa otra cosa que no sea lo que sucede en la red, y nuestra labor docente —la cual tenemos que seguir ejerciendo— choca contra ellos de alguna manera.

He visto nuevas formas lectoras y parto de una frase que seguramente todos hemos escuchado o, incluso, hemos dicho alguna vez, y que puede ser oída en cualquier país y en cualquier momento, porque parecería que se puede replicar: “En México no se lee”.

Yo, en realidad, veo a todo el mundo, todo el rato —lo decía Rosa ayer— leyendo, nos encontramos rodeados de palabras. Se leen cosas verdaderamente interesantes. Se lee literatura. Se leen palabras que nos enriquecen, que nos transforman, nos hacen evolucionar como lectores, y esa es la otra parte que deberíamos ver.

En principio, puede decirse que, más que no leer —pues se está leyendo y escribiendo como nunca antes—, lo que ocurre es que hay nuevas maneras de hacerlo. Cuando leo estadísticas que dicen que se leen uno o dos libros al año, creo que vale la pena señalar que están basadas en datos y registros sobre venta de libros que —ya sabemos— no siempre funcionan —no sé si en el literario, pero en otros ámbitos se ha demostrado que no—, y eso deja mucho fuera del panorama.

Están los libros que se prestan; los que se vuelven a leer; los que están en las bibliotecas, y también todo el contenido que se publica en formatos que no

se pueden cuantificar o medir. Entonces, ¿no se lee o no sabemos cómo medir las formas lectoras que vemos últimamente?, aunque —más que formas lectoras— prefiero identificarlas como nuevas experiencias lectoras porque ahora leer gracias a la red o por culpa de la red se ha vuelto otra cosa.



Ya no es solo ese espacio del que se ha hablado aquí durante este día y medio; además, hemos visto otros modos de lectura que nos producen otras cosas, y eso es de lo que durante esta hora y media hablaremos y veremos si es bueno, malo o está en proceso de desarrollo y todavía es pronto para saberlo dimensionar. En todo caso, el hecho es que está sucediendo y no hay que dejarlo a un lado ni evitarlo ni negarlo.

Para empezar, veamos qué hay además del libro impreso. Bueno, pues tenemos el *e-book*, que todo el mundo conoce y sabe lo que es: prácticamente, es como si un libro impreso pasara a una forma electrónica. Hay ciertas ventajas, y no me gusta detenerme mucho en eso, pero ya sabemos que podemos agrandar la letra —característica que para algunas personas es importante—; también, podemos usar una serie de recursos e hipervínculos; puede leerse casi de la misma manera que uno impreso, salvo por el olor a papel y esas cosas románticas que todavía nos importan a unos cuantos, pero básicamente el *e-book* es una experiencia de lectura que se parece mucho a la tradicional, que ya tenemos sabida y conocida.

También existen los audiolibros, pero tampoco me voy a detener en ellos porque para eso está Javier Celaya, quien es el que sabe más del tema. El audiolibro, esencialmente, es como escuchar un texto leído por otra persona. ¿Y por qué eso sería importante? Porque en esta ciudad, por ejemplo, pasamos mucho tiempo en el coche y, mientras manejamos —debemos estar concentrados— nos es imposible ver el *smartphone*, los mensajes de WhatsApp o los tuits. Entonces, ¿qué podemos hacer? Escuchar en la radio las noticias, al de al lado hablando o libros. Si sumara todas las horas que paso en el carro debido a los congestionamientos, quizás ya me hubiera leído toda la biblioteca de Alejandría. Pero no, no he podido aprovechar bien el tiempo porque todavía no existían aplicaciones como Storytel, que en realidad es una gama de libros leídos en voz alta por personas; hay temas, géneros, autores, ya Javier nos hablará más de eso. Ya no es solamente un libro, sino alguien que me está leyendo, es una manera intermedia de leer.

Hay lecturas electrónicas a la carta. Intuyo que todos o la gran mayoría de quienes estamos aquí sabemos lo que es Netflix, la plataforma en la que podemos ver series, películas o documentales. Todo está ahí. Si necesitamos interrumpir su reproducción, lo hacemos para verlas cuando queramos, o incluso tenemos la posibilidad de compartirlas con más gente. Bien, hay una serie de aplicaciones que hacen lo mismo, pero con libros. Son menos conocidas, y por eso a mí me gusta mucho hablar de ellas para que se puedan difundir. Aquí les presento dos de muchas más que funcionan de manera similar: Leamos y Bookmate. Se paga un precio, una cuota mensual, y se tiene acceso durante un periodo determinado para probarlo gratuitamente y compartirlo con más usuarios (para leer al mismo tiempo). Existen categorías por autor, género, país, idioma —¡que no es poca cosa!—, y eso es muy útil, sobre todo para aquellas poblaciones que no cuentan con muchas librerías o con una buena distribución. Con esas *apps* se puede leer una buena cantidad de libros —hablo de miles— que no

nos daría tiempo —ni siquiera sin hacer otra cosa en todo el día— de terminar hasta que muriéramos. Esas lecturas electrónicas a la carta son opciones de las que disponemos hoy. Sería bueno que —puesto que todos conocemos Netflix— también supiéramos de esas otras opciones que hay sobre libros.



El problema es el mismo que hay en toda la red: existe tanta información, tanto dato inútil que nos resulta difícil llegar a esas buenas recomendaciones, ¿cómo hacerlo? Lo que voy a intentar es dar algunos ejemplos de cosas interesantes que se están haciendo. Me gustaría que eso los pudiera inspirar para adaptarlas a ustedes. No se trata de hacer lo que ellos hacen, pero sí de que digan: “Si ellos pudieron, pues a mí también se me puede ocurrir algo desde mi aula”. La intención es darles herramientas para acercarse a sus alumnos y establecer ese puente que a veces separa dos precipicios: la tecnología y el salón de clases.

¿Cómo elegimos nuestras lecturas o de qué manera nos llegan esos títulos? Antes era gracias a la gente que nos los obsequiaba o al profesor que nos pedía leer un libro en el aula —nos lo recomendaba—. Había revistas especializadas en literatura que nos decían: “Este es bueno, este malo”. Ahora, ¿cuá-

les son los recomendadores de la red?, ¿quiénes están sugiriendo qué leer o cómo puedo tener acceso a esas personas que tienen mis mismos gustos, con las que me siento afín, en las que puedo confiar para atreverme a experimentar otras lecturas que de otra manera no me llegarían? Así es como surgieron aplicaciones como estas.

La mayoría de nosotros contamos con teléfonos inteligentes, con Twitter, Facebook, WhatsApp, con un montón de aplicaciones, pero ¿qué pasa con las que están relacionadas con los libros? Goodreads, por ejemplo, apareció en San Francisco, en 2006, y básicamente se trata de comentar, reseñar, recomendar y compartir lecturas. Es una red social como otra cualquiera, en la que uno no conoce a la mayoría de la gente que está ahí, y cuya única condición es compartir lecturas, cosas que te han gustado o no. Compartir y reseñar, publicar sinopsis y también, ¿por qué no?, colgar ciertos textos que nos hemos atrevido a escribir. Goodreads es una de las que más me gustan; sin embargo, tiene una desventaja-ventaja: está en inglés. Prácticamente todo lo que se comparte ahí está hecho en inglés y si ustedes son buenos con ese idioma será fenomenal, pero si es al contrario no sabrán ni por dónde empezar. Yo considero que es muy buena opción para acercarse a libros y luego, incluso, buscarlos traducidos a nuestro idioma.

Del mismo modo, hay obras creadas para formato digital. Ya dijimos que los *e-books* eran como los impresos, con muy pocas modificaciones; en lugar de leerse en papel, se leen en una pantalla. ¿Qué pasa con los títulos que están hechos exclusivamente para la red? A esos se les añade música, sonidos, movimiento —que aparece de manera cronológica—; ya no son textos con los cuales yo decido cómo avanzar, más bien es el libro mismo el que me permite experimentar, hacer más sensorial la lectura. En ese caso hay varios y muy buenos ejemplos. Hay muchos para compartir en lenguas indígenas, y eso también es importante para las zonas rurales porque, de otra manera, las editoriales no se

aplicaciones

comentar
recomendar
reseñar
compartir



atreven tanto con títulos que están al margen de los circuitos comerciales y no se pueden amortizar. Digamos que esas nuevas plataformas están dando lugar a la producción de títulos como esos, a los cuales es más difícil tener acceso.

Por otra parte, tenemos a ELO (Electronic Literature Organization) —perdóname, Ross Todd, por mi inglés—, una aplicación que, fundamentalmente, es como una revista electrónica semanal, la cual ofrece fragmentos de ficción escritos por gente muy reconocida, viva, que colabora en ella por encargo; los textos llegan automáticamente a tu dispositivo (teléfono, tableta, entre otros), buzón electrónico o lo que uses para conectarte a la red, con el fin de engancharte con algo y, tal vez, por ahí se dé una lectura más profunda. Esos picoteos —como se llaman ahora— están pensados para atraer el interés, especialmente, de los jóvenes. Hay una modalidad más en la que, si te gustó mucho algún relato, puedes mandarlo a imprimir y te lo envían a casa, es una aplicación que hicieron tres socios en Chicago y también está a disposición en la red.

En cuanto a los dispositivos para la lectura, Google Home —que es un altavoz inteligente—, en colaboración con Disney, desarrolló una función que permite sincronizar la voz de quien está leyendo algo con una historia. En YouTube pueden encontrar un video al respecto, en el que un papá le está contando

“Coco” a su hijo, quien aún no lee pero sigue la lectura con él. Lo que hace este altavoz con asistente inteligente es agregar el sonido de lo que sucede en la narración, al reconocer la voz de la persona que la está leyendo; por ejemplo, si se habla de que los personajes van a la feria, entonces se escucha el ambiente de esta; si se hace referencia a un concierto, pues se oye la música o la canción mencionadas; si se cruza un río, pues lo mismo. Este aparato completa la experiencia lectora, mientras el niño aún no es capaz de leer por sí mismo; posteriormente, cuando pueda hacerlo, hasta podría sincronizar su propia voz y ser él mismo el narrador. De alguna manera, se están desarrollando dispositivos que acompañan la práctica de la lectura, y es importante, sobre todo, para los niños más pequeños. Es útil, divertido y atractivo, incluso para los padres.

También tenemos inventos. A mí me gusta mucho el de María Popova —quien actualmente tiene 34 años y vive en Nueva York—, una búlgara que trabajaba en una agencia de publicidad y se dio cuenta de que sus compañeros estaban viendo reducida su capacidad creativa porque siempre hablaban de temas relacionados con el trabajo; se compartían lo que hacía la competencia y casi de manera permanente se encontraban encerrados en un círculo del que les era difícil salir, por lo que su creatividad se estaba viendo mermada. ¿Qué hizo ella? Empezó a compartir con ellos cinco noticias que no tenían relación con la publicidad para hablar de otras cosas, para abrir ventanas a otras realidades, y de ese modo llegó la creación de este *brain picking*; es decir, al envío de contenidos en formato de *newsletter*, de un boletín informativo que les llegaba los domingos. Lo que Popova hace es compartir noticias. Ahora, sus 200, 000 seguidores en Twitter la han hecho cambiar un poco esas reglas de periodicidad, pero aprovecha los temas de actualidad para abrir el horizonte a otras cosas. Lo que consiguió en esa agencia fue que la gente pensara en algo más que su ombligo, mostró que el mundo es muy amplio y que en él pasan muchas cosas, lo que aumentó la productividad de la empresa, que salió ganando y también los empleados.

¿Qué comparte María Popova? Hoy no he checado, pero ayer se celebraba el cumpleaños de la poeta Maya Angelou —que cumpliría 91 años este 2019—, y como es el mes de la poesía, abril, ella ha dedicado estos días a compartir cosas relacionadas con la poesía. Maya decía que una biblioteca es un arcoíris entre las nubes, y yo coincidí con eso. Popova comparte un corto hecho a partir de un poema de Charles Bukowski llamado “Bluebird”. Habla del poder político de la poesía; aprovecha algo coyuntural para abrirle el panorama a sus seguidores, para hacerlos pensar en cosas diferentes que los hagan salir de su cotidianidad. Es una manera, también, de que a esas conexiones neuronales les suceda algo. Eso es *brain pickings*, y desde luego es importante.



Ahora vamos con *fan-fiction*³. Estoy casi segura de que conocen esta serie de libros; bueno, las dos. Es una literatura absolutamente *no*. Es lo que decía antes María Teresa. Se están llenando muchísimo estas ferias, y digamos que toda la gama editorial, de estas publicaciones que en realidad nacieron de *fan-fiction*; es decir, ficciones hechas por fans.

³ N. del T. *Fan-fiction*, en inglés, es un término para designar textos de ficción derivados de alguna obra original creados por aficionados a la misma.

Está el caso de *After*, de Anna Todd, una chica de Ohio que tiene menos de 30 años y está casada con un soldado que parece ser que siempre está peleando en Medio Oriente, entonces lo que ella hace es escribir historias basadas en su amor platónico —que no es su marido, porque él no es platónico—, Harry Styles, de One Direction, una banda que seguía mucho. Anna convirtió a Harry Styles —a quien yo tuve que *googlear*, y ahora sé que está muy guapo— en Hardin Scott, el protagonista de estas novelas. *After* lleva once títulos en el mercado y me parece que se estrenará —no sé si esta semana o la que viene— la película basada en esa historia. Parece que Anna Todd no se aburre tanto en su casa porque está muy entretenida en todo esto. Pero lo que en realidad hacen los *fans-fiction* es hacer historias paralelas de las que ya son conocidas. Tú lees un libro, ves una película, lees un cómic y no te gusta el final, entonces le inventas otro. ¿No te gusta cómo le dan seguimiento a un personaje secundario?, pues lo conviertes en protagonista de otro libro. Se pueden hacer historias. *Harry Potter* lleva, hasta ahora, 804,000 historias paralelas, y yo no sé qué piense la señora Rowling, desde luego, pero de que se están haciendo versiones, se están haciendo.

Y el caso archiconocido de *50 sombras de Grey*, de la señora E. L. James, quien fue a ver la película *Crepúsculo* con sus hijos adolescentes, le pareció una ñoñería de historia de amor, y ella llegó a su casa y empezó a ponerle un poquito más de picante, ¿verdad?, a toda esa historia de erotismo. ¿Es buena literatura? No. Ahí yo creo que pecaron un poquito las editoriales de aprovechar un poco el empuje de estas historias y de todos los seguidores que tenían, y no se dieron a la tarea de convertirlo en buena literatura. ¿Qué pasó? Que captó. Treinta y un millones de ejemplares vendidos significa que hay 31 millones de personas que se sintieron atraídas por la historia. ¿Qué hay que hacer con eso, según yo? Ofrecerles literatura erótica de calidad —porque la hay—, y entonces, después de esto, pues dales a conocer al Marqués de Sade para que de verdad se les ponga la piel chinita.

Hemos conseguido lectores, hemos construido, quizás, una manera de acercarlos a los libros, de crear un hábito de lectura. ¿Qué necesitamos ahora? Que de verdad disfruten y que sea enriquecedora y transformadora. ¿Se puede! ¿Todos lo van a lograr? No, la mayoría no, pero es importante también saber que eso hace que la gente esté corriendo a las librerías. ¿Nosotros qué debemos hacer? Buscarle una utilidad, porque no van a dejar de comprarlo ni de leerlo. Nosotros podemos convertirlo en algo que sea realmente útil para ellos.

Los *booktubers* ya los mencionó María Teresa, no me voy a detener tampoco aquí, pero ellos son los tres más famosos de México. Digamos que Raiza Revellés —quien tiene un millón y medio de suscriptores en su canal de YouTube— empezó hablando de maquillaje; un día, leyó *El cazador de sombras* y su hermana era muy pequeña para compartirlo, por otra parte en su salón de clases nadie leía. ¿Qué hizo ella? Grabar un video en su casa y compartir durante 15 minutos lo que le había pasado con ese libro que le había gustado tanto. Quince minutos en una época en la que queremos que todo sea de 30 segundos, máximo un minuto, porque nadie más te va a leer, así que me parece que es interesante saber el fenómeno que pasó ahí. ¿Ellos qué hacen? Tomaron el control de sus gustos, dijeron: “Las campañas de promoción de lectura no me están sirviendo de nada, yo voy a hablar de lo que me gusta”, y estos chicos están compartiendo lecturas. ¿Cuál es —a mi modo de ver— un poco el pecado que han cometido? (¡Que no me oigan!) Que se convirtieron en escritores. Con 19 años los pusieron a escribir historias, en el mejor de los casos las escribieron ellos, pero se están convirtiendo en los libros más vendidos. Entonces, están acaparando las ferias del libro y, mientras ellos tienen estos salones —como decía María Teresa— en los que casi casi hay que custodiarlos y sacarlos en helicóptero, al lado tenemos unas salas con unos personajes increíbles hablando de poesía, de reflexión literaria, que están vacíos. Necesitamos hacer ese vínculo para que alguno de allá se pase para acá, o

bien que para cuando sigan creciendo les interese ser más exigentes y pasen al otro lado para saber qué más hay aparte de eso.



Ellos recomiendan buenos libros. Tengo que decir que a mí me sorprendió ver que sí, que en realidad sí tenían buenas recomendaciones. El problema era que dieron el salto sin estar todavía preparados, y me parece que —aunque se están compartiendo gustos por la lectura— necesitamos ver cómo engancharlos a otro tipo de textos. Pero, de que está pasando, está pasando. Ellos se han convertido en los mejores recomendadores de lectura del país. Están consiguiendo más de lo que nosotros hemos logrado con miles de campañas de lectura. Hay que acercarse a ellos, hay que ver qué les gusta, hay que invitarlos aquí para que vengan y vean qué compartimos nosotros y a ver qué les atrae.

Lo último, los *blogs*, que son sitios en los que todo el mundo puede escribir y compartir —porque algo que nos pasa cuando leemos es que podemos, también, compartir escritura—. A todos los que nos gusta leer terminamos queriendo invitar a la gente, entonces sale la idea de escribir, y los *blogs* se han convertido en algo que podemos hacer de manera democrática. Hay uno sobre viajes, Maptia, en el que está Ella Frances Sanders, quien comparte lo que va descubriendo en sus recorridos. Lo que ella ha visto, por ejemplo, algo que le ha sorprendido mucho, es todo el vocabulario que no existía en su idioma na-

tal, que es el inglés. Entonces, escribió este libro para poner esas 50 palabras que no tenían traducción en su lengua. Lleva más de 5 millones vendidos —algo bueno tendrá— y, desde luego, lo que hizo fue poner el dedo sobre lo que le gustaba a la gente y lo que ella podía disfrutar. Lo compartió en un *blog*, salió de su casa con su mochila a cuestas, etcétera.

Como se me acaba el tiempo en esto, no me voy a extender. Ahora sí que voy a hacer como Paco Umbral: no vine hablar de mi libro, pero mi libro —que está ahí afuera— habla mucho estos fenómenos que consisten en ligar lo lúdico con lo docente. Es decir, cómo usar las redes para enganchar a los chavos desde el salón de clases para que lean, disfruten y se enganchen, y lo hagan usando la técnica que tienen a la mano, que son las redes.

Lo que ven aquí son algunos de esos fenómenos que nacieron en la red y que, de alguna manera, nos funcionaron y siguen funcionando porque ahora mismo, si ustedes se meten en Twitter en el número 2019, están compartiendo miles de personas una lectura grupal de la *Ilíada*.

Me imagino qué hora van a salir más preguntas y más diálogo entre nosotros, pero básicamente, como conclusión, están pasando cosas interesantes en la red. Las redes no han venido solamente a destrozarnos. No son malas, sí tienen cosas malas y cosas muy buenas. Vamos a difundir las buenas, vamos hacer las paces con nuestros alumnos para usar las técnicas que a ellos les gustan, pero desde un lado en el que a nosotros nos interesa darles la información que disfrutaban. Entonces, hasta ahí estas nuevas formas y estas nuevas experiencias lectoras y los dejo con los audiolibros. Gracias.



JAVIER CELAYA

El auge de la palabra hablada:
otra forma de leer

Muchísimas gracias a la Fundación SM por invitarme a volver a México. Adoro este país, me pueden invitar todas las veces que queráis. Me voy mañana, y ya tengo ganas de volver, o sea, que espero volver pronto.

El video que han puesto es el precio que se paga por sentarte en primera fila (se refiere a un video transmitido al inicio del panel). Estaba en la Feria del Libro de Londres hace dos semanas y fuimos a un musical, sentado en primera fila, y Diana Ross me invitó a cantar en el escenario. Menos mal que me dijo otras cosas porque, como habéis visto, lo de cantar no es lo mío. ¡Fue una experiencia!, la verdad.

De lo que voy a hablar hoy con vosotros es sobre el auge de la palabra hablada, esta nueva forma de leer, y voy a compartirles una serie de reflexiones, sobre todo para que pensemos de una manera más amplia y veamos este nuevo formato que en otros mercados, como Estados Unidos o Inglaterra o Alemania, llevan 20 o 25 años formando parte de la familia del mundo del libro.

Está el libro de papel, el libro electrónico y ahora los audiolibros, pero en los mercados hispanos había una especie de leyenda urbana de que el audiolibro nunca jamás iba a funcionar en este mercado porque, hace casi 20 años, Alfaguara lo intentó y, desde mi punto de vista, se adelantó a los tiempos porque hizo una producción maravillosa. Como buenos latinos que somos, cuando algo no funciona inmediatamente decimos que fracasó y ya —tajantes, como solemos ser—, nunca íbamos a tener audiolibros o leer por medio de ellos en nuestros mercados, ¿no?

Vivimos en un mundo muy textual, y se nos olvida muchas veces que el papel no es más que una tecnología. Hace 500 años que la imprenta fue inventada por un gran innovador, Gutenberg, y dio la pauta para que, mediante esa tecnología y el papel, tuviéramos acceso al conocimiento —en el caso que estemos hablando de libros educativos—, o al entretenimiento —si estamos hablando de la literatura o de libros de ensayo—. Verdaderamente nos adentramos en un mundo

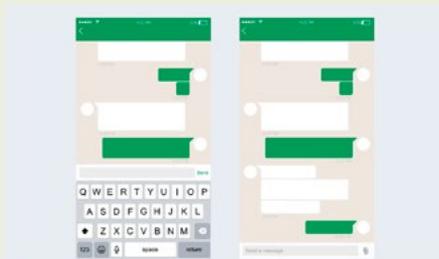
muy visual y muy sonoro. Lo estamos viendo todos; en nuestras vidas, el sonido y la imagen forman parte de nuestras vidas cada vez más.

Es viernes por la mañana. Habéis estado aquí ya casi dos días, no quiero crear ansiedades indebidas, sobre todo en las personas que adoran el formato de papel porque los tres formatos van a convivir. Nadie va morir y, por lo tanto, vamos a leer en los tres de manera combinada. ¿Cuál de ellos, en el siglo XXI, va a ser el dominante? Desde mi punto de vista, van a ser los formatos digitales. Hasta ahora, ha sido el de papel, pero en la era digital que nos ha tocado vivir las cosas cambiarán.

Ya lo estáis viendo vosotros día tras día. Hace diez años, buscábamos en Google —y en otros exploradores similares— tecleando lo que queríamos y hablábamos como robots: “Restaurantes buenos en Roma”. Teníamos un pequeño robot, y hoy, gracias a la evolución de la tecnología sonora, tenemos una relación con las máquinas mucho más humana y natural. Le decimos: “¡Oye!, estoy en Roma. Me gustaría un buen restaurante mexicano por la zona, que no esté a más de 2 kilómetros de distancia porque no me apetece andar mucho”, y la máquina te responde de manera tal.

Hace cinco años, WhatsApp nació para sustituir a los famosos SMS. Era una herramienta muy textual. En menos de cinco años —sobre todo los jóvenes, como vemos— lo utilizan para enviar mensajes de voz. Hoy, vemos a mucha gente en la calle hablando como con una cartera. ¿Y qué cosas están pasando, que ya no nos apetece llamar por teléfono a nadie!? Siempre nos costaba llamarle por teléfono a la madre porque sabíamos que nos iba a echar una buena bronca, pero ahora nos traspasamos la comunicación por medio de pequeños mensajes de voz.

WhatsApp nació muy textual, pero se ha transformado en mensajería de voz



El uso diario de la mensajería instantánea casi duplica al de llamadas por móvil y fijo
Un 60% de la población envía mensajes instantáneos varias veces al día, mientras que un 24% llama por móvil

Estamos viendo lo que seguimos llamando prensa escrita, pero que ahora son medios que están utilizando lenguajes como el video o el sonido para hacer su labor informativa, que ya combina los tres lenguajes. Si entras en *Milenio* —aquí, en México— o en *El País* —en España— ya casi parecen portales de televisión o de radio. Por supuesto que hay texto, pero estamos viendo cómo el video y el sonido están teniendo cada vez más peso.

Como comentaba Laura, a esos nuevos dispositivos de asistentes de voz los veremos más en nuestras casas, y ya editoriales como Penguin Random House acaban de sacar en estos dispositivos una pequeña aplicación que se llama Skills, con la cual los padres pueden contar cuentos a sus niños en casa. ¿Cuántas veces habéis tenido que repetir el mismo relato a tu hijo, hasta que se quede dormido? Pues gracias a estos nuevos cacharritos les ponéis el cuento, les ponéis la función de que repita hasta que se duerma y os vais al comedor. Os estoy dando aplicaciones útiles para este fin de semana, en el caso que ten-gáis algún hijo.

Algún docente también me ha dicho: “Oye, Javier, ¿y lo puedo utilizar en el aula?, ¿me grabo una vez, lo reproduzco y me voy a la cafetería?” De eso no se

trata. Ya habrá alguno que lo intente, pero eso ya es una realidad que veremos cada vez más. Y aquellos que me dicen: “¡Javier, qué frío eres!, una voz sintética hablándole a mi niño”. La tecnología te permite, si quieres hacerlo, grabarlo la primera vez con tu propia voz con toda tu emoción, y luego se repetirá hasta que el pequeño se duerma.

También existen ese tipo de *apps* para leer o escuchar. ¿Cuántas veces os ha ocurrido que vais en el autobús o que estáis en un momento determinado y os llega un artículo muy interesante pero no tenéis tiempo de revisarlo? No es como el famoso “lo pongo en la mesilla de noche para leer”. Yo lo mando a esta aplicación que se llama Pocket, y ya cuando tengo tiempo me meto en un avión de vuelta —por ejemplo, el de mañana a las 12 horas— y lo leo (ya tengo por ahí un montón de artículos que quiero leer o escuchar). Esas aplicaciones están hechas por pequeños robots. Ayer, Rosa nos hablaba de que ya en su imaginario tiene todas estas voces que le hablan. Yo tengo un pequeño robot que me habla, y para que tengas la primera experiencia de robots que os hablen, voy a ponerles un pequeño ejercicio de escuchar algunos archivos, de los cuales uno de ellos ha sido grabado con una voz humana y otra con una sintética, la de un robot.



Os voy a pedir que, por favor, cerréis los ojos. para agarrarles las carteras. Va a pasar ahora el equipo del grupo SM a financiar el evento del año que viene. ¿Tenéis los ojos cerrados? Es que no se ve nada en este escenario. Le voy a pedir al equipo técnico que me ponga el primer archivo, por favor.

Audio 1: “Había una cama en la acera. Desde el cruce al final de la calle se veía que había una cama delante de nuestro portal, alguien que se estaba mudando al bloque o del bloque; algo que cortaba el paso, pero hasta que estuve muy cerca, hasta que ya estaba entrando, no vi que era nuestra cama”.

Levantad la mano, por favor, todas aquellas personas que penséis que este archivo ha sido grabado con una voz sintética. ¡Bastantes manos!, del resto supongo que no habéis levantado la mano porque sospecháis que a lo mejor ha sido grabado con una voz humana. Pasemos, por favor, al segundo archivo. Volved a cerrar los ojos, agarrad las carteras.

Audio 2: “Los tres lémures traviesos no querían dormir. ‘Dormir es aburrido’, dijo uno. ‘Vamos a quedarnos hasta el amanecer’, exclamó el otro. El primer lémur quería pasarse la noche saltando en la cama. Saltó y saltó hasta que se cansó tanto, que cayó rendido en la almohada. El segundo quería pasar la noche comiendo. Comió y comió. Se llenó tanto, que tuvo que descansar antes del postre. Se tumbó frente al fuego y no se levantó hasta el desayuno. El tercero quería escuchar cuentos. Le pidió a su asistente de Google que le contara un cuento, y cuando terminó, la asistente de Google se había dormido”.

Levantad la mano todas aquellas personas que penséis que este archivo es el que ha sido grabado por una voz científica, por un pequeño robot. ¡Hay menos manos, pero hay muchas! Normalmente hago más teatro, habrán visto que el escenario es lo mío, pero como voy a respetar los tiempos os adelanto la solución: los dos archivos han sido grabados por voces sintéticas. Uno es de hace dos años. El primero que se escucha, muy robótico, se parece a *Siri* como cuando vamos en el coche y le pedimos que nos dirija hacia un sitio en particular de

la Ciudad de México; el segundo ha sido grabado hace apenas seis semanas. El maldito robot casi respira. ¡Lo que nos va tocar ver y vivir en esta era digital!

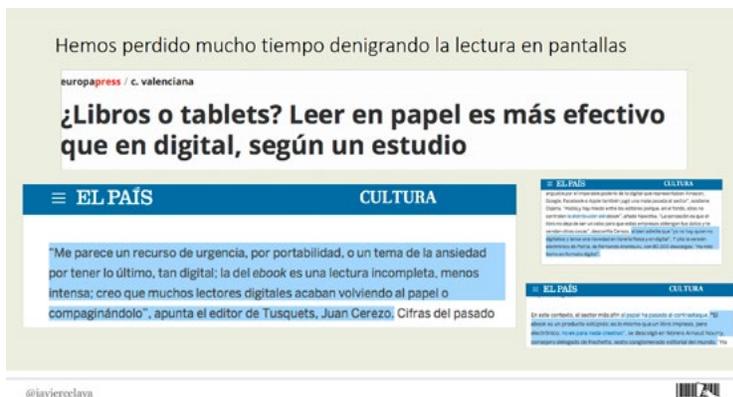
Esta época en la que nos ha tocado vivir y que a mucha gente le crea ansiedades, a mí me parece fascinante, la verdad. ¿Cómo podemos fomentar la lectura, que eso es lo verdaderamente importante y de lo que trata este congreso? Vamos a aprovechar todas esas ventajas de los formatos a los que Laura nos ha introducido. Hasta ahora, yo decía que leía en pantallas ya casi todo —novelas, literatura, ensayos, artículos—. Es cierto, por pura comodidad. Y decía que únicamente el género de la novela gráfica lo seguía viendo en papel porque admitía que, tecnológicamente, la experiencia de lectura de la novela gráfica en pantalla no mejoraba y llegaba casi a aniquilarla, hasta que hace tan solo un par de semanas, me encontré con una que es una preciosidad para verse en el monitor; tiene texto, sonido, movimiento, una historia bella sobre los refugiados que tuvieron que salir de Vietnam y, verdaderamente, en este mundo cambiante empiezo a pensar que a lo mejor también la novela gráfica la leeré próximamente en pantalla.

Estamos viendo a través de esos dispositivos que duermen y viven con nosotros. Durante esta semana que he estado en México, por ejemplo, las últimas estadísticas que sacó este gobierno es que ya 68% de la población mexicana tiene un teléfono celular, y que estáis plenamente conectados; en España tenemos más celulares que españoles, según las estadísticas de nuestro gobierno: ¡hay 57 millones de dispositivos inteligentes y 45 millones de españoles!; por lo tanto, hay varios millones de españoles con doble ansiedad.

Estoy viendo que, en algunas partes del mundo del libro, supuestamente, el formato papel va hacer ese momento de desconexión, de refugio, en el que me voy a meter en mi casa y voy a leer. Va a ser ese momento amish, digamos. Realmente, creo que cometeríamos un error si dejáramos la lectura para un momento amish. Por supuesto que es maravilloso, es una pausa de sano

aislamiento, pero lo que tenemos que promover es que se lea en todas partes, todo el tiempo, en cualquier lugar y formato. Si abogamos por ese tipo de lectura, estamos defendiendo que otras maneras de entretenernos, de dar los conocimientos y de traspasarnos información suplan a lo que hemos estado haciendo desde hace más de 500 años.

Cuando llegaron los libros electrónicos —hace una década—, perdimos muchísimo tiempo por esa clase de debates —desde mi punto de vista, absurdos—; que si supuestamente la lectura en pantallas era inferior porque no te concentrabas o no entendías lo que estaba pasando. Hemos visto declaraciones de editores, de autores, de un montón de gente que, verdaderamente, a mí me asombra por su incoherencia, pues si el señor editor piensa así, entonces que no publique en digital. Supuestamente, está dando un producto malo. O sí, tú, autor, consideras que no debe salir tu obra más que en papel, no vendas los derechos digitales para beneficiarte de esos formatos.



Afortunadamente, han empezado a salir ya múltiples estudios en los que se demuestra que la lectura en pantallas —desde el punto de vista de la comprensión lectora— es similar a la del papel, y del que les hablo es un metaestudio que se ha hecho en la Universidad de Valencia, que al parecer se ha comparti-

do este año aquí, en este congreso, pues se ha mencionado tres veces. Ya sabéis que, en términos académicos, el metaestudio es el análisis de múltiples estudios, y este consideró 57 investigaciones internacionales sobre la comprensión lectora en papel versus pantallas. Y aunque los humanos somos muy papeleros, los hallazgos del estudio indican claramente que, en la lectura de los textos narrativos, lineales, cuando hablamos —como lo hacemos aquí— de literatura, ensayo, novela, la comprensión es idéntica a la del papel. (Cuando os entreguen la presentación, tendréis incluidos todos los enlaces con las cuentas correspondientes.)

Además, las investigaciones más recientes indican que el lector en pantallas es un lector excelente. La Federación de Gremios de Editores de España acaba de sacar este estudio a principios de año; desgraciadamente, llevaban un lustro sin publicarlo por la maldita crisis que hemos vivido, pero ya han conseguido un poquito de dinero para volver a pedir la investigación, y los resultados indican que el promedio de lectura de las personas que leen en pantallas es de 13 libros y medio al año, mientras que el de los que lo hacen en papel es de 11 y medio; además, los lectores en pantallas suscritos a plataformas tipo Netflix —por las que pagáis una mensualidad de ¿yo qué sé, unos 150 pesos mexicanos?, que es más o menos el costo en España— tienen la posibilidad de leer de manera ilimitada, y su promedio de libros leídos se eleva, como veis, hasta 20 al año.



Ya nos gustaría tener en papel los índices de lectura que estamos viendo en las pantallas. Sospecho, por lo tanto, como buenos humanos que siempre cometemos los mismos errores, que volveremos a tener todo un debate acerca de si leer y escuchar audiolibros es lo mismo —claro, si verdaderamente nos concentramos, porque cuando escuchamos un audiolibro podemos estar caminando o haciendo deporte y quizás hayamos entendido o no lo que oímos—. Supongo que vamos a tener toda esa discusión; sin embargo, lo más importante para mí es reconocer que son dos procesos, sin lugar a dudas diferentes, pero complementarios. Ninguno es mejor ni peor que el otro, y ambos nos llevan a un mismo destino: fomentar la lectura. Cada uno de ellos, pero específicamente los audiolibros —por la naturaleza de su tecnología y, sobre todo, porque somos humanos— no nos deberían resultar irrelevantes; que no se nos olvide que nacemos codificados para escuchar, luego aprendemos a leer y a escribir, y eso es maravilloso, pero pasamos nueve meses escuchando a nuestra madre en su cuerpo y luego salimos, y el resto de nuestras vidas escuchamos nuestras voces internas que nos vuelven locos y ahora, próximamente, hasta las de los robots que nos van acompañar.

Me parece muy interesante, como español, tras descubrir los audiolibros, darme cuenta de que he leído a los autores de América Latina de una manera muy deficitaria, cuando lo he hecho en papel, en la mente —en mi caso, de español, con mi español de España, con este acento ibérico que tenemos tan profundo—, pero un libro de García Márquez o Vargas Llosa narrado por una voz latina me adentra en la historia, entiendo mejor el contexto y a los personajes. ¡Eso es maravilloso!, porque ese imaginario que nos da el libro en papel, es más envolvente en el audiolibro —por su contextualidad sonora.

En Alemania, ese país casi perfecto, según nos cuentan, donde todos son santos, rubios y todo funciona, los propios editores y libreros publicaron este año, en la Feria del Libro de Frankfurt —que ya sabéis que, si trabajáis en el

mundo del libro, es como La Meca—, un estudio que intentaba analizar cuántos lectores se han perdido con la llegada de Netflix al mercado. Alemania era, hasta ahora, un mercado de 36 millones de lectores, con una media de 14 libros al año, pero gracias a la irrupción de esas nuevas plataformas —Netflix, HBO, que se nos olvida que cuentan historias maravillosas en su formato, en este caso audiovisual— ha perdido 6 millones.

A mí me gustaría, en este caso, aquí en México y en España, que las editoriales hicieran ese tipo de estudios para ver, realmente, a qué nos enfrentamos y cómo nosotros, como industria del libro, podemos recuperar o crear nuevos lectores utilizando los nuevos formatos. En la era digital, ya no es posible fomentar la lectura utilizando tecnología del siglo XX. Si queremos hacerlo, si queremos tener y crear lectores, debemos utilizar la tecnología que nos ha tocado en esta era. Ese es el reto que tenemos, y ahora estamos viendo en Storytel, por ejemplo, que 50% de los suscriptores de la plataforma —850,000, que no son pocos— en el último año no había leído ni un solo libro en papel. No estamos —a ver si lo digo en castellano— *canibalizando* lectores de papel, sino que son personas que por equis motivos —falta de tiempo, porque ahora, quizás, se dedican más a ver esas plataformas de *streaming* que he mencionado, o porque acaban de tener hijos o lo que sea— no pueden leer, y nosotros los recuperamos porque, como sabéis, esta tecnología te permite escuchar en diferentes momentos.

Además, los estudios indican que los oyentes o lectores de libros —como los queráis llamar— son excelentes lectores —ya lo vimos en las estadísticas de los estudios de los libros electrónicos—. Acordaros de que leen hasta 20 libros al año. En plataformas de audiolibros, leen hasta dos o tres al mes. Nosotros aquí, en México, tenemos una media de lectura de dos audiolibros al mes. Los audiolibros en Storytel, como media, duran seis horas. Entonces, tenemos un compromiso lector de entre 12 y hasta 20 horas mensuales. Ya nos gustaría

verlo en formato papel. Y, como veréis, leen bien. No leen géneros, por así decirlo, solo de entretenimiento. En México, la quinta categoría más leída es *Clásicos contemporáneos* y la primera es *No ficción*. En España es puro entretenimiento. Últimamente estamos muy comodones en España y así nos va. Pero aquí en México, para mí, ha sido una de las gratas sorpresas que la primera categoría de lectura sea *No ficción*, que presenta temas de actualidad, biografías, historia. La segunda categoría es *Infantil y juvenil* y, como decía, la quinta es *Clásicos contemporáneos*. No leen nada mal y, otra cosa muy sorprendente, mucha gente siempre atribuye este formato a personas con discapacidad, y ¡bienvenidas sean, por supuesto!



En el *prime time*, la sesión de mayor lectura es de 10:30 a 12 de la noche. Les cuento una pequeña anécdota: cuando abrimos aquí, en México, el pasado noviembre, en Guadalajara, al cabo de dos semanas me llamaron de Suecia para decirme que no tenían en cuenta los datos que salían en mi ordenador porque había un error. Había mucha gente en México atendiendo a la *app* a las 10:30 de la noche y hasta las 12. En Suecia cenan a las seis, a las ocho están en la cama. Y así leen tanto. Ellos pensaban que había un error informático, pero lo que ocurre es que antes mucha gente se llevaba el libro en papel a la cama, ahora todos nos llevamos el celular y dentro de esas sesiones que hacemos en cama la gente está escuchando, en este caso, nuestros audiolibros.

Como reflexión general, un libro es un libro independientemente del formato. Una lectura es una lectura, independientemente del formato. Hemos perdido mucho tiempo en el sector, creo, con ese debate sobre si es mejor o peor. Desde mi punto de vista, como he intentado compartir con vosotros, son dos caminos que nos llevan al mismo destino: fomentar la lectura. Y si queréis una primera experiencia de audio, os recomiendo entrar por esa puerta de entrada. Esas son historias que han nacido en audio para ser leídas en audio. No tienen versión papel ni versión digital. Son autores que se han animado, como reto creativo, a hacer una historia que se va a leer en voz alta.



Ya sabéis que en la industria del libro todo lo que podemos vender lo vendemos. Puede ser un recorrido comercial en papel y en formato digital, pero su primera expresión creativa es formato audio, y esas historias nacen un poco de lo que estamos viendo en los últimos años, de la manera en que nos cuentan historias estas plataformas como Netflix y HBO. Son historias que están divididas en episodios de una hora de duración cada una. Durante ese periodo ocurren muchas cosas. Tienen una trama muy rápida, con personajes y mucha conversación. No puede haber mucho *flashback* porque se debe tomar en cuenta que tú estás oyendo el audiolibro y haciendo cosas, o a lo mejor ya es-

tás en la cama y con el *flashback* te pierdes, pero también tiene mucho enriquecimiento sonoro, desde el punto de vista de que hay sonidos que hacen que esa lectura te adentre porque, además, si habla de la tormenta de verano, escuchas el ruido de la tormenta de verano. Son como las famosas radionovelas que escucharon otras generaciones, pero ahora con estas tecnologías, y cada vez que terminas un episodio se deja una puerta abierta para que tengas esa ansiedad indebida de que debes descargar el siguiente, porque no puedes esperar hasta la próxima semana.

Os invito a conocerlo para que tengáis vuestro propio criterio. En ese pensamiento crítico en el que siempre abogamos por la lectura, si vais hablar de los audiolibros en positivo o en negativo —porque a lo mejor no os gusta y no pasa nada, no os convence, no os atrae— antes de decidirlo, escúchalo para que tengáis vuestro propio criterio. Muchísimas gracias.



ROSS TODD

El papel transformador de las bibliotecas escolares en las escuelas del siglo XXI



Buenos días. Estoy muy avergonzado porque hasta ahí llega mi español. Lo siento, pero como australiano que ha vivido 20 años en Estados Unidos, es una alegría para mí volver a la Ciudad de México. He viajado por muchos de sus hermosos espacios y me encanta. Volveré otra vez. Lo que es aún más emocionante es que haya educadores de Estados Unidos aquí, para participar en nuevas ideas, en las mejores prácticas. Agradezco a SM por esta oportunidad.

Voy a hablar sobre las bibliotecas escolares y tal vez piensen que es una noción del medioevo, pero quiero exponerles algunas de las razones que presenta el estudio al respecto. Como investigador de bibliotecas escolares que trabajó como maestro de secundaria, como bibliotecario escolar y como educador, voy a contarles mi historia sobre el papel transformador de las bibliotecas en nuestras escuelas del siglo XXI.

Algo que ha salido de esta conferencia, y me gusta, es el crecimiento de la información. En realidad, estamos experimentando un tsunami de información. Estamos viendo la manera en que se produce la información en una variedad muy rica de formas: impresas, digitales y en las tecnologías inteligentes que muchos de nuestros presentadores nos han facilitado.

Vemos el papel de la voz y la activación por voz. Vemos el escenario cambiante de producción de contenido. Hemos escuchado mucho en esta conferencia sobre la naturaleza cambiante de la lectura, y creo que es realmente emocionante. Podemos subirnos al tren, ser parte de él o del camino. Es fascinante pensar en las maravillosas oportunidades que tenemos con tanto énfasis en el entorno digital y en la transformación de lo impreso a la cultura digital, y aunque no necesariamente esté de acuerdo, una de las preguntas críticas es si realmente necesitamos una biblioteca escolar después de todo esto.

Es extensa la disponibilidad de información, de tecnología de la información a la que nuestros hijos tienen acceso, o el supuesto acceso a la cantidad de información. Llevan en sus bolsillos un enorme mundo de datos, y luego es-

cuchamos el argumento: “Ah, la biblioteca escolar es cosa del pasado”. Son infraestructuras creativas muy costosas y, ciertamente, hay investigaciones que afirman que los niños están usando menos las bibliotecas desde el desarrollo de internet y de las herramientas de investigación. Hay estudios que dicen que el primer puerto de información es, en realidad, un motor de búsqueda, e históricamente es probable que sea Google.

Una de las primeras investigadoras, Mary Gaver, de mi propia institución en la Universidad Rutgers, escribía sobre bibliotecas en las décadas de 1950 y 1960 —por supuesto, mucho antes de la transformación de nuestro entorno de información—. Ella aseguraba que, con la biblioteca de la escuela, literalmente en el corazón de los programas educativos, los estudiantes tenían la mejor oportunidad de volverse lectores capaces y entusiastas, informados sobre el mundo que los rodeaba y despiertos ante posibilidades ilimitadas, y eso me lleva al verdadero corazón de por qué necesitamos las bibliotecas escolares.



¿Cómo conducimos a nuestros niños para adentrarse en este mundo de la información? ¿Cómo los dirigimos hacia ese entorno digital? No creo de ninguna manera que vaya a ser únicamente digital. Veo la fusión de diversos modos de información. ¿Cómo llevamos a los niños hacia la rica variedad y diversidad de formas de información y cómo —al ser educadores— brindamos oportunidades iguales para que todos nuestros niños vivan y sobrevivan y prosperen en este entorno digital que tenemos?

Desde que Mary Gaver escribía, en la década de 1950, hemos acumulado algo así como 60 años de investigación. Una gran parte de ella es extremadamente reciente, y toma en cuenta el papel y el valor de la biblioteca escolar, particularmente en este entorno cada vez más digital y en constante transformación. Ciertamente, recomendaría esta compilación. Es una compilación de un gran número de estudios internacionales sobre el valor de la función de las bibliotecas escolares.

Los directores de escuela me dicen que no necesitamos una biblioteca escolar. Tenemos internet y creo que, en primer lugar, ¿realmente leen? Como líderes educativos, ¿están al tanto de los 60 años de estudios sobre el papel y el valor de la biblioteca de la escuela? Eso me lleva a una pregunta muy sencilla: ¿qué es, en realidad, la biblioteca de la escuela?

¿Realmente necesitamos una biblioteca escolar?

- Disponibilidad de tecnología de la información
- Acceso a grandes cantidades de información en internet
- Infraestructura costosa; aumento del costo de imprimir
- Costo de personal: bibliotecarios escolares certificados
- Desde que empezaron a usar herramientas de búsqueda en internet los estudiantes acuden menos a las bibliotecas.
- Los motores de búsqueda como principal punto de inicio para la búsqueda de información



Tenemos que ir más allá de la noción de que es solo una colección de libros viejos y polvorientos. Una de las nociones realmente centrales de lo que es una biblioteca escolar empieza por ir más allá de concebirla como una colección para identificarla como un espacio comunitario —común, equitativo, en toda la escuela—, donde podemos —como comunidad— crear un espacio para que los niños se sumerjan en ese rico y diverso entorno de información y, también, para proporcionar intervenciones de enseñanza que promuevan que los niños se conviertan en buenos usuarios, buscadores y consumidores de información.

La biblioteca escolar de hoy representa un espacio físico de colaboración que proporciona acceso a diversos recursos de información que las comunidades no tienen necesariamente, pero también proporciona oportunidades creativas de motivación para fomentar la lectura, el pensamiento, la búsqueda, el descubrimiento y la imaginación. Eso no ocurre por sí solo. No ocurre simplemente al ofrecer acceso a esos recursos.

Uno de los valores más fuertes de la biblioteca escolar —que se ha vuelto aparente en el cuerpo de investigación— es que un bibliotecario escolar certificado no solo brinda acceso a diversos servicios de información, también proporciona un servicio de instrucción realmente importante, al involucrar a los niños para que tengan a su disposición, interactúen y utilicen la información en todas sus versiones. Uno de los hallazgos más claros es que la biblioteca de la escuela no solo proporciona un acceso equitativo a los recursos, sino al conocimiento necesario para desarrollar en los estudiantes habilidades de investigación de calidad efectiva y habilidades de pensamiento creativo.

¿Cómo invitamos a nuestros niños a darle sentido a ese mundo diverso de la información y cómo desarrollamos sus capacidades de pensamiento crítico y reflexivo? Uno de los hallazgos clave en gran parte de la investigación es el papel de los maestros. Enseñar a los niños a descubrir, a buscar, a desarrollar su propia capacidad; a participar y contemplar ese mundo diverso de información. Por supuesto, una biblioteca escolar brinda acceso equitativo a la diversidad de recursos digitales, pero también le da acceso equitativo a la escuela para que todos los estudiantes tengan la oportunidad de aprender a ser buenos investigadores y desarrollar capacidades críticas y reflexivas. Eso no es fácil.

Dediqué muchas décadas de mi carrera de investigación a entender cómo los niños se involucran con la información, cómo interactúan con ideas diversas, cómo forman sus propias ideas. Se trata de la transformación de la información en un conocimiento y una comprensión profunda. No es algo que ocurra por azar.

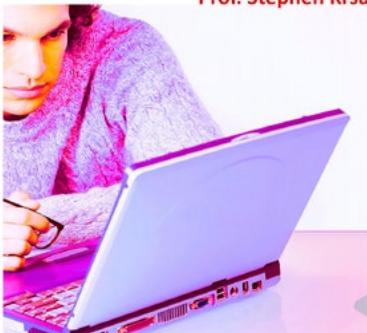
Por ello, el papel de una biblioteca escolar y de los líderes de educación es tan absolutamente crítico, a mi parecer. He llevado a cabo muchos estudios de bibliotecas escolares a lo largo de mi trayectoria como educador. Este fue uno reciente, al que pueden acceder, efectuado desde nuestro centro de investigación, en Rutgers, llamado CISSL (Center for International Scholarship in School Libraries o Centro de Estudios Internacionales sobre Bibliotecas Escolares). Este es un estudio que viene de Nueva Jersey y, nuevamente, tenemos este hallazgo común: ¿cómo involucrar a los niños? Esta cuestión de participación en este mundo de la información es crítica.

Uno de los hallazgos centrales, que es un tema clave de esta conferencia, se centra en la participación de los estudiantes con la lectura; en el papel de la biblioteca escolar en esa práctica y en el desarrollo de la cultura escrita; en motivar a los niños a leer para explorar sus propias ideas de lectura; en invitarlos a explorar y abrir las oportunidades que ofrecen los recursos de lectura en toda la escuela. Uno de los resultados más destacables en la investigación documentada es que la biblioteca desempeña un papel muy relevante en la participación de los niños dentro de ese entorno de lectura, pues les brinda la oportunidad de leer mediante diversas plataformas, acerca de diversos temas que son parte de su desarrollo personal. Leer por placer.

A veces pensamos que la lectura por placer no es importante. En mi propia historia, particularmente en Estados Unidos, veo a los niños completamente absortos preparándose para exámenes, y esa noción de leer por placer parece perdida. Uno de los hallazgos más sobresalientes de la lectura en la biblioteca de la escuela es que mantenemos esa pasión de los niños por leer y de leer por placer. Esta idea de lectura voluntaria libre es muy importante, y eso logra la biblioteca de la escuela al dar acceso por medio de la tecnología y de la colección física. Brinda a los niños la oportunidad de elegir qué leer.

El eminente investigador Stephen Krashen, quien dedicó los últimos 30 o 40 años de su vida académica a estudiar la relación entre la vida escolar y la lectura, dice que uno de los mejores regalos de la biblioteca de la escuela es que damos opciones a los niños. Les ofrecemos la oportunidad de elegir voluntariamente qué leer, y argumenta que la lectura voluntaria y libre —y tener la oportunidad de elegir— es realmente la roca de la cultura escrita. Desempeña un papel importante en el desarrollo del vocabulario, la ortografía, la escritura y la comprensión. En realidad, me encantan las conexiones que esta conferencia ha establecido entre leer, escuchar y escribir, y de formar parte de una comunidad discursiva donde se comparten ideas.

El papel transformador de las bibliotecas escolares: lectura y cultura escrita
Prof. Stephen Krashen



- Motivar a leer
- Conexión con la lectura
- Fluidez en la lectura
- Comprensión de lectura
- Lectura estratégica
- Leer por gusto
- Mejorar la lectura

- Procesos de escritura y apoyo para escribir textos formales y las convenciones para citar en dichos textos
- La comunicación en contextos hablados y digitales



Stephen Krashen y, sin duda, la investigación sobre la biblioteca escolar, muestran que dar a los niños la opción de elegir la lectura voluntaria y libre es un escalón esencial entre lo que quieren leer por placer y lo que está sucediendo en las estructuras más formales del aprendizaje. Se convierte en una forma de involucrar a los niños en la conversación literaria entre leer por amor a la lectura y hacer conexiones con el aprendizaje en la escuela.

Esta es una de las razones más importantes por las cuales —considero y, ciertamente, está apareciendo en la investigación— la biblioteca de la escuela

es tan importante. Brinda oportunidades en esta noción de igualdad para el desarrollo de uno mismo, según la cual los niños tienen el espacio para aprender sobre sí mismos. Corresponde a la noción de un espacio comunitario de colaboración en que los niños pueden ir y estar seguros en el anonimato, en que pueden explorar complejidades y preguntas intrincadas sobre la propia identidad, en que pueden investigar preguntas sobre género.

La investigación demuestra, cada vez más, que la noción del espacio colaborativo, abierto, privado, seguro, es fundamentalmente crítica. Y, por supuesto, han visto este tipo de nociones, como “El pensador”⁴ de 2012 o 2018. De acuerdo con todas las investigaciones en las que he participado y, ciertamente, en el grueso de las investigaciones en torno a las bibliotecas escolares, uno de los grandes obsequios que da la biblioteca de la escuela —y ya lo he mencionado— es el desarrollo de la capacidad de investigación; de participar en este diverso mundo de información; de entusiasmarse con el mundo de las ideas, de conectarse con ellas en su diversidad; de construir conocimientos previos; de construir conocimientos de fondo. Ese es el valor de las bibliotecas de las escuelas. No sucede por casualidad.



⁴ Muestra una caricatura que compara la escultura de “El pensador”, de Auguste Rodin, con un “pensador” actual.

La biblioteca escolar es una comunidad de colaboración dentro de la escuela que tiene a su disposición a un especialista creativo en información. Aquí se encuentra el verdadero valor.

Otro hallazgo se centra, claro, en el desarrollo de capacidades de investigación. Simplemente, no llegan de manera gratuita. He repetido varias veces esta pregunta crítica: ¿cómo desarrollamos esas capacidades de investigación que ayudan a los niños a transformar la diversidad de información en conocimiento y entendimiento profundo y personal? Creo profundamente que el papel central de una biblioteca escolar es el desarrollo integral de esas habilidades críticas de lectoescritura digital.

He proporcionado una referencia aquí al trabajo de Carol Kuhlthau, Leslie Maniotes y Ann Caspari. Kuhlthau es una investigadora distinguida en el tema de bibliotecas en Rutgers y una de mis grandes heroínas. Lo que vemos es que la biblioteca escolar desempeña un papel muy importante en el desarrollo de la investigación. Es dar a los niños el obsequio de la curiosidad para preguntar y no dar por sentado lo que aparece en la pantalla. ¿Cómo abrimos el mundo de las ideas? ¿Cómo los sumergimos en las oportunidades? ¿Cómo logramos que exploren las diversas fuentes de información? ¿Cómo logramos que cuestionen? ¿Cómo les ayudamos a recopilar información relevante y apropiada para la tarea en cuestión? ¿Cómo les ayudamos a reunir las ideas de manera creativa? ¿Cómo les damos oportunidades para compartir?

La biblioteca de la escuela es un lugar de enseñanza colaborativa, instructiva y creativa. Es un lugar que da la oportunidad de desarrollar la investigación y quiero encomendarles esa labor.

Una de las preguntas reales en esta era digital —y vuelvo a la primera pregunta que planteé— es ¿realmente necesitamos una biblioteca en la escuela? Hay mucha investigación sobre la juventud digital, sobre la ética de la creación

de información. Aquí está otra vez, si miramos esto. De nuevo, esta noción del yo, la noción del egocentrismo. Pensamos que el mundo digital es el único mundo de información. Aquí otro ejemplo: “Lo vi en internet, debe ser cierto”.

Uno de los problemas más serios que enfrentan las universidades —y no solo estoy hablando de escuelas— es el plagio. Copiar y pegar. Lo que nos dice es que los estudiantes no han aprovechado las oportunidades ni han entendido las prácticas que acompañan al uso de la información y cómo desarrollar un conocimiento propio respecto a un tema. Sí, si está en Google, debe ser válido. Tenemos esta cultura de la inmediatez, que acepta todo lo que vemos cuando hay prácticas documentadas en torno a la información no ética. Por ejemplo, esta noción de noticias falsas que está en todo el mundo demuestra por qué necesitamos bibliotecas escolares. ¿Cómo identificamos qué es información de calidad? ¿Cómo interactuar con la diversidad de perspectivas y puntos de vista y cómo ayudamos a los niños a desarrollar su propia comprensión y sus propios argumentos para construir sus propias posturas?

Estoy profundamente comprometido con nuestras bibliotecas escolares como centros que brindan acceso a la diversidad de ideas, porque gracias a esa variedad profundizamos en nuestro propio conocimiento y comprensión. Por supuesto —como he dicho muchas veces hoy—, la biblioteca contemporánea ofrece a los niños la oportunidad de desarrollar esas habilidades críticas y reflexivas. No se trata solo de trabajar con información de calidad, se trata de convertirse en consumidores éticos y creadores de información. Se trata de aprender a compartir de manera colaborativa y ética la información que los rodea.

Uno de los descubrimientos recientes en nuestra investigación es que el papel educativo del bibliotecario de la escuela es ayudar a desarrollar esa ética, ese conjunto de comportamientos éticos que van con la provisión y el consumo de información. ¿Cómo enseñamos a los niños qué compartir acerca de ellos mismos en internet? ¿Cómo les enseñamos qué es apropiado e inapropiado al usar

Facebook?, por ejemplo. Eso también forma parte de las capacidades de reflexión crítica más amplias en el desarrollo de estudiantes como investigadores.

Soy un académico de humanidades, pasé gran parte de mi tiempo como investigador escuchando las voces de los estudiantes, pero ¿cómo queremos que ellos vivan en las aguas que se arremolinan alrededor de nosotros en el mundo? Me encanta la noción de las bibliotecas escolares como espacios comunes dentro de una escuela que proporcionan acceso a la diversidad de ideas y a las competencias para desarrollar la capacidad crítica e interactuar con esas ideas.

Veo las bibliotecas escolares como un espacio y lugar importante en el desarrollo de la civilización y de la sociedad democrática. Sé que eso suena un poco idealista, pero en el fondo queremos que nuestros alumnos crezcan y sean parte de este mundo cambiante. Queremos que sepan cómo participar e interactuar. Queremos romper barreras. Queremos que los niños aprendan sin muros, pero tenemos que darles la capacidad intelectual necesaria. La noción de las bibliotecas como un lugar seguro para el acceso y enseñanza es muy importante para nuestras escuelas.

La gente me dice que las bibliotecas son caras: “No tenemos dinero, no podemos hacerlo”. Tenemos que hacer algo. Si nos detenemos y nos quedamos quietos y no hacemos nada, no avanzaremos. Debemos dar pasos pequeños, y estoy feliz de hablar de algunas de esas ideas en esta conferencia, pero si no damos pasos hacia adelante, nada cambiará.

Hay que usar el poder para pensar fuera de nuestros esquemas comunes. El futuro es nuestro para crearlo, pero no nace de la falta de acción, llega a través del pensamiento creativo y de iniciar un viaje. Mis mejores deseos para ustedes. Es simplemente una alegría estar aquí y hablar con ustedes, muchas Gracias.



CLAUSURA



Javier Palop

Muchas gracias a todos y a todas por acompañarnos en estas dos jornadas. Me despido como empecé: deseándoles que construyamos una comunidad educativa que transforme a la sociedad. Lo que dice el video que acabamos de ver es lo que pensamos, lo que sentimos desde el corazón, sinceramente.

Los dejo con dos muy buenas noticias. La primera de ellas la tienen al final del folleto en que está el guion; ahí encontrarán que aparece la página Educación al día. Vamos a seguir haciendo comunidad, y solo por el hecho de haber participado en este SIEI, la semana próxima recibirán en sus correos electrónicos personales una inscripción gratuita durante un año para esta página de capacitación y formación para maestros y maestras. Esperamos que les guste y que la puedan aprovechar, que la disfruten y que nos sigan contando qué les parece lo que hacemos.

La segunda buena noticia es que este SIEI tenía un lema muy importante, *Leer y escribir para construir un mundo mejor*, pero en nuestro empeño de seguir trabajando la lectura, la escritura y también los otros lenguajes—como lo hemos escuchado durante estos dos días—, les anuncio que en 2020, del 1 al 3 julio, tendremos el cuarto Congreso Iberoamericano de Lengua y Literatura Infantil y Juvenil (CILELIJ), que tendrá lugar en la ciudad de Toledo, España. Así que sigan atentos a las pantallas, a la información.

Fernando Esteves

Decía María Teresa Andruetto —citando a Simone Weil—: “Los que más necesitan son los que menos pueden decir su palabra”. ¿Por qué entre todo lo entrañable, conmovedor y lúcido que hemos escuchado en estos días elegí esa frase?

Porque tiene que ver con lo que nos mueve en SM, que es trabajar con ustedes, juntos, para que desde la educación podamos hacer un mundo más digno. Por eso consideramos que no había nada mejor que la escritura, la lectura, la música y el teatro —que es lo que compartimos durante estos días— para intentar transformar estos tiempos del odio de los que hablaba Rosa, y conseguir que prevalezca la razón, pero también el corazón.

Estamos muy agradecidos con todos ustedes por acompañarnos. Muy agradecidos, también, con los conferencistas que han venido desde distintas partes del mundo y nos han dejado muchas enseñanzas y, sobre todo, nos han hecho pensar mucho. Muchísimas gracias, además, al mejor equipo que podemos tener quienes trabajamos en este mundo, que es el equipo de Fundación SM, por su eficiencia y compromiso. Gracias a Kirén Miret, nuestra maestra de ceremonias.

Aprovecho para anunciarles que el último jueves y el último viernes de marzo del próximo año nos veremos en esta sala para la decimotercera edición del SIEI, esperemos que nos acompañen antes de ir a Toledo, están todos invitadísimos, ya anunciaremos el tema del seminario y los ponentes que nos acompañarán en <www.seminariointernacional.com.mx>, donde también podrán encontrar las memorias de las anteriores ediciones. Muchas gracias.

Cecilia Espinosa

Para no alargar más esta despedida, quiero agradecerles profundamente su presencia durante estos dos días. Ha sido un placer trabajar para ustedes porque juntos estamos tratando de hacer algo por la educación de los niños, las niñas y los jóvenes, con la firme convicción de que estamos colaborando para seguir construyendo un mundo mejor.

Como se los dije al principio, el SIEI no termina aquí, sino que continúa a lo largo del año en algunos estados del país, los mantendremos informados. Asimismo, me es grato anunciarles que el Seminario Internacional de Educación Integral se suma a los encuentros de promotores de lectura que estamos organizando de la mano de varias ferias del libro en los estados, y quienes estén interesados pueden acercarse para darles a conocer los programas; contaremos con la asistencia de escritores y especialistas para reflexionar sobre temas a favor de la educación.

Toda esa información se encuentra en el folleto que les dieron con el programa y, bueno, pues muchísimas gracias al equipo de SM y al de la Fundación por haber hecho posible que esto ocurriera. A Kirén, a quienes vinieron del interior de la República y de los nueve países del extranjero, muchísimas gracias. Nos vemos el próximo año. Los dejo con la proyección de un video que resume lo que ha sido este par de días. Muchísimas gracias y un aplauso para todos ustedes.



ANEXOS



Programa

PROGRAMA

Jueves 4 de abril

09:00 a 09:30 Inauguración

09:30 a 10:30 Conferencia magistral: **El poder de la imaginación y la literatura**
Rosa Montero, España.

10:30 a 11:30 Conferencia magistral: **Leer y comprender en la era digital**
Pilar Pérez Esteve, España.

11:30 a 12:00 Receso y firma de libros

12:00 a 13:30 Panel: **La lectura y la escritura en la escuela y su entorno**

- ♥ **La lectura y la escritura en el aula** / Celia Díaz, México.
- ♥ **Comunidad de lectores y escritores** / Estela D'Angelo, Argentina-España.
- ♥ **La lectura en la primera infancia** / María Emilia López, Argentina.

Modera: Elisa Bonilla Rius. Maestra en Educación.

13:30 a 15:00 Comida

15:00 a 16:00 Conferencia magistral: **La lectura en el desarrollo de la sensibilidad y la empatía**
Luis Castellanos, España.

16:00 a 16:30 Receso

16:30 a 18:00 Panel: **Escribir libros para niños y jóvenes**

- ♥ Toño Malpica, México.
- ♥ Jordi Sierra i Fabra, España.

Modera: Fernando Esteves. Director General de Ediciones SM México.

18:00 a 18:30 Firma de libros

Viernes 5 de abril

09:00 a 10:00 Conferencia magistral: **La dificultad de formar a un lector de literatura**
María Teresa Andruetto, Argentina.

10:00 a 11:30 Panel: **Propuestas innovadoras**

- ♥ **Nuevas formas lectoras entre jóvenes** / Laura García, España.
- ♥ **El auge de la palabra hablada: otra forma de leer**
Javier Celaya, España.
- ♥ **El papel transformador de las bibliotecas escolares en las escuelas del siglo XXI**
Ross Todd, EUA. **

Modera: Irma Ibarra. Gerente de Literatura Infantil y Juvenil, SM México.

11:30 a 12:00 Receso y firma de libros

12:00 a 13:00 Conferencia magistral: **Escribir en la era digital**
Elyse Eidman-Aadahl, EUA. **

13:00 a 13:50 Lectura dramatizada: **El hámster del presidente**, de Juan Villoro

13:50 a 14:00 Clausura

Semblanzas

The background features a complex geometric design. A large red shape occupies the top-left and top-right areas. Below it, a white shape forms a central negative space. To the left of this white space is a large orange-to-brown gradient shape. At the bottom, there is a red-to-orange gradient shape. The overall composition is modern and minimalist.



Conferencistas magistrales



María Teresa Andruetto

Argentina

Desde hace más de treinta años trabaja en la formación de lectores y en procesos de escritura creativa. Ha publicado novelas, poemas, cuentos, ensayos y numerosos libros para niños y jóvenes, que han sido traducidos a diferentes idiomas.

Obtuvo, entre otros, el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, en 2009, el Premio Cultura de la Universidad Nacional de Córdoba, el Premio Hans Christian Andersen, en 2012, y Konex de Platino, en 2014.

Su libro *Huellas en la arena* forma parte de la colección *El Barco de Vapor* de Ediciones SM.





Luis Castellanos

España

Filósofo, cuenta con una acreditada experiencia como formador y consultor sobre desarrollo de personas, cultura e innovación para diferentes empresas españolas y multinacionales. Fundó y dirige El Jardín de Junio, centro impulsor de investigaciones en el campo de la neurociencia cognitiva aplicada a la empresa. Es conferenciante asiduo en centros de formación, fundaciones y empresas y es, además, investigador con un enorme interés por aumentar las expectativas de vida de las personas, por lo que pone especial atención en las emociones, el lenguaje, la creatividad y la toma de decisiones vitales.



Elyse Eidman-Aadahl

Estados Unidos de América

Es Directora Ejecutiva del National Writing Project (NWP), en donde ofrece servicios de desarrollo profesional para maestros y escuelas interesados en mejorar la enseñanza de la escritura y aplicarla como una herramienta de aprendizaje.

La investigación de Eidman-Aadahl se enfoca en cómo los educadores de diversos contextos analizan y reflexionan sobre la transformación social que está generando la práctica de la lectura y la escritura en la era digital.



Rosa Montero

España

Estudió Periodismo y Psicología. Desde finales de 1976 trabaja de manera exclusiva para el diario *El País*, en el que fue redactora jefa del suplemento dominical durante 1980-1981.

En 1978 ganó el Premio Mundo de Entrevistas, en 1980 el Premio Nacional de Periodismo para reportajes y artículos literarios, y en 2005 el Premio de la Asociación de la Prensa de Madrid a toda una vida profesional.

Ha publicado diversas novelas y relatos y su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.

Es Doctora Honoris Causa por la Universidad de Puerto Rico y Premio Internacional Columnistas del Mundo 2014.

En 2017 fue galardonada con el Premio Nacional de las Letras, concedido por el Ministerio de Cultura de España.



Pilar Pérez Esteve

España

Profesora de Psicología y Pedagogía. Ha sido docente en todos los niveles educativos y actualmente es orientadora en el IES La Sènia, un instituto de educación secundaria en Valencia, España.

Sus ámbitos prioritarios de trabajo son: orientación y *coaching* educativo, Competencia en comunicación lingüística y Competencia plurilingüe; Comprensión lectora en la era digital, Inteligencia emocional y lenguaje, Desarrollo curricular, dirección de equipos y Formación del profesorado.

Ha dirigido la conceptualización y el diseño del Centro Virtual www.leer.es, un espacio para promover la lectura en todos los formatos y en todas las áreas de conocimiento.

Ha sido ponente en numerosos congresos y cursos de formación del profesorado en España, Europa y Latinoamérica.



Panelistas





Estela D'Angelo

Argentina - España

Maestra de Educación Infantil, Primaria y Educación Especial y Licenciada en Psicología, se doctoró en Ciencias de la Educación por la Universidad Complutense de Madrid.

Posee una amplia trayectoria investigadora y de producción científico-técnica relacionada con la enseñanza y el aprendizaje de la lengua escrita, así como en la gestión de programas del mismo campo.

Una de sus labores más destacadas es la que desarrolla desde la Asociación Española de Lectura y Escritura (AELE), entidad de la que es socia fundadora y presidenta y, desde donde se ha impulsado el programa Escribir como Lectores, que realiza en colaboración con Fundación SM.



Celia Díaz

México

Maestra de primaria en la Escuela Nacional de Maestros, licenciada en Psicología Educativa por la UAM, cuenta con maestría en Ciencias con especialidad en Educación y doctorado en Ciencias con Especialidad en Investigaciones Educativas en el Centro de Investigaciones Educativas en el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (DIE- CINVESTAV/ IPN).



María Emilia López

Argentina

Es Especialista en Educación Temprana y en Literatura infantil. Ha desarrollado un amplio campo de trabajo e investigación sobre la lectura con bebés y niños pequeños. Asesoró Programas culturales de la política pública para niños en Argentina, México, Colombia y Brasil.

Es Consultora de CERLALC en temas de primera infancia y cultura. Directora del jardín maternal de la Facultad de Derecho (UBA), donde creó y coordina el Programa de Lectura y Biblioteca y el Programa de Investigación y Formación docente continua.

Escritora, editora de libros para niños y adultos, autora de los libros Un pájaro de aire. La formación de los bibliotecarios y la lectura en la primera infancia (Editorial Lugar) y Un mundo abierto. Cultura y primera infancia.



Toño Malpica

México

Ha desarrollado su carrera en la literatura infantil y juvenil, además de ser un apasionado rockero. Es líder de la banda para niños La Cosa Monstra. Ha obtenido diversos premios y reconocimientos, como el premio Gran Angular (2003, 2005 y 2011) y el Premio El Barco de Vapor (2007), otorgados por la Fundación SM y Conaculta; el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Castillo de la Lectura en el año 2004; el Premio Norma de Literatura Infantil y Juvenil 2011, y en 2015 obtuvo el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil.

Además, escribe teatro y dedica parte de su tiempo a la producción de obras junto con su hermano, Javier Malpica.



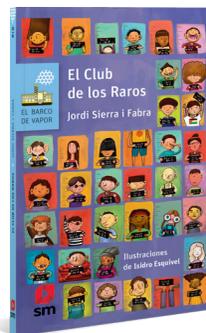


Jordi Sierra i Fabra

España

Nació en Barcelona, en 1947. Ha escrito más de quinientas obras, ha ganado más de cuarenta premios literarios a ambos lados del Atlántico y ha sido traducido a treinta lenguas. En 2007 recibió el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura, en 2013 el Iberoamericano por el conjunto de su obra, en 2017 la Medalla de Oro de las Bellas Artes y en 2018 la Cruz de Sant Jordi. Las ventas de sus libros superaron los doce millones de ejemplares en 2017.

En 2004 creó la Fundación Jordi Sierra i Fabra, en Barcelona, y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra, en Medellín, Colombia, las cuales, en 2010, recibieron el Premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura.





Javier Celaya

España

Es socio-fundador de Dosdoce.com, vicepresidente de la Asociación de Revistas Digitales de España (arde) y vocal de la junta directiva de la Asociación Española de la Economía Digital (Adigital), así como director general de Bookwire y de Storytel, para España y América Latina.

Fue codirector del Máster de Comunicación Corporativa e Institucional 2.0 y del Máster de Edición Digital, ambos de la Universidad de Alcalá. En 2011, obtuvo el Premio Especial RdL de Divulgación. Fue director académico del V Congreso Iberoamericano de la Cultura organizado por SEGIB y la OEI.

Fue director académico del *Anuario AC/E de Cultura Digital*, desde 2016, es director académico del Congreso del Libro Electrónico (Huesca).



Laura García

España - México

Nació en Madrid donde estudió Traducción e Interpretación. En el año 2000 llegó a México para dirigir el departamento de lexicografía de Ediciones SM, donde publicó toda la colección de diccionarios didácticos escolares.

Colabora con diferentes medios impresos, conduce La dichosa palabra (Canal 22) y Gramáticas de la creación (TV UNAM).

Es autora de #Enredados (Ediciones SM), y Funderelele y otros trucos de la lengua (Destino, Planeta).

Desde 2011 dirige el programa de donación de libros llamado LIBROTÓN que surte de letras a la red de bibliotecas del Valle del Mezquital en Hidalgo y es miembro de la Academia Mexicana de la Comunicación desde 2014.





Ross Todd

Estados Unidos

Es profesor asociado y presidente del Departamento de Bibliotecas e Informática en SC & I, y Director del Centro de Becas Internacionales en Bibliotecas Escolares (CiSSL).

Su investigación actual se centra en cómo los estudiantes aprenden en entornos de información digital y cómo los bibliotecarios escolares pueden involucrarse con prácticas basadas en la evidencia para garantizar el desarrollo continuo de las bibliotecas escolares para satisfacer las necesidades de los estudiantes en las 21 escuelas.



Presentaciones

CONFERENCISTAS MAGISTRALES

Elyse Eidman – Aadahl

Español

http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/Mexico%20City%20talk_EEA%20-%20ESP.pdf

Inglés

http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/2.%20Mexico%20City%20talk_EEA.pdf

Pilar Pérez Esteve

http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/2019_MX_SIEI12_PilarPerezEsteve.pdf

PANEL LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN LA ESCUELA Y SU ENTORNO

Celia Díaz

<http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/Presentaci%C3%B3n%20Celia%20D%C3%ADaz.pdf>

Esthela D'Angelo

http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/presentacion_estela_dm_siej_2019.pdf

María Emilia López

<http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/ponencia%20SM%20.pdf>

PANEL PROPUESTAS INNOVADORAS

Laura García

<http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/Laura%20Garcia%20Nuevas%20formas%20lectoras%20entre%20jovenes.pdf>

Javier Celaya

<http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/Javier%20Celaya%20SIEI%202019.pdf>

Ross Todd

Español

<http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/Mexico%20Ross%20Todd%20-%20ESP.pdf>

Inglés

<http://seminariointernacional.com.mx/sites/default/files/pdf/Mexico%20Ross%20Todd.pdf>

Entrevistas

CONFERENCISTAS MAGISTRALES

Elyse Eidman-Aadahl:

<https://youtu.be/BrZi9Jk0Zio>

Luis Castellanos:

<https://youtu.be/0YeV8M0xHLw>

María Teresa Andruetto:

<https://youtu.be/EuTR8KC-Xzo>

Pilar Pérez Esteve:

<https://youtu.be/FMKm2P8ylsl>

Rosa Montero:

https://youtu.be/eA_TlpD1f-8

PANELISTA

Celia Díaz:

<https://youtu.be/3UY3gH3RrBs>

Ross Todd:

<https://youtu.be/kf-e5wC0gGI>

DIRECTORES SM

Cecilia Espinosa:

<https://youtu.be/g7ebzMTdU1A>

Fernando Esteves:

<https://youtu.be/KsIW0uMYpvc>

Javier Palop:

<https://youtu.be/Qv5rvhcEhXk>



fundación sm

contacto@seminariointernacional.com.mx

52 55 10878484

 Fundación SM México  @FundacionSMmx

www.seminariointernacional.com.mx

EN ALIANZA CON:



AGRADECEMOS EL APOYO DE:

